

es
tu
os

julio '80

EVANGELIO Y LIBERACION EN AMERICA LATINA

La Teología Pastoral de Puebla

7



Arzobispado de Santiago
Vicaría de la Solidaridad

EVANGELIO Y LIBERACION EN AMERICA LATINA

La Teología Pastoral de Puebla

Ronaldo Muñoz

*A Don Oscar Arnulfo Romero,
servidor y testigo fiel
de Jesucristo,
en la opresión y la esperanza
de nuestros pueblos.*

Presentación

La presente edición de la Revista Estudios contiene un valioso aporte del sacerdote y teólogo Ronaldo Muñoz en relación con el documento final de la tercera Conferencia episcopal latinoamericana realizada en Puebla de Los Angeles, México.

Con la rigurosidad y profundidad que le es característica el autor examina y presenta los contenidos esenciales del documento de los Obispos latinoamericanos, en una forma pedagógica, que permite al lector penetrar con gran facilidad en la riqueza del documento y entender las orientaciones centrales que guían la acción evangelizadora de la iglesia latinoamericana en el contexto histórico y geográfico en que está inserta.

Al entregar al conocimiento de nuestros lectores el presente volumen, quisiéramos convocar a la comunidad nacional toda a una reflexión en profundidad respecto del análisis que hacen los obispos de la realidad latinoamericana, de la definición que entregan respecto de la misión evangelizadora de la iglesia, las opciones pastorales fundamentales y la forma en que es asumida por la iglesia esta tarea de evangelización. Estamos convencidos que un examen atento del sentido profundo que encierra el mensaje de nuestros Obispos permitirá al conjunto de la iglesia, al mundo cristiano, y a los sectores lejanos a ella, reconocer el sentido de fidelidad a sus orígenes y el evangelio que informe el conjunto de propo-

siciones contenidas en el documento final, objeto de este trabajo, junto a un esquema donde se entrelazan íntimamente el dato doctrinal, la realidad latinoamericana, la misión evangelizadora y la espiritualidad. El trabajo de R. Muñoz podrá ser de gran utilidad para investigaciones más precisas debido al ingente número de notas de referencias al documento mismo de Puebla.

VICARIA DE LA SOLIDARIDAD
ARZOBISPADO DE SANTIAGO

Santiago de Chile, junio de 1980.

Introducción

Las páginas que ahora pongo en manos de los lectores, recogen la presentación sintética sobre la teología de Puebla que he venido ofreciendo en varios encuentros de reflexión organizados por nuestra Iglesia, en Santiago como en otras diócesis de Chile.

El título de estas páginas, "Evangelio y Liberación en América Latina", pretende resumir, en forma necesariamente simplificada, el contenido temático de esa teología de Puebla. Que dicho contenido pueda resumirse efectivamente en esas dos palabras —*Evangelio y Liberación*— con su implicancia mutua, podrá juzgarlo el lector por las páginas que siguen. Al pie de mi texto ofrezco una selección de citas del Documento final de la Conferencia y de su Mensaje a los pueblos, seguidas de las referencias a los demás párrafos de los mismos que el lector podrá verificar. Al final, y a modo de conclusión, intento una breve recapitulación que pienso podrá ayudar también a la percepción sintética de dicho contenido.

En esta Introducción, quisiera explicar más bien cuál es el enfoque que he adoptado y cuál el método empleado para preparar esta presentación. Esto es lo que deseo sugerir por el subtítulo: *La Teología Pastoral de Puebla*. ¿Qué quiero decir con este subtítulo? Que aquí procuro poner de relieve la teología de Puebla, pero que para hacerlo no me apoyo solamente en aquellos capítulos del Documento final que expresa y siste-

máticamente desarrollan temas doctrinales: sobre Jesucristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre. Tomo en cuenta, por supuesto, esos capítulos, pero no me apoyo especialmente en ellos. Lo que intento es recoger más bien el marco teológico-pastoral del conjunto del Documento. Poner de relieve los temas de fondo, los enfoques de la fe, la manera de entender el Evangelio y la misión evangelizadora de la Iglesia que, aun cuando no estén explicados sistemáticamente en algún capítulo específico, atraviesan todo el Documento, sustentando teológicamente y confiriendo unidad profunda al conjunto de sus capítulos. Se trata de un marco teológico que, por la temática general como por la naturaleza misma de la Conferencia de Puebla y de su Documento final, no es tanto de carácter teórico y doctrinal, sino más bien concreto y pastoral. Se trata del marco de referencia teológico que da su sentido tanto a la perspectiva para analizar la realidad de América Latina (Primera Parte del Documento), a la explicación y las aplicaciones de qué es evangelizar (Segunda Parte), como a las líneas o directivas pastorales respecto de cómo evangelizar en concreto hoy en estos pueblos que viven esa realidad (partes Tercera a Quinta).

Los capítulos doctrinales mencionados —y más en particular los capítulos cristológico y eclesiológico— recogen una teología más universal, menos concreta, menos directamente vinculada a la realidad y a la experiencia de fe vividas en Améri-

- (*) Sobre el capítulo cristológico, ver J. SOBRINO, "La Cristología de Puebla" (entrevista), en "Diakonía", Panamá, enero-abril 1979, y en "Páginas", Lima, junio 1979. Del mismo; "Reflexiones sobre el Documento de Cristología de Puebla", en "Puebla", Petrópolis, mayo 1979.
- Sobre el capítulo eclesiológico, ver R. MUÑOZ, "El Capítulo sobre la Iglesia en las Conclusiones de Puebla", en "Fe y Solidaridad", Servicio de Documentación, Santiago de Chile, febrero-marzo 1979; en "Revista Eclesiástica Brasileira", Petrópolis, marzo 1979; en "Puebla", Petrópolis, abril 1979, y en "Páginas", Lima, junio 1979.

ca Latina.* Al presentar lo que me parece constituir el marco teológico-pastoral del Documento en su conjunto, por cierto que aparecerán también, y con toda su importancia, esos grandes temas que están explicados en los capítulos doctrinales. Pero aparecerán con un enfoque y un lenguaje distintos, y espero que también con una mayor riqueza evangélica y una mayor fuerza inspiradora para nuestra misión de servir, como Iglesia de Jesucristo, hoy y aquí.

Después de leer repetidas veces y de analizar con cuidado el "tomo" de Puebla, me parece que ese marco teológico-pastoral puede expresarse en *diez temas claves* o "tesis" fundamentales, los que constituyen unas constantes que atraviesan todos los capítulos y se articulan en-

tre sí en forma bastante orgánica y unitaria. Me parece, también, que esa articulación de los diez temas claves puede nuclearse en torno a tres ejes mayores, los que determinan las *tres partes* en que organizo la presentación:

- I. Humanismo evangélico,
- II. Evangelización y liberación, y
- III. Iglesia evangelizadora.

Se trata, en definitiva, de la articulación dinámica entre estas cuatro realidades fundamentales sobre las que volveré en la conclusión de este trabajo: 1) el HOMBRE latinoamericano hoy, 2) el EVANGELIO (y la evangelización) de Jesucristo, 3) la LIBERACION integral de ese hombre, y 4) la IGLESIA como portadora del Evangelio liberador.

- (1) "Nos sentimos solidarios con el pueblo latinoamericano del cual formamos parte y con su historia. Queremos escrutar sus aspiraciones, tanto las que expresa claramente como las que apenas balbucea. . ." (Doc. final 131).
"Queremos aproximarnos, con ojos y corazón de pastores y de cristianos, a la realidad del hombre latinoamericano de hoy, para interpretarlo y comprenderlo, a fin de analizar nuestra misión pastoral partiendo de esa realidad" (14).
"Y porque creemos que la revisión del comportamiento religioso y moral de los hombres debe reflejarse en el ámbito del proceso político y económico de nuestros países, invitamos a todos, sin distinción de clases, a aceptar y asumir la causa de los pobres, como si estuviesen aceptando y asumiendo su propia causa, la causa misma de Cristo". (Mensaje a los Pueblos de América Latina, 3, al final).
(Ver también: Doc., 3, 163, 397).
- (2) "La Iglesia ha recibido la misión de llevar a los hombres la Buena Nueva. Para el cumplimiento eficaz de esta misión. . . siente la necesidad de conocer al pueblo latinoamericano en su contexto histórico, con sus variadas circunstancias" (3).
"¿Cómo ha mirado la Iglesia esta realidad? ¿Cómo la ha interpretado? ¿Ha ido descubriendo la manera de enfocarla y esclarecerla a la luz del Evangelio? ¿Ha llegado a discernir en qué aspectos esa realidad amenaza con destruir al hombre, objeto del amor infinito de Dios, y en qué otros aspectos, en cambio, se ha ido realizando según sus planes?" (74).
(Ver también: 163, 425, 476, 511, 1297-1299).

Primera parte

Humanismo evangélico

El Documento de Puebla se abre con un análisis de la realidad humana y social de América Latina. Más allá de un mero punto de partida para la reflexión, o de la preocupación por una mejor adaptación del mensaje de la Iglesia a sus destinatarios, lo que encontramos es una actitud de profunda solidaridad con nuestros pueblos "creyentes y sufridos", una atención penetrante a la realidad del hombre latinoamericano "con mirada de fe y corazón de pastores", un compromiso sincero con la "causa" de las mayorías pobres de nuestro continente, en la que se reconoce "la causa misma de Cristo". Esta solidaridad con el hombre latinoamericano, esta atención a su realidad y este compromiso con su liberación, atraviesan y sustentan todas las Conclusiones de la Conferencia, y configuran lo que aquí llamamos el "Humanismo Evangélico" de Puebla (1).

Hablo de HUMANISMO porque se trata de una visión del hombre, de una valoración de lo humano, de un compromiso solidario con esta porción de la humanidad que vive, sufre y lucha en nuestra América Latina. Digo HUMANISMO EVANGELICO porque se trata de una visión y un compromiso bajo la luz de la fe y el impulso del amor que nos vienen de Jesucristo y de su Evangelio. Delibera-

damente evito la fórmula "Humanismo Cristiano", porque creo que esta fórmula está entre nosotros demasiado teñida ideológicamente, sea por un partido que se plantea un ideario con estos términos, sea por un régimen de fuerza que dice defender una "civilización humanista y cristiana". Prefiero la expresión "Humanismo EVANGELICO", porque justamente todo está puesto en Puebla bajo el signo del Evangelio y de la misión evangelizadora. Porque la gran preocupación de la Iglesia en Puebla es la de iluminar a este hombre latinoamericano y contribuir eficazmente a su liberación integral, con la luz y la energía que nos vienen del mensaje y de los hechos de Jesucristo, de su presencia viva y liberadora en medio de nuestros mismos pueblos "creyentes y sufridos" (2). A esto se refiere el tema general para el que fueron convocados nuestros Obispos y que da el título a las Conclusiones de su Conferencia: "La Evangelización en el presente y en el futuro de América Latina".

Para estudiar este primer núcleo, vamos a destacar los cuatro temas que siguen. Estos no son ciertamente los únicos temas que se refieren a nuestro asunto, pero son los que constituyen, a mi entender, los pilares fundamentales de este "Humanismo Evangélico" de Puebla.

- (3) "Con visión de fe, nos ubicamos en la realidad del hombre latinoamericano, expresada en sus esperanzas, sus logros y sus frustraciones. Esta fe nos impulsa a discernir las interpelaciones de Dios en los signos de los tiempos" (15).
"El Espíritu del Señor impulsa al Pueblo de Dios en la historia a discernir los signos de los tiempos y a descubrir en los más profundos anhelos y problemas de los seres humanos, el plan de Dios sobre la vocación del hombre en la construcción de la sociedad, para hacerla más humana, justa y fraterna" (1128).
"Que el laico no huya de las realidades temporales para buscar a Dios, sino perseverare, presente y activo, en medio de ellas, y allí encuentre al Señor" (797).
(Ver también: 267, 338, 476, 727, 760, 997, 1284, 1297-1299).
- (4) "(Para la acción evangelizadora de la Iglesia) es de primera importancia atender a la religión de nuestros pueblos, no sólo asumiéndola como objeto de evangelización sino también, por estar ya evangelizada, como fuerza activamente evangelizadora" (396).
"Como toda la Iglesia, la religión del pueblo debe ser evangelizada siempre de nuevo... Para ello se requiere conocer los símbolos, el lenguaje silencioso, no verbal, del pueblo, con el fin de lograr, en un diálogo vital, comunicar la Buena Nueva... Esto exige, antes que todo, amor y cercanía al pueblo..." (457-458).
(Ver también: 72-73, 79-83, 171-173, 221, 282-285, 319, 447-453, 454-456, 460, 469, 1100-1109, 1122-1126).
- (5) "Si dirigimos la mirada a nuestro mundo latinoamericano, ¿qué espectáculo contemplamos? No es necesario profundizar el examen. La verdad es que va aumentando más y más la distancia entre "los muchos que tienen poco y los pocos que tienen mucho". Los valores de nuestra cultura están amenazados. Se están violando los derechos fundamentales del hombre" (Mensaje, 2).
"Comprobamos como el más devastador y humillante flagelo, la situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos, expresada por ejemplo en mortalidad infantil, falta de vivienda adecuada, problemas de salud, salarios de hambre, el desempleo y subempleo, desnutrición, inestabilidad laboral, migraciones masivas, forzadas y desamparadas, etc." (29).
- "A esto se suman las angustias que han surgido por los abusos de poder, típicos de los regímenes de fuerza. Angustias por la represión sistemática o selectiva, acompañada de delación, violación de la privacidad, apremios desproporcionados, torturas, exilios. Angustias en tantas familias por la desaparición de sus seres queridos, de quienes no pueden tener noticia alguna. Inseguridad total por detenciones sin órdenes judiciales. Angustias ante un ejercicio de la justicia sometida o atada" (42).
"Las profundas diferencias sociales, la extrema pobreza y la violación de derechos humanos que se dan en muchas partes son retos a la evangelización. Nuestra misión de llevar a Dios a los hombres y los hombres a Dios implica también construir entre ellos una sociedad más fraterna" (90).
(Ver también: 16, 25-26, 28-30, 40-47, 50, 127, 129, 138-139, 487, 562, 793, 864, 1256-1267).
- (6) "Para desarrollar una acción evangelizadora con realismo, la Iglesia ha de conocer la cultura de América Latina... (ha de) conocer y discernir las modalidades propias de nuestra cultura, sus crisis y desafíos históricos, y solidarizarse, en consecuencia, con ella en el seno de su historia. Un criterio importante que ha de guiar a la Iglesia en su esfuerzo de conocimiento es el siguiente: hay que atender hacia dónde se dirige el movimiento general de la cultura más que a sus enclaves detenidos en el pasado; a las expresiones actualmente vigentes más que a las meramente folklóricas" (397-398).
"En el cuadro de este proceso histórico surgen en nuestro continente fenómenos y problemas particulares e importantes: la intensificación de las migraciones y de los desplazamientos de población del agro hacia la ciudad, ... la emergencia de un mundo obrero que será decisivo en la nueva configuración de nuestra cultura. ... Los hechos recién indicados marcan los desafíos que ha de enfrentar la Iglesia. En ellos se manifiestan los signos de los tiempos, los indicadores del futuro hacia donde va el movimiento de la cultura. La Iglesia debe discernirlos, para poder consolidar los valores y derrocar los ídolos que alientan este proceso histórico" (419-420).
(Ver también: Mensaje, 2; Doc., 2, 17, 19, 48-49, 51-62, 128, 137, 366, 392-393, 395, 399, 401, 403, 423, 425, 433, 436, 457, 460, 778, 864).

1. LA REALIDAD HUMANA Y SOCIAL: INTERPELACION DE DIOS

La realidad humana y social que vivimos, la historia que viven y los anhelos que expresan hoy nuestros pueblos de América Latina, constituyen una interpelación de Dios para nosotros, para los cristianos, para la Iglesia(3). No sólo la realidad religiosa, que es particularmente significativa para la misión de la Iglesia, (4) sino también la realidad socio-económica y política, nacional e internacional, que mantiene a las grandes masas en situa-

ción de inhumana pobreza e intolerable opresión.(5) No sólo las condiciones materiales de vida y los problemas estructurales de la convivencia social, sino también la realidad cultural, entendida como los valores, las actitudes profundas y las formas concretas de la vida y la convivencia cotidianas de nuestros pueblos, cada vez más amenazados por intereses y modelos de vida deshumanizantes.(6) No sólo la realidad que puede ser analizada objetivamente, sino la realidad de pueblos que cada vez más tienen su propia conciencia y sus aspiraciones: "el grito de un pueblo que sufre y que demanda justicia, liber-

- (7) "Desde el seno de los diversos países del continente está subiendo hasta el cielo un clamor cada vez más tumultuoso e impresionante. Es el grito de un pueblo que sufre y que demanda justicia, libertad, respeto a los derechos fundamentales del hombre y de los pueblos. La Conferencia de Medellín apuntaba ya, hace poco más de diez años, la comprobación de este hecho: "Un sordo clamor brota de millones de hombres, pidiendo a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte" (Pobreza de la Iglesia, 2). El clamor pudo haber parecido sordo en ese entonces. Ahora es claro, creciente, impetuoso y, en ocasiones, amenazante" (87-89).
"La fe en Jesucristo. . . ha sido para América Latina fuente histórica del anhelo de dignidad, hoy clamoroso en nuestros pueblos creyentes y sufridos. . . La dignidad humana. . . radica en la gratuita vocación a la vida que el Padre celestial va haciendo oír de modo nuevo, a través de los combates y las esperanzas de la historia" (319).
(Ver también: 15, 18, 20, 24, 40, 131-136, 138, 140-141, 145, 176, 379, 448, 1128).
- (8) Ver: 15, 188, 267, 319, 338, 379, 452, 797, 997, 1128, 1284.
- (9) Ver: 12, 15, 379, 420, 473, 1128.
- (10) "Debemos ejercitarnos en el discernimiento de las situaciones y de los llamados concretos que el Señor hace en cada tiempo, lo cual exige actitud de conversión y apertura y un serio compromiso con lo que se ha discernido como auténticamente evangélico" (338).
- (11) No hablo aquí de un análisis científico —aunque los que tengan capacidad para hacerlo deben aportarlo (ver: 795, 1239-1240)— sino de una percepción más intuitiva y general de esos procesos de fondo, de las "barreras de explotación" y los "mecanismos" generadores de la pobreza masiva (ver: JUAN PABLO II, Saludo a los indios de Oaxaca y Chiapas, y Discurso inaugural de la Conferencia de Puebla, III, 4).
- (12) "(Diez años después de Medellín) la inmensa mayoría de nuestros hermanos siguen viviendo en situación de pobreza y aun de miseria que se ha agravado. . . No todos en la Iglesia de América Latina nos hemos comprometido suficientemente con los pobres; no siempre nos preocupamos por ellos y somos solidarios con ellos. Su servicio exige, en efecto, una conversión y purificación constantes, en todos los cristianos, para el logro de una identificación cada día más plena con Cristo pobre y con los pobres" (1135 y 1140).
"En la actual situación del continente, interpela particularmente a los laicos la configuración que van tomando los sistemas y las estructuras que, a consecuencias del proceso desigual de industrialización, urbanización y transformación cultural, ahondan las diferencias socio-económicas, afectando principalmente a las masas populares con fenómenos de opresión y marginación creciente" (778).
"(Es necesario) educar al público receptor (de los medios de comunicación social) para que tenga una actitud crítica ante el impacto de los mensajes ideológicos, culturales y publicitarios que nos bombardean continuamente, con el fin de contrarrestar los efectos negativos de la manipulación y de la masificación" (1088).

(Ver también: 30, 46-47, 63-69, 131, 164, 338, 379, 397-398, 437, 511, 778, 799, 826, 974, 1092, 1160, 1207-1208, 1241, 1307).

dad, respeto a los derechos fundamentales del hombre y de los pueblos".(7)

Todos estos aspectos —de hecho inseparables— de la realidad humana y social de América Latina, y especialmente de sus grandes mayorías populares, son para nosotros palabra y desafío de Dios. Constituyen una interpelación de Dios —ineludible y radical— para la vida y la acción de los cristianos, para la misión evangelizadora y la existencia misma de la Iglesia.

No podemos pretender conocer al Dios de Jesucristo, buscar su rostro y hacer su voluntad, si le damos la espalda a lo que está sucediendo en nuestra historia y hacemos oídos sordos al clamor de nuestro pueblo oprimido. Es *Dios mismo*, es el Espíritu del Señor, quien está actuando, hablándonos y comprometiéndonos en los acontecimientos y situaciones de nuestra historia; es El mismo quien es allí acogido o rechazado por los hombres, por los grupos humanos, por las estructuras que ellos construyen o mantienen en la sociedad humana.(8)

Esta no es ninguna "doctrina nueva" de Puebla. Se trata del tema de "los signos de los tiempos",(9) ya clásico en los documentos de la Iglesia católica a partir del Concilio Vaticano II, y que ha sido aplicado abundantemente a nuestra realidad latinoamericana desde la Conferencia de Medellín. Más fundamentalmente, se trata de la experiencia —tan antigua como la fe bíblica y tan actual en las nuevas formas populares del catolicismo latinoamericano— de que nuestro Dios se halla presente y activo en los hechos y situaciones de la historia; de que el Dios de Jesucristo es el Dios vivo, el Dios de los pobres, el Dios liberador que camina hoy con su pueblo.

Claro que para interpretar esos "signos de los tiempos" y reconocer en ellos la presencia de Dios, que nos interpela y nos libera radicalmente, se requiere fundamentalmente nuestra disposición profunda a dejarnos cuestionar y liberar. Pero también se requiere que pongamos ac-

tivamente dos condiciones más concretas: atención crítica a la vida y la historia que compartimos con nuestro pueblo, y discernimiento evangélico en comunidad de Iglesia.(10)

La *atención crítica* supone cercanía y simpatía solidaria con nuestro pueblo real, con los valores, los sufrimientos y las luchas de las mayorías populares; supone la preocupación activa por acceder a una información fidedigna sobre los hechos significativos y la situación real que afectan a esas mayorías, más allá de la información oficial o de grupos interesados; supone también —según las posibilidades de cada uno— penetrar más allá de los hechos episódicos y de los fenómenos de superficie, para analizar(11) los procesos y los sistemas que configuran las raíces estructurales de esa situación, y para desenmascarar también las consignas, los mitos colectivos y los falsos valores con que se suele encubrir o justificar esa misma situación.(12)

Sin embargo, por muy conscientes que seamos de la historia que estamos viviendo, por mucho que conozcamos y seamos capaces de analizar la realidad de nuestro pueblo, esa historia y esa realidad por sí solas no nos hablan de Dios, de su presencia ni de su ausencia. Es que la vida humana y la historia colectiva de suyo son ambiguas. No nos "hablan" de Dios y de su acción liberadora por sí solas, sino bajo la iluminación de la palabra profética que reconocemos inspirada por el mismo Dios. Para reconocerlo a El nos hace falta el *discernimiento evangélico*. Discernimiento que supone una atención contemplativa y una reflexión sobre esa realidad a la luz de la fe, a la luz del Evangelio; para rastrear allí los signos de esa presencia o esa ausencia de Dios, de su acción liberadora, su llamado y su promesa. Es necesario tomar en serio "la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre" (PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, 29). Y el lugar de esa "interpela-

- (13) "(A la Iglesia) se le envía como Pueblo profético que anuncia el Evangelio o dis-cierne las voces del Señor en la historia. Anuncia dónde se manifiesta la presencia de su Espíritu. Denuncia dónde opera el misterio de iniquidad, mediante hechos y estructuras que impiden una participación más fraternal en la construcción de la so-ciedad y en el goce de los bienes que Dios creó para todos" (267).
"La Catequesis debe iluminar con la Pala-bra de Dios las situaciones humanas y los acontecimientos de la vida, para hacer descubrir en ellos la presencia o la ausen-cia de Dios" (997).
"Atenta a los signos de los tiempos, inter-pretados a la luz del Evangelio y del Ma-gisterio de la Iglesia, toda la comunidad cristiana es llamada a hacerse responsable de las opciones concretas y de su efectiva actuación para responder a las interpela-ciones que las cambiantes circunstancias le presentan (ver PABLO VI, Octogésima Adveniensi, 4)" (473).
(Ver también: 3, 15, 74, 163, 338, 379, 408, 425, 470, 476, 511, 727, 760, 797-799, 974-975, 979, 1092, 1299, 1307).
- (14) Ver: 40, 169, 475, 492, 841, 1142.
- (15) "El hombre de este continente, objeto de nuestras preocupaciones pastorales, tiene para la Iglesia un significado esencial, por-que Jesucristo asumió la humanidad y su condición real, excepto el pecado. Y, al hacerlo, él mismo asoció la vocación in-manente y trascendente de todos los hombres. . . Por eso, es importante que sus derechos sean reconocidos; que su vida no sea una especie de abominación; que la naturaleza, obra de Dios, no sea de-vastada contra sus legítimas aspiraciones" (Mensaje, 3).
"En Cristo y por Cristo, Dios Padre se une a los hombres. El Hijo de Dios asume lo humano y lo creado, y restablece la comunión entre su Padre y los hombres. El hombre adquiere una altísima dignidad y Dios irrumpe en la historia humana. . ." (188).
(Ver también: 40, 169, 305, 330, 332, 1153).

ción recíproca" es precisamente la Iglesia, la Comunidad de creyentes comprometida históricamente con su propia palabra profética. La Comunidad eclesial, bajo la guía de sus pastores, va leyendo la palabra de la Escritura en las circunstancias históricas concretas. Consciente de que su fe, su obediencia y su alegría, las ha puesto en el Dios vivo que ha hecho alianza y camina con su pueblo, en el Señor resucitado que está siempre presente con los suyos y se ha identificado con los pobres de este mundo, en el Espíritu de la justicia y el amor que sopla donde quiere para renovar la faz de la tierra.(13)

2. DIOS Y EL HOMBRE: IDENTIFICADOS EN JESUCRISTO

Ahondando en el "humanismo evangélico" de Puebla, nos encontramos con este segundo tema fundamental, muy ligado al primero: Dios, en Jesucristo, ha querido identificarse con el hombre, con cada hombre, con la humanidad y con nuestros pueblos concretos. A Dios no sólo se le encuentra "detrás" o "más allá" de los hechos de la vida, de los acontecimientos de la historia, de los anhelos del pueblo. El Dios de Jesucristo está "en" el mismo pueblo que sufre y va asumiendo esa historia, "en" cada hombre que vive esa vida y va buscando una vida y una convivencia más humanas.

Puebla recurre a menudo al viejo tema del hombre "*creado a imagen de Dios*" (ver Gén 1, 26-30). Fiel al pensamiento bíblico, no entiende esta "imagen" como un mero reflejo vacío, sino como una forma de presencia sacramental del mismo Creador en su imagen viviente, fundamento de la dignidad sagrada del hombre mismo.(14)

Más radicalmente, el Documento profesa con insistencia la convicción de que Jesucristo se ha identificado personalmente con el hombre; de que "*Cristo se ha unido a todo hombre*" (ver JUAN PABLO II, Redemptor Hominis, 13); de que, "en Cristo y por Cristo", Dios mismo "irrumpe en la historia humana" y "se une a los hombres", para "restaurar desde dentro su dignidad", fundando "sus derechos inalienables como hijos de Dios".(15)

Esta es la convicción cristiana de la Encarnación del Hijo de Dios. Convicción que se funda en la vida histórica y las opciones fundamentales de ese mismo Hijo, "que quiso compartir (con el hombre) las alegrías, los trabajos y sufrimientos de esta vida", "sus dificultades, su muerte"; convicción que se funda en la resurrección del Crucificado, para hacer participar a los hombres de "la exaltación que él mismo mereció de Dios Padre",

- (16) Ver: Mensaje, 3; Documento, 316, 333, 1153.
(Ver también: 169, 188, 190-191, 194-195, 197, 319, 1141).
- (17) Cuando se habla de "todo hombre", a veces se explicita también "y toda mujer". Porque el "hombre" creado como imagen de Dios es "varón y mujer" (Gén 1, 27). Porque Jesucristo compartió su camino histórico y formó la comunidad de sus discípulos con varones y mujeres; y, más radicalmente, porque por medio de una mujer el Hijo de Dios se hizo carne, y en esa mujer, María, "hemos encontrado la figura concreta en que culmina toda liberación y santificación en la Iglesia" (333).
(Ver también: 298-299, 301, 317, 334, 841-844, 847).
- (18) Documento, 169.
- (19) "Con Adán se inició la historia vieja. Con Jesucristo, el nuevo Adán, se inicia la historia nueva y ésta recibe el impulso indefectible que llevará a todos los hombres, hechos hijos de Dios por la eficacia del Espíritu a un dominio del mundo cada día más perfecto, a una comunión entre hermanos cada vez más lograda y a la plenitud de comunión y participación que constituyen la vida misma de Dios..." (197).
"María, llevada a la máxima participación con Cristo, es la colaboradora estrecha en su obra. Ella fue "algo del todo distinto de una mujer pasivamente remisiva o de religiosidad alienante" (ver PABLO VI, *Marialis Cultus*, 37). . . En María se manifiesta preclaramente que Cristo no anula la creatividad de quienes le siguen. Ella, asociada a Cristo, desarrolla todas sus capacidades y responsabilidades humanas..." (293).
"Sólo la aceptación y el seguimiento de Jesucristo nos abren a las certidumbres más confortantes y a las exigencias más apremiantes de la dignidad humana, ya que ésta radica en la gratuita vocación a la vida que el Padre Celestial va haciendo oír de modo nuevo, a través de los combates y las esperanzas de la historia. Pero no nos cabe duda de que, al luchar por la dignidad, estamos unidos también a otros hombres lúcidos que... siguen la luz del espíritu que el Creador les ha dado, para reconocer en la propia persona y en la de los demás un don magnífico, un valor irrenunciable, una tarea trascendente" (319).
"La dignidad humana, lo ha recordado Juan Pablo II, es un valor evangélico. . .
- "Si la Iglesia se hace presente en la defensa o en la promoción de la dignidad del hombre, lo hace en la línea de su misión, que aun siendo de carácter religioso y no social y político, no puede menos de considerar al hombre en la integridad de su ser. El Señor delineó en la parábola del Buen Samaritano el modelo de la atención a todas las necesidades humanas (Lc 10, 29s), y declaró que en último término se identificará con los desheredados. . . a quienes se haya tendido la mano (Mt 25, 31s). . . (JUAN PABLO II, Discurso inaugural, II, 2)" (1254).
(Ver también: 169, 189, 193, 199, 213-215, 238, 243, 270, 274, 282, 305, 330-333, 448).
- (20) "Vemos a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres (ver JUAN PABLO II, Discurso inaugural, III, 2). El lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas (PABLO VI, *Populorum Progressio*, 3). Esto es contrario al plan del Creador y al honor que se le debe. . ." (28).
"Compartimos con nuestro pueblo otras angustias que brotan de la falta de respeto a su dignidad como ser humano, como imagen y semejanza del Creador, y a sus derechos inalienables como hijos de Dios. Países como los nuestros en donde con frecuencia no se respetan derechos humanos fundamentales —vida, salud, educación, vivienda, trabajo. . .— están en situación de permanente violación de la dignidad de la persona. A esto se suman las angustias que han surgido por los abusos de poder, típicos de los regímenes de fuerza. . . La falta de respeto a la dignidad del hombre se expresa también. . . en la ausencia de participación social a diversos niveles. . . en el deterioro del cuadro político con grave detrimento de la participación ciudadana en la conducción de sus propios destinos. . . (en) la economía de mercado libre. . . (que) ha acentuado la distancia entre ricos y pobres por anteponer el capital al trabajo, lo económico a lo social. . . Cuando una fría tecnocracia aplica modelos de desarrollo que exigen de los sectores más pobres un costo social realmente inhumano, tanto más injusto cuanto que no se hace compartir por todos" (40-47 y 50).
"La Inmaculada Concepción nos ofrece en María el rostro del hombre nuevo redimido por Cristo. . . En la Asunción. . . comienza la creación material a tener parte en el cuerpo resucitado de Cristo. . .

constituyéndose en principio del "hombre nuevo"; que se funda en el ser mismo de Jesucristo, que "asumió la humanidad y su condición real, excepto el pecado, y al hacerlo, él mismo asoció la vocación inmanente y trascendente de todos los hombres".(16) (17)

Por eso *nuestra fe cristiana*, a diferencia de otras religiones, no es simplemente una elevación del espíritu para dar culto al Dios trascendente. Es una elevación del espíritu que compromete al hombre entero, para dar culto al Dios trascendente en esa forma concreta que El ha tomado en nuestra historia, tomando carne y materia como uno de nosotros, asumiendo lo nuestro. En esto consiste el misterio mismo de Jesucristo, que ocupa el centro de nuestra fe cristiana. El es la revelación de Dios, pero en cuanto ha querido hacerse "Dios-con-nosotros", y por lo mismo, El es también la revelación del hombre. "Sólo en Cristo se revela la verdadera grandeza del hombre y sólo en El es plenamente conocida su realidad más

íntima".(18) La realidad del hombre, de todo hombre, como "hermano" y como "hijo", llamado en definitiva a la comunión con Dios mismo en la "familia" suya, y que sólo en ese encuentro hallará la dimensión plena de su liberación y de su vida. Pero una liberación y una vida que, alentadas por el Espíritu del mismo Cristo, van gestándose y se están jugando aquí y ahora, en esta tierra y esta historia que son nuestras.(19)

El motivo de esta insistencia en el Documento de Puebla es obvio: la urgencia de proclamar y fundamentar —con claridad y valentía— la dignidad inalienable y el valor sagrado de cada hombre, la igualdad fundamental de todos los hombres; *en un continente donde el atropello de esa dignidad y el desconocimiento práctico de esa igualdad, son masivos y sistemáticos*, a menudo vistos y presentados como normales. . . y todo esto, en países y bajo regímenes que se llaman "cristianos".(20)

Estas verdades y misterios alumbran un continente donde la profanación del hombre es una constante y donde muchos se repliegan en un pasivo fatalismo" (298). "(Es frecuente entre nosotros) la idea errónea de que los hombres no son fundamentalmente iguales. Semejante diferencia articula en las relaciones humanas muchas discriminaciones y marginaciones incompatibles con la dignidad del hombre. Más que en teoría, esa falta de respeto a la persona se manifiesta en expresiones y actitudes de quienes se juzgan superiores a otros. De aquí, con frecuencia, la situación de desigualdad en que viven obreros, campesinos, indígenas, empleadas domésticas y tantos otros sectores" (309).

(Ver también: Mensaje, 3; Doc., 31, 316, 335, 436-437, 452, 1142, 1261, 1266, 1300, 1309).

(21) Doc., 516.

(22) "Es grave obligación nuestra proclamar, ante los hermanos de América Latina, la dignidad que a todos sin distinción alguna les es propia (ver Génesis 1, 26-28; 9, 2-7; Eclesiástico 17, 2-4; Sabiduría 9, 2-3; Salmo 8, 5-9) y que sin embargo vemos conculcada tantas veces en forma extrema. A reivindicar tal dignidad nos mueve la revelación contenida en el mensaje y en la persona misma de Jesucristo: El... no vaciló en 'tomar la forma de esclavo' (Filipenses 2, 7) ni rechazó vivir hasta la muerte junto a los postergados para hacerlos partícipes de la exaltación que El mismo mereció de Dios Padre. Profesamos, pues, que todo hombre y toda mujer (ver Gálatas 5, 13-24), por más insignificantes que parezcan, tienen en sí una nobleza inviolable que ellos mismos y los demás deben respetar y hacer respetar sin condiciones; que toda vida humana merece por sí misma, en cualquier circunstancia, su dignificación; que toda convivencia humana tiene que fundarse en el bien común, consistente en la realización cada vez más fraterna de la común dignidad, lo cual exige no instrumentalizar a unos en favor de otros y estar dispuestos a sacrificar aun bienes particulares. Condenamos todo menosprecio, reducción o atropello de las personas y de sus derechos inalienables; todo atentado contra la vida humana...; toda violación o degradación de la convivencia entre los individuos, los grupos sociales y las naciones" (316-318).

"En Jesucristo hemos descubierto la imagen del "hombre nuevo" (Col 3, 10), con la que fuimos configurados por el bautismo... imagen también de lo que todo hombre está llamado a ser, fundamento último de su dignidad... En María hemos encontrado la figura concreta en que culmina toda liberación y santificación en la Iglesia. Estas figuras tienen que robustecer, hoy, los esfuerzos de los creyentes latinoamericanos en su lucha por la dignidad humana. Ante Cristo y María deben revalorizarse en América Latina los grandes rasgos de la verdadera imagen del hombre y de la mujer: todos fundamentalmente iguales y miembros de la misma estirpe, aunque en diversidad de sexos, lenguas, culturas y formas de religiosidad, tenemos por vocación común un único destino que —por incluir el gozoso anuncio de nuestra dignidad— nos convierte en evangelizados y evangelizadores de Cristo en este continente (ver Gén 2, 18-25)" (333-334).

"Asumimos la necesidad de una pastoral orgánica... que comprende (como) principios orientadores: 1º La defensa y la promoción de la dignidad inalienable de la persona humana... (1223). (Ver también: Mensaje, 3; Doc., 169, 306, 320, 335, 475, 492, 682, 1254 (con la nota)).

(23) "(Abogamos por) la preocupación preferencial en defender y promover los derechos de los pobres, los marginados y los oprimidos". (1217)

"Los bienes y riquezas del mundo, por su origen y naturaleza, según la voluntad del Creador, son para servir efectivamente a la utilidad y provecho de todos y cada uno de los hombres y de los pueblos. De ahí que a todos y a cada uno les compete un derecho primario y fundamental, absolutamente inviolable, de usar solidariamente esos bienes, en la medida de lo necesario, para una realización digna de la persona humana. Todos los demás derechos, también el de propiedad y libre comercio, le están subordinados... (492). (Ver también: Mensaje, 2; Doc., 40-42, 90, 92, 138, 309, 485, 711, 1146, 1162-1163, 1259-1262, 1287-1293).

(24) "Jesús de Nazaret nació y vivió pobre en medio de su pueblo Israel, se compadeció de las multitudes e hizo el bien a todos (ver: Marcos 6, 34; 4, 37; Hechos 10, 38). Ese pueblo agobiado por el pecado y el dolor, esperaba la liberación que El les promete (Mateo 1, 21). En medio de él,

Dios se halla en Cristo identificado con el hombre, con todo hombre. De allí que todo ser humano, por humillado que se encuentre, tenga un valor absoluto; de allí que toda persona, por el solo hecho de serlo, sea sagrada. Ciertamente existen muchas diferencias entre los seres humanos —de sexo, de raza y cultura, de cualidades y aptitudes, de situación social, de convicciones— pero donde no hay ni podremos aceptar jamás ninguna diferencia, es en cuanto al valor fundamental y la dignidad. "Cristo sella la definitiva hermandad de la humanidad; cada hombre vale tanto como otro: 'todos sois uno en Cristo Jesús' (Gálatas 3, 28)".(21) No podemos aceptar que haya en nuestra sociedad seres humanos de primera, de segunda y de tercera. Esto es incompatible con la médula misma de nuestra fe. De allí la responsabilidad ineludible de los cristianos, y de la misma Iglesia, en la defensa y promoción de la dignidad de todos los hombres, en *la lucha por los derechos humanos de todos*.(22)

Esa misma situación de urgencia y de contradicción escandalosa que se da en América Latina, hace que el tema universal de Dios identificado con "todo hombre" adquiera en Puebla una dirección más precisa: "especialmente con el pobre". Donde la igualdad fundamental y la hermandad entre los hombres se encuentran sistemáticamente violadas en perjuicio de las mayorías, pobres y oprimidas, el tema de la dignidad y los derechos del hombre —si no se quiere que resulte proclamación vacía, y aun encubridora— debe concretarse en una preocupación eficaz por *la dignidad y los derechos de los pobres*.(23) Pero en esto también se descubre, más allá de una cuestión de oportunidad, un imperativo cristológico y teológico. Jesucristo, histórica y socialmente hablando, "nació pobre y vivió entre los pobres", se identificó con los marginados de su pueblo, enfrentó el conflicto con los poderosos y murió víctima de la represión extrema. Su vida y su muerte fueron coherentes

con su mensaje: el anuncio de la Buena Nueva del Reino de Dios para los pobres y oprimidos de la tierra. Y detrás del mensaje de Jesús, detrás de su actitud personal y de sus gestos concretos, está la actitud del mismo Dios del Reino, que es su Padre. El Dios del Reino aparece en el Evangelio de Jesús —siguiendo la tradición del Antiguo Testamento— como el Dios que se revela a los simples, el Dios de los pobres, el Vengador de los humillados y Liberador de los oprimidos. Es el Dios que todo el Nuevo Testamento proclama como el Padre que hace justicia al Crucificado y lo resucita de entre los muertos, exaltándolo a la plenitud de la vida y del poder vivificante. En *la Cruz de Jesucristo*, iluminada por el amanecer de la resurrección, se nos revela la gran diferencia entre Dios y los hombres, entre el juicio de Dios y el juicio del mundo (ver: Hechos 2,22-24; 3,13-15; Juan 12,23-33; 16,7-11). Aquí se nos muestra la ironía de Dios. Justamente para "remacharnos" —en forma insensata y escandalosa para nosotros— el poder soberano de su amor que lo lleva a identificarse con todo hombre, El se identifica precisamente con aquéllos que, para los criterios dominantes en el mundo, no valen, no son (ver: 1 Corintios 1,17-31). El se identifica con los que no tienen, no saben y no pueden; con aquellos que los mismos mecanismos ideológicos y económico-políticos de la sociedad tienden a desplazar, a dejar como mano de obra barata o como desecho, a mantener como masa desarticulada y pasiva; en un mundo organizado y regido por una minoría, y para su propia satisfacción. El Dios de Jesucristo, al venir a instaurar su Reino en un mundo así, se revela como el que subvierte los valores imperantes, el que pone de pie a un mundo que el pecado de los hombres tiene cabeza abajo. Es el Dios que viene a "liberar a los oprimidos", a hacer "bienaventurados" a los pobres, a "deponer a los poderosos de sus tronos y exaltar a los humildes. . ." (ver: Lucas 1,46-55; 4,16-22; 6,17-26; 7,18-23).(24)

Jesús anuncia: "Se ha cumplido el tiempo; el Reino de Dios está cercano; convertíos y creed en el Evangelio" (Marcos 1, 15). Jesús, ungido por el Espíritu Santo para anunciar el Evangelio a los pobres, para proclamar la libertad a los cautivos, la recuperación de la vista a los ciegos y la liberación a los oprimidos (ver: Lucas 4, 18-19), nos ha entregado en las Bienaventuranzas y el Sermón de la Montaña la gran proclamación de la nueva ley del Reino de Dios (ver: Mateo 5, 1-12)". (190)

"El 'Magnificat' es espejo del alma de María... (Allí) se nos manifiesta vacía de sí misma y poniendo toda su confianza en la misericordia del Padre. En el 'Magnificat' (ella) se manifiesta como modelo para quienes no aceptan pasivamente las circunstancias adversas de la vida personal y social, ni son víctimas de la alienación, como hoy se dice, sino que proclaman con ella que Dios 'ensalza a los humildes' y, si es el caso, 'derriba a los potentes de sus tronos'..." (Juan Pablo II, Zapopán, 4)". (297)

(NOTA: El texto original de Puebla — corregido en la versión oficial— no dice "Dios 'ensalza a los humildes' ", sino "Dios es 'Vindicador de los humildes' ". Este último es el título bíblico de Dios empleado por Pablo VI (Marialis Cultus 37) y que Juan Pablo II citó literalmente en el párrafo de su discurso en Zapopán citado aquí.)

"Jesucristo... no vaciló en 'tomar la forma de esclavo' (Filipenses 2, 7) ni rechazó vivir hasta la muerte junto a los postergados para hacerlos partícipes de la exaltación que El mismo mereció de Dios Padre". (316)

"El compromiso evangélico de la Iglesia, como ha dicho el Papa, debe ser como el de Cristo: un compromiso con los más necesitados (ver: Lucas 4, 18-21; Discurso inaugural III, 3)... El Hijo de Dios demostró la grandeza de ese compromiso al hacerse hombre, pues se identificó con los hombres haciéndose uno de ellos (de los pobres), solidario con ellos y asumiendo la situación en que se encuentran, en su nacimiento, en su vida y, sobre todo, en su pasión y muerte, donde llegó a la máxima expresión de la pobreza (ver: Filipenses 2, 5-12; VATICANO II, Lumen Gentium, 8; PABLO VI, Evangelii Nuntiandi, 30; MEDELLÍN, Justicia, 1 y 3)". (1141; ver también 1143-1144 y 1153).

(25) Doc., 1142 y 1254 (nota).

(26) "El hombre exige... la supresión de las violencias físicas y morales, de los abusos de poder, de las manipulaciones del dinero, del abuso del sexo; exige, en una palabra, el cumplimiento de los preceptos del Señor, porque todo atropello que afecta la dignidad del hombre hiere, de algún modo, al mismo Dios". (Mensaje, 3)

"Vemos a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres (ver: JUAN PABLO II, Discurso inaugural, III, 2). El lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas (PABLO VI, Populorum Progressio, 3). Esto es contrario al plan del Creador y al honor que se le debe. En esta angustia y dolor, la Iglesia discierne una situación de pecado social, de gravedad tanto mayor por darse en países que se llaman católicos y que tienen la capacidad de cambiar". (28)

"La Iglesia tiene el derecho y el deber de anunciar a todos los pueblos la visión cristiana de la persona humana... porque profesa que todo atropello a la dignidad del hombre es atropello al mismo Dios, de quien es imagen". (306)

"Los pastores de América Latina tenemos razones gravísimas para urgir la evangelización liberadora, no sólo porque es necesario recordar el pecado individual y social, sino también porque de Medellín para acá, la situación se ha agravado en la mayoría de nuestros países". (487)

(Ver también: 70, 73, 252, 281, 328, 330, 452, 1257-1259).

(27) Documento, 1142. Ver también:

"Una vez más deseamos declarar que, al tratar los problemas sociales, económicos y políticos, no lo hacemos como maestros en esta materia, como científicos, sino en perspectiva pastoral en calidad de intérpretes de nuestros pueblos, confidentes de sus anhelos, especialmente de los más humildes, la gran mayoría de la sociedad latinoamericana." (Mensaje, 3)

"En los múltiples encuentros pastorales con nuestro pueblo, percibimos también, como lo hizo SS. Juan Pablo II en su acercamiento a campesinos, obreros, estudiantes, el profundo clamor lleno de angustias, esperanzas y aspiraciones, del que nos queremos hacer voz: 'La voz de quien no puede hablar o de quien es silenciado' (Alocución Oaxaca, 5)." (24)

"La inmensa mayoría de nuestros hermanos siguen viviendo en situación de pobre-

“Por esta sola razón (cristológica y teológica), los pobres merecen una atención preferencial, cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentren. Hechos a imagen y semejanza de Dios para ser sus hijos, esta imagen está ensombrecida y aún escarnecida. Por eso Dios toma su defensa y los ama (ver: Mateo 5,45; Santiago 2,5). (Por eso) . . . los pobres son los primeros destinatarios de la misión (ver: Lucas 4,18-21) y su evangelización es por excelencia señal y prueba de la misión de Jesús (ver: Lucas, 7, 21-23)”. Por eso el mismo Señor “declaró que en último término se identificará con los desheredados —enfermos, encarcelados, hambrientos, solitarios— a quienes se haya tendido la mano (Mateo 25, 31 y siguientes)” (25)

La misma convicción profunda de que Dios se halla identificado con el hombre y especialmente con los pobres, hace que Puebla vuelva a reconocer en la pobreza extrema, en la injusticia y la opresión contra las mayorías pobres, y en toda degradación de la convivencia humana, una situación de *pecado social*. Son hechos y situaciones que constituyen no solamente injusticia, no sólo atropello a la dignidad y los derechos del hombre y de los pueblos, sino que constituyen pecado, en el sentido más propio y teológico de la palabra. Son un atropello a los derechos de Dios, una profanación de su santidad, un desconocimiento práctico de su trascendencia. Son un rechazo, directa o indirectamente culpable, del Dios vivo. Porque El mismo se halla identificado con el hombre, y más concretamente con los pobres de la tierra, asumiendo como propios su dignidad y sus derechos; los que son masivamente desconocidos, atropellados y objeto de burla, en la convivencia diaria y en las estructuras sociales de nuestro continente. (26)

3. LA PERSPECTIVA DE LOS POBRES: PERSPECTIVA DE JESUS

Por todo lo visto hasta aquí resulta obvio *quiénes son los pobres* de que habla Puebla. No son aquellos que viven una “pobreza” moral o personal, cualquiera sea su situación económico-social, sino expresamente lo contrario: “Los pobres merecen una atención preferencial, cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentren. . .” (27). Se trata del sentido básico que tiene la pobreza en el lenguaje directo de los mismos pobres, de las grandes mayorías populares de nuestro continente. Se trata de la pobreza como fenómeno económico-social y humano, masivo entre nosotros, y que envuelve no sólo una vida de privaciones, sino la marginación, las frustraciones y humillaciones, la imposibilidad de expresarse y de pesar realmente en la vida y las grandes decisiones de la sociedad. Esta “situación de extrema pobreza generalizada, adquiere en la vida real rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona y nos interpela: rostros de niños, golpeados por la pobreza desde antes de nacer. . . ; rostros de jóvenes, desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad, frustrados. . . ; rostros de indígenas. . . y afro-americanos, que viviendo marginados y en situaciones inhumanas, pueden ser considerados los más pobres entre los pobres; rostros de campesinos, que como grupo social viven relegados. . . , en situación de dependencia, explotados. . . ; rostros de obreros, frecuentemente mal retribuidos y con dificultades para organizarse y defender sus derechos; rostros de subempleados y desempleados, despedidos. . . muchas veces por modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y sus familias a fríos cálculos económicos; rostros de marginados y hacinados urbanos, con el doble impacto de la carencia de bienes materiales, frente a la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales; rostros de ancianos, cada día

za y aún de miseria que se ha agravado. Queremos tomar conciencia de lo que la Iglesia latinoamericana ha hecho o ha dejado de hacer por los pobres después de Medellín, como punto de partida para la búsqueda de pistas opcionales eficaces en nuestra acción evangelizadora, en el presente y en el futuro de América Latina." (1135)

(28) Documento, 31-39. Ver:

"Lo presentado por Pablo VI en 'Evangelii Nuntiandi' refleja lúcidamente la realidad de nuestros países: "... Pueblos... empeñados con todas sus energías en el esfuerzo y en la lucha por superar todo aquello que los condena a quedar al margen de la vida: hambres, enfermedades crónicas, analfabetismo, depauperación, injusticia en las relaciones internacionales..." (EN, 30)." (26)

"En la familia 'repercuten los resultados más negativos del subdesarrollo: índices verdaderamente deprimentes de insalubridad, pobreza y aun miseria, ignorancia y analfabetismo, condiciones inhumanas de vivienda, subalimentación crónica y tantas otras realidades no menos tristes' (Juan Pablo II, Homilía Puebla, 3)." (571)

"De modo especial tenemos que señalar que, después de los años cincuenta y no obstante las realizaciones logradas, han fracasado las amplias esperanzas del desarrollo y han aumentado la marginación de grandes mayorías y la explotación de los pobres." (1260)

(Ver también: 29, 41, 47, 50, 1135, 1159, 1176, 1261, 1266, 1300).

(29) "La sabiduría popular católica tiene una capacidad de síntesis vital; así conlleva creadoramente lo divino y lo humano, Cristo y María, espíritu y cuerpo, comunión e institución, persona y comunidad, fe y patria, inteligencia y afecto... afirma radicalmente la dignidad de toda persona como hijo de Dios, establece una fraternidad fundamental, enseña a encontrar la naturaleza y a comprender el trabajo y proporciona las razones para la alegría y el humor, aun en medio de una vida muy dura". (448)

"Aparece palpable en América Latina la pobreza como sello que marca a las inmensas mayorías, las cuales al mismo tiempo están abiertas, no sólo a las Bienaventuranzas y a la predilección del Padre, sino a la posibilidad de ser los verdaderos protagonistas de su propio desarrollo." (1129)

(Ver también: 17, 132, 319, 413, 452, 913, 1147).

(30) Para el cristianismo, el término "pobreza" no es solamente expresión de privación y marginación de las que debemos liberarnos. Designa también un modelo de vida que ya aflora en el Antiguo Testamento en el tipo de los "pobres de Yahvé" (ver: Sofonías 2, 3; 3, 12-20...) y vivido y proclamado por Jesús como Bienaventuranza (Mateo 5, 3)... Este modelo de vida pobre se exige en el Evangelio a todos los creyentes en Cristo y por eso podemos llamarlo "pobreza evangélica"... La pobreza evangélica une la actitud de la apertura confiada en Dios con una vida sencilla, sobria y austera que aparta la tentación de la codicia y el orgullo (ver: 1 Timoteo 6, 3-10)... Se lleva a la práctica también con la comunicación y participación de los bienes materiales y espirituales... para que la abundancia de unos remedie la necesidad de los otros (ver: 2 Corintios 8, 1-15)." (1148-1150)
(Ver también: 148, 733-734).

(31) Ver el capítulo anterior de este trabajo, pp. 13-15 y notas (23) y (24). "Los pobres son los primeros destinatarios de la misión (ver: Lucas 4, 18-21) y su evangelización es por excelencia señal y prueba de la misión de Jesús (ver: Lucas 7, 21-23)." (1142)

"De María, quien en su canto del 'Magnificat' (Lucas 1, 46-55) proclama que la salvación de Dios tiene que ver con la justicia hacia los pobres, "parte también el compromiso auténtico con los demás hombres, nuestros hermanos, especialmente por los más pobres y necesitados y por la necesaria transformación de la sociedad" (Juan Pablo II, Zapopán, 4)." (1144)

"Esta opción (evangélica por los pobres), exigida por la realidad escandalosa de los desequilibrios económicos en América Latina, debe llevar a establecer una convivencia humana digna y fraterna y a construir una sociedad justa y libre" (1154).

(32) "Nuestras preocupaciones pastorales por los miembros más humildes, impregnadas de humano realismo, no intentan excluir de nuestro pensamiento y de nuestro corazón a otros representantes del cuadro social en que vivimos. Por el contrario, son serias y oportunas advertencias para que las distancias no se agranden, los pecados no se multipliquen y el Espíritu de Dios no se aparte de la familia latinoamericana" (Mensaje, 3).

"Sin duda las situaciones de injusticia y de pobreza aguda son un índice acusador de que la fe no ha tenido la fuerza necesaria

más numerosos, frecuentemente marginados de la sociedad del progreso, que prescinde de las personas que no producen". (28)

A este mismo orden de realidad, social y humana, se refiere básicamente la Biblia, y especialmente *los Evangelios, cuando hablan de los pobres*. Y no por mera coincidencia: es que también la Biblia es, en su parte gruesa, literatura popular; y también la cultura de las mayorías populares de América Latina tiene mucho del espíritu y el lenguaje de la Biblia, y especialmente del Evangelio. Entre la gente del pueblo, como en el Evangelio, no se necesitan eufemismos para hablar de pobres y de ricos, ni suele separarse en la pobreza un aspecto "material" de uno "espiritual" (29). Es cierto que se encuentra también en la Biblia, a partir del judaísmo posterior al Exilio, toda una profundización espiritual de la realidad de la pobreza, el llamado a un espíritu de pobreza. A veces, en ese mismo contexto, la palabra "pobreza" llega a usarse en sentido figurado, casi como sinónimo de la fe; en cuanto la fe, como se entiende en la Biblia, implica una confianza radical en el Señor como el único apoyo sólido de nuestra vida, de suyo frágil y efímera (30). Pero en toda la tradición bíblica, antigua y nueva, cuando se habla de pobres se está hablando normalmente de grupos sociales bien concretos, de los pobres reales. Más claro todavía en la palabra de Jesús, con la que él acompaña su actitud solidaria y sus gestos liberadores. A esos pobres, desposeídos y humillados, con las diversas categorías de afligidos y marginados de la sociedad de su tiempo (lisiados, pecadores públicos...), se dirige, con palabras y obras, la misión pública de Jesús. El vive, actúa y habla del lado de los pobres, enfrentando el escándalo consiguiente, y la llegada del Reino de Dios que él anuncia es "buena noticia" de liberación para ellos (31). No es que Jesús excluya de su misión a los ricos y los sabios de su mundo; pero va a ellos desde los pobres, como testigo del Dios que li-

bera a los oprimidos y se revela a los simples. A todos sus oyentes les pide Jesús una conversión radical, de corazón; pero la conversión que les pide a los ricos tiene que traducirse especialmente en términos "materiales", y con respecto a los pobres reales. Pensemos, por ejemplo, en el "Joven rico" o en Zaqueo (ver: Marcos 10, 17-31; Lucas 19, 1-10). Esta es precisamente, la resonancia que toma en Puebla la misión evangelizadora a "otros sectores sociales" de América Latina, y especialmente a los que detentan la riqueza, el poder, el conocimiento científico-técnico (32).

Al hablar de *la dimensión "material"* de la pobreza o de la conversión, me estoy refiriendo a los bienes de la vida humana, o que pueden servir a la vida humana. Bienes que son parte, elementos de la vida. Es cosa típica de los que no somos pobres, considerar que el hambre y la desnutrición, la falta de zapatos o de abrigo en el invierno, la falta de techo propio... son problemas solamente "materiales". Y los pobres saben que no es así. Saben que son problemas que afectan al hombre entero, que son problemas humanos. Porque, de hecho, no hay nada que sirva o afecte a la subsistencia y la vida básica del hombre, que no sea también espiritual. Y si hay algo que salta a la vista de quien lee sin prejuicios los Evangelios, es que Jesús más que nadie sabe esto; que esto es patente a la mirada misericordiosa de ese Dios y Padre de quien El habla, a quien como nadie El conoce.

Esta última consideración nos lleva a otro aspecto importante de la realidad de los pobres de América Latina como los ve Puebla: *los valores de la cultura popular*. Para Puebla, los pobres son las grandes mayorías populares de nuestro continente, las que por un lado sufren las privaciones, la injusticia y la represión, y por otro lado son sujeto de valores humanos y evangélicos. En estos valores reconocen nuestros Obispos grandes reservas de humanidad y de fe cristiana. Aunque los ven también seriamente amenaza-

ria para penetrar los criterios y las decisiones de los sectores responsables del liderazgo ideológico y de la organización de la convivencia social y económica de nuestros pueblos. En pueblos de arraigada fe cristiana, se han impuesto estructuras generadoras de injusticia. Estas, que están en conexión con el proceso de expansión del capitalismo liberal. . . nacen de las ideologías de culturas dominantes y son incoherentes con la fe propia de nuestra cultura popular. La Iglesia llama, pues, a una renovada conversión en el plano de los valores culturales, para que desde allí se impregnen las estructuras de convivencia con espíritu evangélico. Al llamar a una revitalización de los valores evangélicos, urge a una rápida y profunda transformación de las estructuras. . ." (437-438).

(Ver también: 30, 47, 50, 138, 492-493, 500, 792-793, 1147, 1156, 1207-1208, 1220, 1237-1243 y 1246-1249, 1269, 1300 y 1305).

- (33) "A causa de influencias externas dominantes o de la imitación alienante de formas de vida y valores importados, las culturas tradicionales de nuestros países se han visto deformadas y agredidas, minándose así nuestra identidad y nuestros valores propios. Compartimos, por lo tanto, con nuestro pueblo las angustias que surgen de la inversión de valores, que está en la raíz de muchos males mencionados hasta ahora: el materialismo individualista. . . el consumismo, con su ambición descontrolada de 'tener más'. . . el deterioro de los valores familiares básicos. . . la manipulación (de la Educación y de la Comunicación Social por parte) de grupos minoritarios de poder que tratan de asegurar sus intereses e inculcar sus ideologías. . . (y que) por los medios de comunicación social. . . penetran sutilmente el ambiente y el modo de vida de nuestro pueblo. . ." (53-62).

"Las angustias y frustraciones han sido causadas, si las miramos a la luz de la fe, por el pecado, que tiene dimensiones personales y sociales muy amplias. Las esperanzas y expectativas de nuestro pueblo nacen de su profundo sentido religioso y de su riqueza humana" (73).

"Se ha señalado la incoherencia entre la cultura de nuestros pueblos, cuyos valores están impregnados de fe cristiana, y la condición de pobreza en que a menudo permanecen retenidos injustamente. . . En pueblos de arraigada fe cristiana, se han impuesto estructuras generadoras de in-

justicia. Estas, que están en conexión con el proceso de expansión del capitalismo liberal y que en algunas partes se transforman en otras inspiradas por el colectivismo marxista, nacen de las ideologías de culturas dominantes y son incoherentes con la fe propia de nuestra cultura popular." (436-437).

(Ver también: 52, 417, 423, 436, 573, 581, 1014, 1129).

- (34) "(El pueblo latinoamericano aspira a una calidad de vida más humana, sobre todo por su irrenunciable dimensión religiosa, su búsqueda de Dios, del Reino que Cristo nos trajo, a veces confusamente intuido por los más pobres con fuerza privilegiada" (132).

"Esta cultura (popular), impregnada de fe y con frecuencia sin una conveniente catequesis, se manifiesta en las actitudes propias de la religión de nuestro pueblo, penetradas de un hondo sentido de la trascendencia y, a la vez, de la cercanía de Dios. Se traduce en una sabiduría popular con rasgos contemplativos, que orienta el modo peculiar como nuestros hombres viven su relación con la naturaleza y con los demás hombres; en un sentido del trabajo y de las fiestas, de la solidaridad, de la amistad y el parentesco. También en el sentimiento de su propia dignidad, que no ven disminuida por su vida pobre y sencilla. Es una cultura que, conservada de un modo más vivo y articulador de toda la existencia en los sectores pobres, está sellada particularmente por el corazón y su intuición. Se expresa, no tanto en las categorías y organización mental características de las ciencias, cuanto en la plasmación artística, en la piedad hecha vida y en los espacios de convivencia solidaria." (413-414).

(Ver también: 319, 368, 448, 452, 454, 935, 1137, 1147).

- (35) "Como elementos positivos de la piedad popular se pueden señalar: . . . el sentido de la providencia de Dios Padre; Cristo, celebrado en su misterio de Encarnación. . . , en su Crucifixión, en la Eucaristía. . . ; amor a María: ella y "sus misterios pertenecen a la identidad propia de estos pueblos y caracterizan su piedad popular" (Juan Pablo II, Zapopán, 2). . . ; los santos como protectores; los difuntos; la conciencia de dignidad personal y de fraternidad solidaria; la conciencia de pecado y de necesidad de expiación; la capacidad de expresar la fe en un lenguaje total que supera los racionalismos. . . , en forma comunitaria; la fe situada en el

dos y a menudo bloqueados, por las estructuras de opresión, por su situación dependiente de los esquemas culturales e ideológicos dominantes (33).

Creo que en esos valores destacados por Puebla podemos distinguir tres dimensiones, aunque en la vida misma del pueblo son dimensiones que no se pueden separar, que se activan y se enriquecen mutuamente (34).

a) Los valores religiosos: las creencias, las actitudes, las prácticas religiosas. Estas no son solamente principios teóricos

o ritos que se practican en algunos momentos separados de la vida. Es la fe confiada en Dios como Padre, quien nos da la vida y nos hace hermanos; la certeza de que Cristo nos acompaña en el sufrimiento y nos alimenta la esperanza; la seguridad del amor maternal de María . . . convicciones que se expresan en gestos concretos y en el lenguaje de la vida. Son creencias y actitudes profundas, que dan su sabor y empapan de sentido a la manera que tiene nuestro pueblo de enfrentar la vida y la muerte, la relación con los demás y con las cosas (35).

tiempo (fiestas) y en lugares (santuarios)...; el respeto filial a los pastores como representantes de Dios...; la integración honda de los sacramentos y de los sacramentales en la vida personal y social...; la capacidad de sufrimiento y de heroísmo para sobrellevar las pruebas y confesar la fe; el valor de la oración; la aceptación de los demás." (454).

(Ver también: Mensaje, 3; Documento, 6, 132, 216, 368, 413, 450, 895, 904, 913, 935).

(36) Documento, 452.

(37) Documento, 17. (Ver también: 413, 454, 448, 913).

(38) "(El hombre latinoamericano) ha tomado mayor conciencia de su dignidad, de su deseo de participación política y social, a pesar de que tales derechos en muchas partes están conculcados. Han proliferado las organizaciones comunitarias como movimientos cooperativistas, etc., sobre todo en sectores populares." (18)

"Nuestro pueblo es joven, y donde ha tenido oportunidades para capacitarse y organizarse ha mostrado que puede superarse y obtener sus justas reivindicaciones" (20).

"El pueblo latinoamericano... (aspira a) una distribución más justa de los bienes y las oportunidades; (a) un trabajo justamente retribuido... que disminuya la brecha entre el lujo desmedido y la indigencia... (A) una convivencia social fraterna, donde se fomenten y tutelen los derechos humanos; donde las metas... se decidan por el consenso y no por la fuerza...; donde nadie se sienta amenazado por la represión, el terrorismo, los secuestros y la tortura... (A) ser tenido en cuenta como persona responsable y sujeto de la historia capaz de participar libremente en las opciones políticas, sindicales... y en la elección de los gobernantes" (131-135).

(Ver también: 87, 1162-1163, 1220, 1244-1245).

(39) "La fe en Jesucristo... ha sido para América Latina fuente histórica del anhelo de dignidad, hoy clamoroso en nuestros pueblos creyentes y sufridos. Sólo la aceptación y el seguimiento de Jesucristo nos abren a las certidumbres más confortantes y a las exigencias más apremiantes de la dignidad humana, ya que ésta radica en la gratuita vocación a la vida que el Padre Celestial va haciendo oír de modo nuevo, a través de los combates y las esperanzas de la historia..." (319).

"La brecha entre ricos y pobres, la situación de amenaza que viven los más débiles, las injusticias, las postergaciones y sometimientos indignos que sufren, contradicen radicalmente los valores de dignidad personal y de hermandad solidaria. Valores éstos que el pueblo latinoamericano lleva en su corazón como imperativos recibidos del Evangelio. De ahí que la religiosidad del pueblo latinoamericano se convierta muchas veces en un clamor por una verdadera liberación. Esta es una exigencia aún no satisfecha. Por su parte el pueblo, movido por esta religiosidad, crea o utiliza dentro de sí, en su convivencia más estrecha, algunos espacios para ejercer la fraternidad, por ejemplo: el barrio, la aldea, el sindicato, el deporte. Y entre tanto, no desespera, aguarda confiadamente y con astucia los momentos oportunos para avanzar en su liberación tan ansiada" (452).

"Los pobres, también alentados por la Iglesia, han comenzado a organizarse para una vivencia integral de su fe y por tanto, para reclamar sus derechos" (1137).

(Ver también: 368, 413, 895).

(40) Ver: 45, 532-534, 535-536.

(41) Ver: 53-58, 62, 95, 573, 576-577, 1073, 1156.

(42) Documento, 453, 456, 914. (Ver también: 109, 628, 1108, 1109, 1124).

Especial actualidad reconocen los Obispos en América Latina a la figura de María, como modelo de la auténtica religiosidad popular según el Evangelio. Para ponerlo de relieve se apoyan en la "Marialis Cultus" de Pablo VI: "En María 'todo está referido a Cristo y todo depende de él' (MC, 25). Su existencia entera es una plena comunión con su Hijo... Ella fue algo del todo distinto de una mujer pasivamente remisiva o de religiosidad alienante' (MC, 37)... En el 'Magnificat' se manifiesta como modelo 'para quienes no aceptan pasivamente las circunstancias adversas de la vida personal y social, ni son víctimas de la alienación, sino que proclaman con ella que Dios es Vindicador de los humildes...' (MC, 37) (ver más arriba, nota 24)... Ella es 'una mujer fuerte que conoció la pobreza y el sufrimiento, la huida y el exilio (ver Mateo 2, 13-23): situaciones estas que no pueden escapar a la atención de quien quiere secundar con espíritu evangélico las energías liberadoras del hombre y de la sociedad...' (MC, 37)" (292-293, 297 y 302).

b) La fraternidad: "los valores de dignidad personal y de hermandad solidaria . . . que el pueblo latinoamericano lleva en su corazón como imperativos recibidos del Evangelio" (36). "El hombre latinoamericano posee una tendencia innata para acoger a las personas; para compartir lo que tiene, para la caridad fraterna y el desprendimiento, particularmente entre los pobres; para sentir con el otro la desgracia en las necesidades. Valora mucho los vínculos especiales de la amistad, nacidos del padrino, la familia, y los lazos que crea" (37).

c) La lucha solidaria por la justicia: la progresiva toma de conciencia de los derechos atropellados y de la responsabilidad solidaria de los pobres en su propia liberación; la historia —más o menos larga o reciente— de la organización y las luchas populares, para reivindicar sus derechos y buscar una sociedad de justicia y fraternidad (38). Esta es una dimensión que en los círculos eclesiásticos estamos menos acostumbrados a valorar. Sin embargo, por lo menos desde Medellín ha sido reiteradamente reconocida por los documentos oficiales de nuestras Iglesias, acompañados a menudo de gestos concretos. Los pastores han sabido allí hacerse eco de la rica experiencia de participación en los movimientos populares, vivida en estos años por sectores significativos de las bases de la Iglesia entre los pobres. Puebla, por su parte, ve esta tercera dimensión estrechamente vinculada a las dos dimensiones anteriores, e incluso, a menudo, brotando de ellas (39).

En las tres dimensiones mencionadas, Puebla reconoce que hay también ambigüedades y aspectos negativos; que son necesarios el discernimiento y la conversión, mediante el renovado anuncio del Evangelio. No se trata, en efecto, de "canonizar" a los pobres, ni de hacerse de la cultura popular una imagen idílica. Ya hicimos notar que los Obispos son conscientes de que esos valores de los pobres están amenazados y a menudo bloqueados por la opresión social y el peso de la

cultura dominante. Ellos señalan también las debilidades internas de la misma cultura popular, el desgaste de sus raíces cristianas por una evangelización insuficiente. En la lucha por la liberación están los riesgos de la politización exasperada y de la absolutización de las ideologías, con su tendencia al sectarismo y la instrumentalización de las personas; está la tentación de la violencia (40). En el estilo de vida y la convivencia humana, se dan también la inconsciencia alienada y la seducción del consumismo, el arribismo individualista, la degradación de la familia (41). En la religión popular se reconocen también aspectos negativos, "signos de desgaste y deformación". "Aparecen sustitutos aberrantes y sincrismos regresivos": "superstición, magia, fatalismo, idolatría del poder, fetichismo y ritualismo"; "valoración exagerada del culto a los santos con detrimento del conocimiento de Jesucristo y su misterio; idea deformada de Dios; concepto utilitario de ciertas formas de piedad . . ." (42).

Estos son los pobres de que habla Puebla, ésta es la situación de privaciones y opresión en que viven, éstos son los valores de su vida, su cultura y su fe. Puebla no sólo habla *de* ellos, sino poniéndose a su lado, hablando *desde* su perspectiva. Y explica por qué —si quiere ser fiel al Evangelio— *debe* hacerlo así, cuanto más en la actual situación del continente. De hecho, toda la visión de la realidad latinoamericana —en sus aspectos económico-social, político, cultural y religioso— está enfocada en Puebla desde la perspectiva de las mayorías pobres, sufriendo con ellas su miseria, su explotación o marginación, el atropello de sus derechos humanos fundamentales. Se podrían haber acentuado otros aspectos, más positivos, como los que aparecen en nuestros diarios o en la televisión: que nuestras ciudades se ven más limpias y ordenadas, que el comercio ofrece gran variedad de productos importados, que los que tienen ocupación trabajan con más disciplina, que se está controlando la inflación,

(43) "Una vez más deseamos declarar que al tratar los problemas sociales, económicos y políticos, no lo hacemos como maestros en esta materia, como científicos, sino en perspectiva pastoral en calidad de intérpretes de nuestros pueblos, confidentes de sus anhelos, especialmente de los más humildes, la gran mayoría de la sociedad latinoamericana" (Mensaje, 3).

"Lo presentado por Pablo VI en la "Evangelii Nuntiandi" refleja lúcidamente la realidad de nuestros países: "Es bien sabido en qué términos hablaron durante el reciente Sínodo numerosos obispos de todos los continentes y, sobre todo, los obispos del Tercer Mundo, con un acento pastoral en el que vibraban las voces de millones de hijos de la Iglesia que forman tales pueblos. Pueblos, ya lo sabemos, empeñados con todas sus energías en el esfuerzo y en la lucha por superar todo aquello que los condena a quedar al margen de la vida: hambres, enfermedades crónicas, analfabetismo, depauperación, injusticia en las relaciones internacionales y especialmente en los intercambios comerciales, situaciones de neocolonialismo económico y cultural, a veces tan cruel como el político, etc." (26).

"Sobre todo desde Medellín, se perciben dos claras tendencias: a) Por una parte, la tendencia hacia la modernización con fuerte crecimiento económico, urbanización creciente del continente, tecnificación de las estructuras económicas, políticas, militares, etc. . . b) Por otra, la tendencia al empobrecimiento y a la exclusión creciente de las grandes mayorías latinoamericanas de la vida productiva. . . Estas tendencias contradictorias favorecen la apropiación, por una minoría privilegiada; de gran parte de la riqueza, así como de los beneficios creados por la ciencia y por la cultura; por otro lado, engendran la pobreza de una gran mayoría, con la conciencia de su exclusión y del bloqueo de sus crecientes aspiraciones de justicia y participación" (1207-1208).

(Ver también: 24, 30, 63, 131 y siguientes, 164, 436-437, 496, 733-734, 778, 1219, 1255).

(44) Ver más abajo, el capítulo 9, y:

"Sobre todo a partir de Medellín, con clara conciencia de su misión, abierta lealmente al diálogo, la Iglesia escruta los signos de los tiempos y está generosamente dispuesta a evangelizar, para contribuir a la construcción de una nueva sociedad, más justa y fraterna, clamorosa exigencia de nuestros pueblos. . . Así, . . . en medio de los recientes desafíos, los pastores

aceptamos la secular tradición episcopal del continente y nos preparamos para llevar. . . el mensaje de salvación del Evangelio a todos los hombres, preferencialmente a los más pobres y olvidados" (12).

"La situación de injusticia que hemos descrito. . . nos hace reflexionar sobre el gran desafío que tiene nuestra pastoral para ayudar al hombre a pasar de situaciones menos humanas a más humanas. Las profundas diferencias sociales, la extrema pobreza y la violación de derechos humanos que se dan en muchas partes son retos a la evangelización. Nuestra misión de llevar a Dios a los hombres y los hombres a Dios implica también construir entre ellos una sociedad más fraterna" (90).

"El compromiso evangélico de la Iglesia, como ha dicho el Papa, debe ser como el de Cristo: un compromiso con los más necesitados (Juan Pablo II, Discurso inaugural III, 3). La Iglesia debe mirar, por consiguiente a Cristo cuando se pregunta cuál ha de ser su acción evangelizadora" (1141). (Ver también: 26, 93, 109, 142, 164, 268, 396, 466, 522, 525, 707, 711, 733, 1130, 1141-1142, 1144, 1154-1156, 1159, 1217, 1254 con su nota, 1289-1291, 1293, 1300).

(45) "Sobre todo es importante que, en comunión, revisemos nuestra comunión y participación con los pobres, los humildes, los sencillos. Será, por tanto, necesario escucharlos, acoger lo más profundo de sus aspiraciones, valorizar, discernir, alentar, corregir, dejando que el Señor nos guíe para hacer efectiva la unidad con ellos en un mismo cuerpo y en un mismo espíritu. Esto nos pide una oración más asidua, meditación más profunda de la Escritura, despojo íntimo y efectivo según el Evangelio de nuestros privilegios; modos de pensar, ideologías, relaciones preferenciales y bienes materiales (ver Evangelii Nuntiandi, 76); una mayor sencillez de vida; el compromiso en la realización de hechos significativos como el cumplimiento cabal de la "hipoteca social" de la propiedad; la comunicación cristiana de bienes materiales y espirituales. . ." (974-975).

"El compromiso con los pobres y los oprimidos y el surgimiento de las Comunidades de Base, han ayudado a la Iglesia a descubrir el potencial evangelizador de los pobres, en cuanto la interpelan constantemente, llamándola a la conversión, y por cuanto muchos de ellos realizan en su vida los valores evangélicos de solidaridad, servicio, sencillez y disponibilidad para acoger el don de Dios" (1147).

(Ver también: 1134-1135, 1140-1141, 1156, 1158).

que las condiciones para los negocios son mejores, que se está exportando más, que hay sectores sociales que se sienten más tranquilos y protegidos, . . . Pero todo esto favorece sólo a una minoría, cada vez más rica y segura, a costa de la pobreza creciente y el miedo en que viven las mayorías. Algunos replican que ellos son los técnicos, y que saben que este es el único remedio para los grandes problemas nacionales. La madre y dueña de casa sabe mucho menos de medicina y de construcción que el médico o el constructor civil; pero si el niño enfermo con los remedios se pone peor o la casa en invierno se llueve entera, dirá que las cosas van mal y buscará otras soluciones, y con mayor razón si se da cuenta que esos profesionales se están aprovechando de su situación para enriquecerse ellos a su costa. Son puntos de vista diferentes, son intereses contrapuestos (43).

La perspectiva de los pobres es también la perspectiva con que plantea Puebla la

misión evangelizadora. Y también explica por qué a la luz del Evangelio debe ser así. Ya hemos visto cómo destacan los Obispos que el Evangelio de Jesús es buena nueva para los pobres, para los marginados, y nos compromete a todos en una acción de promover a los más débiles, de transformar la sociedad con la fuerza de la justicia y del amor. Porque éstos son los signos de que el Evangelio es verdad, de que efectivamente está llegando el Reino de Dios a la vida y la convivencia de los hombres (44).

Por lo mismo, la perspectiva de los pobres es la que debe guiar también la conversión y renovación de la propia Iglesia. Ella se da cuenta de que será cada vez más la Iglesia de Jesucristo y de que su mensaje tendrá cada vez más en América Latina la auténtica eficacia del Evangelio, en la medida en que se abra a las mayorías pobres, en que se deje convertir por su fe y los valores de su cultura, en que sea realmente la Iglesia de ellos (45).

- (46) Mensaje, 3.
- (47) Ver Documento de Puebla, 1141.
- (48) Documento, 562. Ver el párrafo completo:
"La misión de la Iglesia en medio de los conflictos que amenazan al género humano y al continente latinoamericano, frente a los atropellos contra la justicia y la libertad, frente a la injusticia institucionalizada de regímenes que se inspiran en ideologías opuestas y frente a la violencia terrorista, es inmensa y más que nunca necesaria. Para cumplir esta misión, se requiere la acción de la Iglesia toda —pastores, ministros consagrados, religiosos, laicos— cada cual en su misión propia. Unos y otros, unidos a Cristo en la oración y en la abnegación, se comprometerán. . .".
(Ver también: 95, 131-136, 142, 297, 319-320, 339, 452, 485, 706, 1185).
- (49) Doc., 327 (subrayado mío).
- (50) Ver JUAN PABLO II en México:
"El Señor delineó en la parábola del Buen Samaritano el modelo de atención a todas las necesidades humanas (Lucas 10,29 y siguientes), y declaró que en último término se identificará con los desheredados. . . a quienes se haya tendido la mano (Mateo 25,31 y siguientes). La Iglesia ha aprendido en éstas y otras páginas del Evangelio que su misión evangelizadora tiene como parte indispensable la acción por la justicia y las tareas de promoción del hombre. . ." (Discurso inaugural, III, 2).
"Para el cristiano no basta la denuncia de las injusticias, a él se le pide ser testigo y agente de justicia. . . Como cristianos estáis llamados a ser artífices de justicia y de verdadera libertad, a la vez que forjadores de caridad social" (A los obreros, Estadio Jalisco).
"La imagen de Cristo en la cruz, precio del rescate de la humanidad, es una llamada acuciante a gastar la vida poniéndonos al servicio de los necesitados, a ritmo con la caridad, que es desprendida y que no simpatiza con la injusticia, sino con la verdad (ver; 1 Corintios 13,2 y siguientes)".
(En el barrio Santa Cecilia).
(Ver también: Doc. de Puebla, 28, 320, 324, 333, 339, 476, 525, 793, 827, 1144, 1146, 1287).

4. LA CAUSA DE LOS POBRES: CAUSA DE CRISTO

Lo que hemos visto del "humanismo evangélico" de Puebla en los capítulos anteriores, no puede dejarnos en una actitud meramente contemplativa, ni llevarnos a una conversión que afecte sólo a nuestra vida personal. Esto debería quedar claro por los aspectos que ya hemos destacado. Pero la misma insistencia y el tono apremiante con que lo plantean los Obispos, nos sugieren la conveniencia de recoger esta dimensión de compromiso práctico y de responsabilidad solidaria en este capítulo especial, como conclusión de la primera parte de nuestro estudio.

"Porque creemos que la revisión del comportamiento religioso y moral de los hombres debe reflejarse en el ámbito del proceso político y económico de nuestros países, invitamos a todos, sin distinción de clases, a aceptar y asumir la causa de los pobres, como si estuviesen aceptando y asumiendo su propia causa, la causa misma de Cristo: 'Todo lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos, por humildes que sean, a mí me lo hicisteis' (Mateo 25, 40)" (46). La misma expresión "la causa de los pobres" sugiere algo más que atender caritativamente a las necesidades de los indigentes. Sugiere el compromiso en una historia de lucha, de *lucha solidaria de los mismos pobres por la defensa de sus valores y la conquista de sus derechos*. Porque, si tomamos en serio el Evangelio de Jesucristo, debemos reconocer —y mostrar en nuestro compromiso práctico— que los pobres tienen no sólo necesidades, sino también derechos. Por eso, como lo expresara Juan Pablo II, "No es por oportunismo ni por afán de novedad que la Iglesia, 'experta en humanidad', es defensora de los derechos humanos. Es por un auténtico compromiso evangélico, el cual como sucedió con Cristo, es compromiso con los más necesitados". (Discurso inaugural, III, 3) (47). Por eso, podríamos traducir esa "causa de los pobres" como *la causa de*

la justicia en la situación real de nuestra América Latina de hoy. Causa que, a la luz del Evangelio, aparece ineludible y apremiante para todo hombre. Por eso, con mayor razón los cristianos, "unidos a Cristo en la oración y en la abnegación, se comprometerán, sin odios ni violencias, hasta las últimas consecuencias, en el logro de una sociedad más justa, libre y pacífica, anhelo de los pueblos de América Latina y fruto indispensable de una evangelización liberadora" (48).

La justificación evangélica de este llamado aparece con gran riqueza —como venimos viendo— en todo el marco teológico-pastoral del Documento. Aquí quisiera ofrecer una recapitulación en los términos, bastante densos, de un pasaje del capítulo doctrinal sobre el Hombre y la Dignidad humana: "*El amor de Dios que nos dignifica radicalmente, se vuelve por necesidad comunión de amor con los demás hombres y participación fraterna; para nosotros, hoy, debe volverse principalmente obra de justicia para los oprimidos, esfuerzo de liberación para quienes más la necesitan* (ver: Lucas 4,18). En efecto, 'nadie puede amar a Dios, a quien no ve, si no ama al hermano a quien ve' (1 Juan 4,20). . . El Evangelio nos debe enseñar que, ante las realidades que vivimos, no se puede hoy en América Latina amar de veras al hermano y por lo tanto a Dios, sin comprometerse a nivel personal y en muchos casos, incluso, a nivel de estructuras, con el servicio y la promoción de los grupos humanos y de los estratos sociales más desposeídos y humillados, con todas las consecuencias que se siguen en el plano de esas realidades temporales" (49). Es que de veras, "hoy en América Latina", no podemos seguir hablando de caridad sólo respecto de personas individuales, sino también en términos de "caridad social". Es que de veras, "hoy en América Latina", es respecto de las mayorías pobres, golpeadas y desposeídas por la injusticia institucionalizada, que el Mandamiento del amor nos exige "hacernos prójimos" (ver: Lucas 10, 25-37) (50).

(51) Ver: Documento, 523-524, 1238.

(52) JUAN PABLO II, A los sacerdotes y religiosos de México, Guadalupe.

(53) JUAN PABLO II, Discurso inaugural, III. (Ver también los textos citados más arriba, Notas (48) y (50)).

(54) "Sabemos que el pueblo, en su dimensión total y en su forma particular, a través de sus organizaciones propias, construye la sociedad pluralista. Frente a este desafío, tenemos conciencia de que la misión de la Iglesia no se reduce a exhortar a los diversos grupos sociales y a las categorías profesionales, en la construcción de una sociedad nueva para el pueblo y con el pueblo, ni se trata solamente de estimular a cada uno de los grupos y categorías a dar su contribución específica con honestidad y competencia, sino también a ser agentes de una concientización general de responsabilidad común, frente a un desafío que exige la participación de todos" (1220).

(NOTA: El texto original, como salió de la Conferencia, era más claro: "Sabemos que es el pueblo. . . , a través de sus organizaciones propias, quien construye. . .". "La misión de la Iglesia. . . en la construcción de una sociedad nueva *para* el pueblo, pero *con* el pueblo" (subrayado mío).

(55) Documento, 1163.

(56) (Ver también: Documento, 28, 44, 131-136, 142, 233, 452, 477, 485, 785, 847-848, 1045, 1129, 1137, 1162, 1244-1245, 1272).

Por supuesto que esta traducción del amor en "obra de justicia para los oprimidos", puede darse en formas muy variadas, en niveles diferentes. La acción política, encauzada por partidos de ideología y estrategia liberadora, es indispensable y para muchos un noble deber, porque ataca las causas estructurales de la injusticia (51). Pero ésa no es la única manera de aportar, ni todos están llamados a ella. Una mamá de población podrá hacer su obra de justicia formando a sus hijos con sentido de su propia dignidad, de respeto al derecho de los demás, de solidaridad en la causa de los pobres; podrá contribuir a que haya más justicia y más conciencia solidaria entre las familias vecinas de su cuadra. . . Un educador tiene que dar también su aporte propio, y de hecho el documento sobre "la Justicia en el mundo" del Sínodo de 1971, tiene una de sus secciones más ricas sobre "la educación para la justicia". Un obrero tendrá que aportar en su organización sindical, luchando por los derechos de sus compañeros y por la liberación de su clase. Ojalá todo esto se haga con conciencia y perspectiva políticas, pero ello no implica necesariamente la militancia partidista. También los mismos obispos de la Iglesia, los sacerdotes y las religiosas, tienen que dar su aporte propio, muchas veces insustituible. Ellos "no son dirigentes sociales, líderes políticos o funcionarios de un poder temporal" (52). Salvo casos calificados de suplencia, éstas son funciones que corresponden a los cristianos laicos, y más propiamente —como veremos— a los líderes propios del pueblo de los pobres. Pero los pastores y los religiosos deben, por su propio ministerio, ser "defensores

y promotores de la dignidad" del hombre en nuestra sociedad concreta; deben actuar, en su nivel, "comprometidos hasta las últimas consecuencias" con la causa de los pobres (53).

En relación con esta última observación parece útil destacar —cerrando con ello esta primera parte, sobre el "humanismo evangélico" de Puebla— que los Obispos son conscientes de que no es la Iglesia, ni son los cristianos en cuanto tales a través de sus organizaciones propias, los llamados a conducir al pueblo en su lucha por la justicia. La "causa de los pobres" ha de ser llevada fundamentalmente por ellos mismos (54). Por eso los Obispos, sabiendo muy bien que "los mejores esfuerzos" de los pobres por su promoción "se estrellan" en América Latina contra verdaderas "barreras de explotación" (ver: Juan Pablo II, A los indígenas y campesinos de Oaxaca), se comprometen y comprometen a la Iglesia a "defender su derecho fundamental (de los pobres) a 'crear sus propias organizaciones para defender y promover sus intereses y para contribuir responsablemente al bien común' (Juan Pablo II, A los obreros de Monterrey)" (55). Es decir, que la obra del amor y de la justicia por parte de los que no somos pobres, está enfocada sobre todo como un apoyo para que el mismo pueblo de los pobres y oprimidos vaya poniéndose de pie y tomando en sus manos su liberación; para que los mismos pobres sean los protagonistas en la construcción de una sociedad nueva, imprimiéndole ese sabor de humanidad, de convivencia fraterna y de fe, que constituye su propio patrimonio cultural y espiritual (56).

- (*) Para un estudio más crítico sobre esta materia, ver el trabajo de L. Boff, "A Libertação em Puebla", en: BOFF, L., DOS SANTOS, B., ROXO, R. M. y otros, "Puebla, análise, perspectivas, interrogações". Eds. Paulinas, Sao Paulo, 1979.
- (1) Doc. de Puebla, n. 480.
(2) Doc., 173.
(3) Doc., 92.

Segunda parte

Evangelio y liberación

A través de los grandes temas presentados en la primera parte —sobre el “Humanismo Evangélico”— el Documento de Puebla nos ayuda a descubrir, en la realidad actual de América Latina y en el clamor y la lucha de nuestros pueblos pobres, la humanidad del Dios del Evangelio. En un mundo marcado por la miseria y la injusticia, el amor entrañable y la voluntad de comunión que el Padre de Jesucristo abriga por todos sus hijos, deben revelárenos como fuerza de liberación del hombre y de los pueblos, especialmente de los pobres, los explotados y los oprimidos. Y la respuesta creyente que se nos pide frente a este Dios Liberador, en su dimensión de amor operante, debe ser necesariamente la de nuestro compromiso en la lucha solidaria por la liberación humana de nuestros pueblos, asumiendo como propia la causa de los pobres.

Desde el punto de vista de la misión de la Iglesia —esencialmente evangelizadora— su tarea debe definirse como *anuncio del Dios Liberador*. Anuncio que ella debe acreditar con su compromiso efectivo en la defensa de los derechos de los pobres y en la promoción de una vida y una convivencia plenamente humanas. Este anuncio constituye ya por sí mismo una “evangelización liberadora”, que por la fuerza del Espíritu de Cristo va iluminando *el empeño, los gestos y los acontecimientos liberadores de los hombres*, abriéndolos a una plenitud de libertad,

de comunión y de vida que ningún esfuerzo humano puede conquistar.

Por esta vía accedemos al segundo núcleo temático, que ocupa el centro de lo que hemos llamado la Teología Pastoral de Puebla: la síntesis de EVANGELIO y LIBERACION humana*.

No se trata, ciertamente, de una preocupación nueva entre nosotros. Grupos de cristianos y sectores cada vez más importantes de nuestras Iglesias, han vivido esta preocupación desde hace por lo menos dos décadas: en la medida en que han debido explicitar su conciencia y su misión como seguidores de Jesucristo en medio de las situaciones de injusticia socio-económica, y de los compromisos asumidos de promoción humana y liberación política. Especialmente a partir de Medellín, a lo largo y lo ancho de América Latina “se despliega un proceso dinámico de liberación integral” (1). “En numerosos sectores del pueblo de Dios”, especialmente entre las mayorías pobres, se ha producido “un mayor acercamiento al Evangelio y una búsqueda del rostro siempre nuevo de Cristo, que llena su legítima aspiración a una liberación integral” (2). La misma “conciencia de su misión evangelizadora... ha llevado (a la Iglesia jerárquica) a publicar en estos últimos diez años numerosos documentos pastorales sobre la justicia social”, a crear organismos de solidaridad con los que sufren, de denuncia de los atropellos y de defensa de los derechos humanos” (3).

- (4) SINODO DE 1971, *La Justicia en el Mundo*, Introducción.
- (5) PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, 29 y 30.
- (6) JUAN PABLO II, *Discurso Inaugural de la Conf. de Puebla*, III, 2.

(7) "Nuestra evangelización está marcada por algunas preocupaciones particulares y acentos más fuertes:

- la redención integral de las culturas, antiguas y nuevas de nuestro continente, teniendo en cuenta la religiosidad de nuestros pueblos (EN 18, 20);
- la promoción de la dignidad del hombre y la liberación de todas las servidumbres e idolatrías (EN 29ss);
- la necesidad de hacer penetrar el vigor del Evangelio hasta los centros de decisión, "las fuentes inspiradoras y los modelos de la vida social y política" (EN 19)" (343-345).

"Acercándonos al pobre para acompañarlo y servirlo, hacemos lo que Cristo nos enseñó. . . El mejor servicio al hermano es la evangelización que lo dispone a realizarse como hijo de Dios, lo libera de las injusticias y lo promueve integralmente" (1145).

"La Iglesia colabora por el anuncio de la Buena Nueva, y a través de una radical conversión a la justicia y al amor, a transformar desde dentro las estructuras de la sociedad pluralista que respeten y promuevan la dignidad de la persona humana y le abran la posibilidad de alcanzar su vocación suprema de comunión con Dios y de los hombres entre sí (cf. EN 18, 19, 20)" (1206).

(Ver también: 26, 302, 355, 480, 522, 979, 1184, 1254, 1304).

(8) Doc., 4 y 6. Los Obispos reconocen el llamado a seguir en el camino abierto por los "intrépidos luchadores por la justicia, evangelizadores de la paz, . . . que defendieron a los indios ante conquistadores y encomenderos, incluso hasta la muerte" (Doc., 8; ver también: 90, 92; 701, 706, 707; 1136-1139), en medio de un proceso de integración y mestizaje, pero también de explotación y exterminio, impuesto y a menudo mantenido bajo el signo de la misma Cruz.

(9) "La situación de injusticia que hemos descrito en la parte anterior (Visión de la Realidad de América Latina) nos hace reflexionar sobre el gran desafío que tiene nuestra pastoral para ayudar al hombre a

pasar de situaciones menos humanas a más humanas. Las profundas diferencias sociales, la extrema pobreza y la violación de derechos humanos que se dan en muchas partes, son retos a la evangelización. Nuestra misión de llevar a Dios a los hombres y los hombres a Dios, implica también construir entre ellos una sociedad más fraterna. . ." (90) "Nuestro pueblo desea una liberación integral, que no se agota en el cuadro de su existencia temporal sino que se proyecta a la comunión plena con Dios y con sus hermanos en la eternidad, comunión que ya comienza a realizarse, aunque imperfectamente, en la historia. La Iglesia, a través de su acción y de su doctrina social, hace suyas estas aspiraciones. Baste recordar el vigoroso llamado de la Conferencia de Medellín, que expresó la voluntad de hacer que el anuncio evangélico logre desplegar toda su potencia de fermento transformador" (141-142).

"Los pastores de América Latina tenemos razones gravísimas para urgir la evangelización liberadora, no sólo porque es necesario recordar el pecado individual y social, sino también porque de Medellín para acá la situación se ha agravado en la mayoría de nuestros países. Nos alegra comprobar ejemplos numerosos de esfuerzos por vivir la evangelización liberadora en su plenitud. Una de las principales tareas para seguir alentando la liberación cristiana es la búsqueda creativa de caminos que se aparten de ambigüedades y reduccionismos (EN 32) en plena fidelidad a la Palabra de Dios que nos es dada en la Iglesia y que nos mueve al alegre anuncio a los pobres, como uno de los signos mesiánicos del Reino de Cristo" (487-488).

(Ver también: 26, 92, 173, 181, 340, 368, 448, 452, 470-471, 480, 562, 1128, 1131, 1137, 1145, 1184, 1205-1206, 1304, 1308).

(10) "(Como Obispos) nos comprometemos a: Cumplir siempre con gozo, intrepidez y humildad el ministerio evangelizador, como tarea prioritaria del oficio episcopal en el camino abierto e iluminado por los insignes pastores y misioneros del continente. . . Empeñarnos, por exigencia evangélica y de acuerdo con nuestra misión, en promover la justicia y en defender la dignidad y los derechos de la persona humana (Cf. Juan Pablo II, *Discurso Inaugural*, III)" (701 y 706).

"Den los presbíteros prioridad en su ministerio al anuncio del Evangelio a todos pero muy especialmente a los más necesi-

Los ecos de este proceso han sido recogidos por los Sínodos mundiales de Obispos, y por Pablo VI y Juan Pablo II. En sus documentos, desde el Sínodo de 1971 se han dado importantes avances en la formulación de una síntesis doctrinal de alcance más universal. Los Pastores de la Iglesia Católica afirman que "escuchando el clamor de quienes sufren violencia y se ven oprimidos por sistemas y mecanismos injustos; y escuchando también la interpelación de un mundo que con su perversidad contradice el plan del Creador, tienen conciencia unánime de la vocación de la Iglesia a estar presente en el corazón del mundo predicando la Buena Nueva a los pobres, la liberación a los oprimidos y la alegría a los afligidos; (porque) la esperanza y el impulso (de liberación) que animan profundamente al mundo, no son ajenos al dinamismo del Evangelio, que por la fuerza del Espíritu Santo libera a los hombres del pecado personal y de sus consecuencias en la vida social" (4). Pablo VI deja más en evidencia que "la evangelización lleva consigo un mensaje explícito... sobre los derechos y deberes de toda persona humana... , sobre la vida comunitaria de la sociedad... , un mensaje, especialmente vigoroso en nuestros días, sobre la liberación". Y urge a la misma Iglesia su "deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos... , el deber de ayudar a que nazca esa liberación, de dar testimonio de la misma, de hacer que sea total; (porque) todo esto no es extraño a la evangelización" (5). Por último, Juan Pablo II destaca que "en el centro mismo de (su) mensaje... (la Iglesia) encuentra inspiración para actuar en favor de la fraternidad, de la justicia, de la paz; contra las dominaciones, esclavitudes, discriminaciones, violencias, atentados a la libertad religiosa, agresiones contra el hombre y cuanto atenta contra la vida" (6).

Puebla recoge todo esto. Con un lenguaje integrador, acentúa la promoción histórica del hombre y su liberación de

todas las injusticias, destacando la unidad profunda de este proceso con la vocación eterna del mismo hombre a la comunión en Cristo con el Padre y con los hermanos, mediante su liberación del pecado y de la muerte (7). En el contexto de la explotación agudizada en los últimos años al amparo de los regímenes represivos, Puebla debe reconocer con mayor claridad que Medellín, que ese "proceso dinámico de liberación integral" constituye a la luz del Evangelio la más íntima vocación de los pueblos "creyentes y sufridos" de América Latina, así como la más esencial misión de servicio de la Iglesia que se encarna en ellos. Vocación y servicio que —siguiendo al Maestro— deben tomar la vía de la entrega abnegada; deben enfrentar el conflicto, la persecución y a veces hasta la muerte; como camino de resurrección que va abriendo paso al Reino definitivo del Dios de la comunión y de la vida. Los inicios de esta misión los reconoce Puebla desde los primeros pasos del cristianismo en el continente: en "la evangelización constituyente" de América Latina. "Acicateada por las contradicciones y desgarramientos de aquellos tiempos fundadores, y en medio de un gigantesco proceso de dominaciones y cultura, aún no concluido... ", "la Iglesia se hace presente en las raíces y en la actualidad del continente. Quiere servir dentro del marco de su misión propia al mejor porvenir de los pueblos latinoamericanos, a su liberación y crecimiento en todas las dimensiones de la vida" (8).

Por una misma fidelidad al Dios de Jesucristo y a los pueblos del continente, Puebla expresa la urgencia de que esta síntesis del Evangelio de Dios y la liberación de los hombres, sea vivida por todo el Pueblo de Dios (9). Los Pastores y los agentes pastorales, en especial, deben poner cuidado en que esa síntesis se realice efectivamente en todas las formas del ministerio de la fe (10), superando todo

tados (obreros, campesinos, indígenas, marginados, grupos afroamericanos), integrando la promoción y defensa de su dignidad humana" (711).

"El carisma del diácono, signo sacramental de "Cristo Siervo", tiene gran eficacia para la realización de una Iglesia servidora y pobre que ejerce su función misionera en orden a la liberación integral del hombre" (697).

"La teología, la predicación, la catequesis, para ser fieles y completas, exigen tener ante los ojos a todo el hombre y a todos los hombres, y comunicarles en forma oportuna y adecuada "un mensaje particularmente vigoroso en nuestros días sobre la liberación" (EN 29), "siempre en el designio global de la salvación" (EN 38)" (479).

(Ver también: 591-594, 679, 696, 979).

- (11) "Esta situación social no ha dejado de acarrear tensiones en el interior mismo de la Iglesia; tensiones producidas por grupos que, o bien enfatizan 'lo espiritual' de su misión, resintiéndose por los trabajos de promoción social, o bien quieren convertir la misión de la Iglesia en un mero trabajo de promoción humana" (90).
 "No se puede desconocer en América Latina la erupción del alma religiosa primitiva, a la que se liga una visión de la persona como prisionera de las formas mágicas de ver el mundo y actuar sobre él. El hombre no es dueño de sí mismo, sino víctima de fuerzas ocultas. En esta visión determinista, no le cabe otra actitud sino colaborar con esas fuerzas o anonadarse ante ellas. . . No pocos cristianos, al ignorar la autonomía propia de la naturaleza y de la historia, continúan creyendo que todo lo que acontece es determinado e impuesto por Dios" (308).
 "La instrumentalización (de las personas o de la Iglesia), que es siempre un riesgo en la vida política, puede provenir de los propios cristianos y aun de sacerdotes y religiosos, cuando anuncian un Evangelio sin incidencias económicas, sociales, culturales y políticas. En la práctica, esta mutilación equivale a cierta colusión —aunque inconsciente— con el orden establecido" (558).
 (Ver también: 92, 275-276, 329, 485, 488, 515, 824, 826, 1004).
- (12) "¿Qué tenemos para ofrecerlos? Como Pedro, ante la súplica dirigida por el paralítico, a las puertas del Templo, os decimos, al considerar la magnitud de los desafíos estructurales de nuestra realidad: "No tenemos oro ni plata para daros, pero os

damos lo que tenemos: en nombre de Jesús de Nazaret, levantaos y andad" (Hechos 3,6). Y el enfermo se levantó y proclamó las maravillas del Señor. Aquí, la pobreza de Pedro se hace riqueza y la riqueza de Pedro se llama Jesús de Nazaret, muerto y resucitado, siempre presente por su Espíritu. . . Jesús cura al enfermo. El poder de Dios requiere de los hombres el máximo esfuerzo para el surgimiento y la fructificación de su obra de amor, a través de todos los medios disponibles: fuerzas espirituales, conquistas de la ciencia y de las técnicas en favor del hombre" (Mensaje, 3).

"La opción preferencial por los pobres tiene como objetivo el anuncio de Cristo Salvador que los iluminará sobre su dignidad, los ayudará en sus esfuerzos de liberación de todas sus carencias y los llevará a la comunión con el Padre y los hermanos. . ." (1153).

"(La opción preferencial por los jóvenes tiene como objetivo) presentar a los jóvenes el Cristo vivo, como único Salvador, para que, evangelizados, evangelicen y contribuyan, con una respuesta de amor a Cristo, a la liberación integral del hombre y de la sociedad, llevando una vida de comunión y participación" (1166).

(Ver también: Mensaje, 2, 3 (entero) y 9; Doc., 90, 141-142, 321, 325, 329, 341, 345, 352, 356-358, 362, 428, 433, 466, 485, 515-517, 562, 592-594, 643, 692-693, 799, 864, 909, 968, 970, 1000, 1026, 1027-1030, 1058-1059, 1149, 1185, 1187, 1193-1196, 1215, 1223-1225, 1240, 1253, 1254, 1283-1284, 1305).

- (13) De la síntesis viviente de estas dos dimensiones se nos ofrece como modelo —una vez más— la figura evangélica de María:
 "En María "todo está referido a Cristo y todo depende de él" (MC 25). Su existencia entera es una plena comunión con su Hijo. Ella dio su sí a ese designio de amor. Libremente lo aceptó en la anunciación y fue fiel a su palabra hasta el martirio del Gólgota. . . Llevada a la máxima participación con Cristo, (María) es la colaboradora estrecha en su obra. Ella fue "algo del todo distinto de una mujer pasivamente remisiva o de religiosidad alienante" (MC 37). . . La virginidad maternal de María conjuga en el misterio de la Iglesia esas dos realidades: toda de Cristo y con él, toda servidora de los hombres. Silencio, contemplación y adoración, que originan la más generosa respuesta al envío, la más fecunda evangelización de los pueblos" (292-294).

tipo de dualismo y de reduccionismo: sea fatalista o activista, sea espiritualista o temporalista (11).

En los 3 capítulos que siguen, pasaremos revista a las principales líneas teológico-pastorales que Puebla nos señala, a lo largo de todo el Documento, para orientar la práctica de esta síntesis viva de Evangelio y liberación humana "en el presente y en el futuro de América Latina".

5. LA FUERZA LIBERADORA INTEGRAL DE JESUCRISTO Y EL COMPROMISO HUMANO DE LIBERACION SOLIDARIA

Por lo visto, la misma situación en que debe vivirse la fe cristiana en la realidad de América Latina —situación que se experimenta especialmente en las comunidades eclesiales que han venido surgiendo y multiplicándose entre los pobres— ha llevado a los pastores en Puebla a poner aquí el mayor énfasis de su teología pastoral: en la síntesis viviente de la fuerza liberadora integral de Jesucristo y el compromiso humano de liberación solidaria (12).

Siempre y en todas partes, la fe cristiana ha sido y será radicalmente la acogida confiada y gozosa del *don de Dios* por excelencia: la salvación y la vida que se nos ofrecen en Jesucristo, entregado hasta la muerte y resucitado por nosotros los hombres. Y esta acogida, si es realmente radical, tiene que hacerse carne y mostrar su verdad en la *tarea humana* por excelencia: el amor práctico a los semejantes y la construcción de la fraternidad entre los hombres. Son las dos dimensiones del reinado de Dios y de la fe, inseparables en toda vivencia y en todo anuncio del Evangelio de Jesucristo (13).

Y también, para un hombre y un mundo universalmente marcados por el pecado —el que, junto con separar dei Dios Vivo,

"De María, quien en su canto del "Magnificat" (Lc 1, 46-55) proclama que la salvación de Dios tiene que ver con la justicia hacia los pobres, "parte también el compromiso auténtico con los demás hombres, nuestros hermanos, especialmente por los más pobres y necesitados y por la necesaria transformación de la sociedad" (Juan Pablo II, Zapopán)" (1144). (Ver también: 282, 297, 302, 844, 1184).

- (14) "La evangelización "debe contener siempre una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios" (EN 27). He aquí lo que es "base, centro y a la vez culmen de su dinamismo", el "contenido esencial" de la evangelización. La evangelización da a conocer a Jesús como el Señor, que nos revela al Padre y nos comunica su Espíritu. Nos llama a la conversión que es reconciliación y vida nueva, nos lleva a la comunión con el Padre que nos hace hijos y hermanos. Hace brotar, por la caridad derramada en nuestros corazones, frutos de justicia, de perdón, de respeto, de dignidad, de paz en el mundo" (351-352).

"Los verdaderos cristianos, unidos a Jesús, . . . por sus obras testifican el amor que el Padre tiene a los hombres, el poder salvador con que Jesucristo libera del pecado y el amor que ha sido derramado por el Espíritu que habita en ellos, capaz de crear la verdadera comunión con el Padre y los hermanos. . . El verdadero testimonio de los cristianos es, por tanto, la manifestación de las obras que Dios realiza en los hombres. El hombre da testimonio, no basado en sus propias fuerzas, sino en la confianza que tiene en el poder de Dios que lo transforma y en la misión que le confiere" (968 y 970).

(Ver también: 90, 138, 150, 181, 193, 199-200, 204, 275-276, 297, 321, 325, 331, 356-358, 466, 475, 692-693, 785, 789, 1184, 1253).

- (15) "¿Qué tenemos para ofrecerlos? Juan Pablo II en el discurso inaugural de su pontificado, nos responde de manera incisiva y admirable, al presentar a Cristo como respuesta de salvación universal: "¡No temáis, abrid de par en par las puertas a Cristo! Abrid a su potestad salvadora las puertas de los Estados, los sistemas económicos y políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo". . . Para nosotros, ahí se encierra

la potencialidad de las simientes de liberación del hombre latinoamericano. Nuestra esperanza para construir día a día la realidad de nuestro verdadero destino. . ." (Mensaje, 3).

"Tiene que revalorarse entre nosotros la imagen cristiana de los hombres; tiene que volver a resonar esa palabra en que viene recogiendo ya de tiempo atrás un excelso ideal de nuestros pueblos: LIBERTAD. Libertad que es a un tiempo don y tarea. Libertad que no se alcanza de veras sin liberación integral (cf. Jn 8,36) y que es, en un sentido válido, meta del hombre según nuestra fe, puesto que "para libertad, Cristo nos ha liberado" (Gál 5,1), a fin de que tengamos vida y la tengamos en abundancia (cf. Jn 10,11) como "hijos de Dios y coherederos con el mismo Cristo" (Rom 8,17)" (321).

"La salvación que nos ofrece Cristo da sentido a todas las aspiraciones y realizaciones humanas, pero las cuestiona y las desborda infinitamente. Aunque "comienza ciertamente en esta vida, tiene su cumplimiento en la eternidad" (EN 27). . .

"(La liberación cristiana) es una liberación que se va realizando en la historia, la de nuestros pueblos y la nuestra personal, y que abarca las diferentes dimensiones de la existencia: lo social, lo político, lo económico, lo cultural y el conjunto de sus relaciones. En todo esto ha de circular la riqueza transformadora del Evangelio. . ." (483).

(Ver también: Mensaje, 3 (entero), 8, 9; Doc., 13, 141, 166, 169, 173, 180-181, 189, 218, 329-331, 340, 351-354, 385, 388, 390, 393-394, 407, 475, 515-517, 567, 770, 1183, 1194, 1296, 1301, 1309-1310 (con los que se cierra el Documento)).

- (16) "(La Iglesia en América Latina) subraya mejor el valor evangélico de la pobreza, que nos hace disponibles para construir un mundo más justo y más fraterno. Siente vivamente la situación penosa de los desposeídos, de lo necesario para una vida digna. Invita a todos a transformar su mente y sus corazones según la escala de valores del Evangelio" (148).

"La Iglesia llama, pues, a una renovada conversión en el plano de los valores culturales, para que desde allí se impregnen las estructuras de convivencia con espíritu evangélico. Al llamar a una revitalización de los valores evangélicos, urge a una rápida y profunda transformación de las estructuras, ya que éstas están llamadas por su misma naturaleza a contener el

corrompe la vida humana y desgarrar la convivencia (cf. Gén 3-4)— tanto la acogida del don de Dios como el compromiso en la tarea humana, implican necesariamente un vuelco, una ruptura y una constante lucha: en *la conversión del corazón y la transformación de la sociedad* (14).

Si todo esto es cierto siempre y en todas partes, aquí en América Latina y ahora más que nunca, el don o la gracia de Dios que se nos comunica en Jesucristo y por su Espíritu, debe ser anunciado y testimoniado como *fuerza de liberación integral*: para todo el hombre, con todas las dimensiones de su vida personal y social; para la entera comunidad humana, con todas las dimensiones de la convivencia, incluyendo la cultural, la económica y la política; y en todo esto, y a través de todo esto, para los valores del espíritu y del amor, abriéndolos a la trascendencia de la comunión con el mismo Dios en la vida eterna (15). Asimismo, la tarea humana que responde a esta gracia, ha de ser vivida como *toma de conciencia crítica* del egoísmo y la idolatría, de la injusticia y el desprecio de los semejantes, que anidan en el corazón de cada uno y cristalizan en los criterios de juicio y las formas de vida, las instituciones y los sistemas, que imperan en nuestra sociedad; ha de ser vivida como *conversión* que afecte a la vida entera y *nos comprometa con las mayorías empobrecidas y oprimidas*, en la causa de su propia liberación y de la transformación profunda de la entera sociedad humana (16).

La fe en la fuerza liberadora integral de Jesucristo y *el compromiso* con los pobres en la causa de su liberación histórica, son dos dimensiones que no podemos separar los cristianos y las Iglesias a quienes nos toca acoger el Reino de Dios y testimoniar su Evangelio "en el presente y en el futuro de América Latina". Y no sólo como dos realidades que vinieran a ponerse una encima o después de la otra, o que pudiéramos vivirlas cada una en tiempos y actividades diferentes, sino

como dos dimensiones del mismo Reino de Dios y de la misma responsabilidad del hombre. Una fe en el Don de Dios que no se tradujera en un cambio efectivo de vida, en un amor operante que asume como propia la causa de los pobres, en un compromiso con la lucha solidaria por la justicia en las condiciones reales que se dan entre nosotros, . . . una fe así, correría el riesgo de evaporarse, de constituirse en un autoengaño y en un contratestimonio, de convertírnos en una caparazón para protegernos del único Dios vivo y verdadero. Y por otra parte, si los gestos del amor solidario y la lucha liberadora de los hombres no estuvieran alentados y atravesados por el Espíritu liberador del mismo Cristo, no podrían romper la dinámica del pecado ni ir preparando un hombre y una sociedad verdaderamente nuevos. De allí la importancia de anunciar a Jesucristo y de realizar los signos explícitos de su presencia, en medio de esa misma lucha liberadora de los pobres.

Por este camino —con nuestro pueblo y con nuestra propia vida— vamos aprendiendo a conocer a un Cristo mucho más humano que como lo habíamos imaginado; y mucho más divino también, o revelándonos a un Dios mucho más sorprendente y radicalmente innovador que como lo habíamos imaginado. Un Cristo mucho más cuestionante y peligroso, para los hábitos y las seguridades de cada uno, de la sociedad establecida y de la propia Iglesia como institución humana; un Cristo mucho más exigente y comprometedor para cada hombre, para cada grupo humano; y también, mucho más que todo lo que habíamos podido imaginar, un Cristo fuente de esperanza y de fortaleza, de alegría y de plenitud, para cada uno y para nuestro pueblo.

Este es el Cristo que debemos seguir y testimoniar concretamente, como cristianos y como Iglesia, en el hoy de América Latina.

Para los que hemos sido llamados al ministerio del Evangelio —y todos los cristianos lo hemos sido, en alguna forma y

mal que nace del corazón del hombre, y que se manifiesta también en forma social, y a servir como condiciones pedagógicas para una conversión interior, en el plano de los valores (ver: Medellín, Pastoral, 2)" (438).

"(Como) principios orientadores (de nuestra acción pastoral, proponemos):

- La defensa y la promoción de la dignidad inalienable de la persona humana.
- El destino universal de los bienes creados por Dios y producidos por los hombres. . .
- La necesidad de la conversión permanente y la simultánea transformación de las estructuras económicas, sociales, políticas, culturales y jurídicas, dado el poder desintegrador del pecado personal y social. . ." (1223-1224). (NOTA: El tercer punto, que viene en el Docu-

mento original de Puebla, ha sido omitido en la edición oficial del CELAM).

"Es necesario crear en el hombre latinoamericano una sana conciencia moral, sentido evangélico crítico frente a la realidad, espíritu comunitario y compromiso social. Todo ello hará posible una participación libre y responsable, en comunión fraterna y dialogante, para la construcción de la nueva sociedad verdaderamente humana y penetrada de valores evangélicos. Ella. . . debe ser respuesta a los sufrimientos y aspiraciones de nuestros pueblos, llenos de esperanza que no podrá ser defraudada (ver Romanos 5,5)" (1308).

(Ver también: 12, 16, 193, 204, 345, 355, 362, 388, 394-395, 405, 443, 477, 534, 1029, 1045, 1054-1055, 1077, 1088, 1155, 1196-1197, 1199, 1232, 1239, 1283, 1287).

medida— tal testimonio implica dos vertientes del anuncio evangelizador, cada una con su propia forma de abordaje y su pedagogía:

1) El anuncio dirigido a los creyentes, a los que practican en alguna forma su creencia en el ámbito familiar, de las comunidades eclesiales y de las expresiones más masivas de religiosidad. A ellos habrá que ayudarles a asumir las implicancias más colectivas e históricas del Reino; habrá que ayudarles a superar la parcialización de su fe y de su amor; el encierro en su propio grupo o comunidad, el miedo al compromiso, por los prejuicios imperantes y por los riesgos que el compromiso trae consigo.

2) El anuncio dirigido a los no-creyentes, a los que no se identifican con la Iglesia o incluso rechazan toda expresión de fe cristiana, pero son conscientes de su responsabilidad solidaria en la liberación de los oprimidos y a menudo viven esa responsabilidad con gran entrega. A ellos habrá que ayudarles a descubrir esas dimensiones más radicales y más universales del pecado humano y de la liberación integral de Jesucristo; liberación que nos abre a un horizonte insospechado de libertad, de comunión y de vida, en el encuentro con Aquél que inspira nuestros anhelos más profundos y nos ha creado para colmar esos anhelos con su propia plenitud.

Son dos vertientes del anuncio evangelizador, que se exigen mutuamente y deberían estar articuladas en el único ministerio evangelizador de la Iglesia. De otro modo, por un lado la fe de los creyentes quedaría trunca y mortecina, impidiendo que la luz de Cristo alumbrase a nuestro mundo de injusticia y de muerte; y por otro lado, el empeño liberador de la gente más comprometida —los que a menudo no creen con la Iglesia o no ven que su compromiso tenga que ver con su creencia— quedará a medio camino, por falta de profundidad humana en el cambio que se busca o por falta de radicalidad en la esperanza.

6. LIBERACION DEL PECADO PARA LA COMUNION Y PARTICIPACION

Una vivencia y una acción que integren realmente Evangelio y liberación humana, suponen, pues, que *el contenido del Evangelio* de Jesucristo sea entendido y testimoniado como fuerza de liberación integral, que abarca todas las dimensiones de la vida humana, personal y social. Pero, por lo mismo, suponen también que *el alcance de la liberación* que el hombre y nuestros pueblos necesitan, sea entendido y buscado realmente con toda la amplitud y el radicalismo que el propio Evangelio nos permite descubrir en esta misma historia nuestra de opresión y de lucha liberadora.

a) Liberación evangélica

En la Biblia, como en el lenguaje corriente de la experiencia humana, quien dice "liberación" entiende una acción o proceso que lo saca a uno de una situación de alienación, opresión o dependencia, para hacerlo pasar a una situación nueva, en que uno es consciente de su dignidad, responsable de sus actos y sujeto de su destino. Lo mismo ocurre con los términos paralelos "redención" y "salvación". Quien es "redimido" o "rescatado", es sacado de una condición de esclavitud o cautiverio, para pasar a una de libertad y autonomía. Quien es "salvado", es sacado de una vida amenazada, angustiada o disminuida, para una vida segura, desenvuelta y feliz. Se trata siempre de una acción que arranca al pueblo o a la persona *de* una situación negativa, y los conduce a una situación nueva, *para* vivir una realidad positiva.

Pero en la Biblia —por la singular experiencia histórica del Dios Vivo y Liberador que en ella se recoge— el alcance de este lenguaje humano de la liberación es también ampliado y radicalizado. En el corazón de toda situación positiva, de todo goce de vida que el hombre y el pueblo anhelan o experimentan, la Biblia percibe *el regalo y la presencia del Dios*

- (17) Ver: Hechos 2,23 y 3,14-15; Romanos 1, 18 - 3,20; Juan 1, 5 y 10-11; 3, 17-19; 15,18 - 16,11.
- (18) Ver: Mateo 5,1-16; 10; 13,1-52; Lucas 13, 18-30; 14, 12-24; 15; 22, 14-20 y 24-30; 24,36-52; Hechos 1,1-14; 2; 4,23-35; 5,12-16; 10,34-48; 11,19-30 y 12,25 - 13,4; 1 Corintios 12,12 - 13,13; 15, 20-28; Romanos 6-8; Efesios 2,11-22; 4,1-16; Juan 13,34-35; 14,18 - 15,17.
- (19) "*Koinonía*" se usa en el Nuevo Testamento así, como sustantivo, o bien como forma verbal. En su significación más teológica, suele traducirse por "comuni3n" o "estar en comuni3n"; y en sus dimensiones más antropol3gicas y sociol3gicas, suele traducirse por "comunidad", "solidaridad", "participaci3n" o "acci3n de compartir". Pero tambi3n, a la inversa, puede hablarse por ejemplo de "participaci3n en el Esp3ritu Santo", o de "comuni3n de bienes (materiales)". (Ver: Hechos 2,42; Romanos 12,13 y 15,26-27; 1 Corintios 1,9 y 10,16; 2 Corintios 8,4; 9,13; 13,13; G3latas 2,9 y 6,6; Filipenses 1,5; 3,10 y 4,15; 1 Juan 1,3-7). "Participaci3n" o "tener parte", puede tambi3n traducir el t3rmino neotestamentario paralelo "*metoj3*" o las formas verbales correspondientes. (Ver: 1 Corintios 10, 17 y 21; 2 Corintios 6,14; Hebreos 2,14 y 5,13).

Vivo. Es Dios mismo quien nos da los bienes y nos hace hermanos, y quien colma la alegría de la comunidad con su propia plenitud de vida compartida. Esta es la experiencia —inseparablemente material y espiritual, personal y social, histórica y religiosa— implicada en los conceptos bíblicos, tan fundamentales, de la "bendición", la "paz" y la "vida". Y por otro lado, en la raíz de toda situación negativa que afecta a la existencia humana y a la historia del pueblo, la Biblia percibe *el pecado del hombre*, como rechazo y ausencia provocada de ese mismo Dios del amor y de la vida. Porque, efectivamente, Dios crea al hombre y se forma un pueblo como interlocutor libre, a quien invita a acoger libremente su "alianza" de bendición y de paz, con la posibilidad real de rechazarla. Este rechazo ocurre de hecho toda vez que el hombre o los grupos humanos —por su acción o su omisión responsables— disminuyen, amenazan o destruyen la vida y el compartir de la vida, la comunidad y la paz. Porque la vida y el amor de los hombres son don de Dios, son "sacramento" de la vida del mismo Dios y de su amor entregados a nosotros; por eso en la raíz de todo lo que disminuye o destruye la vida y la paz de los hombres y de los pueblos, nuestra fe instruida por la tradición bíblica reconoce al pecado, que es negación práctica de Dios, ruptura de su alianza.

El Reinado de Dios, cuya llegada anuncia y va realizando Jesús por su ministerio evangelizador, consiste precisamente en la acción o proceso por el que Dios mismo viene a liberar al hombre de todas sus miserias, opresiones y segregaciones: a partir de la raíz de todas ellas en el pecado, y para instaurar un orden nuevo de vida y convivencia plenas que como Padre El regala a todos sus hijos. Los líderes religiosos y las autoridades políticas que dominan al pueblo de Jesús rechazan este Evangelio: ellos "quitan de en medio" al Testigo del amor y la reconciliación, y "dan muerte al Autor de la vida", colmando así la medida del "pe-

cado del mundo" (17). Pero el amor de Dios es más grande que el pecado del hombre. Y el Padre lleva adelante su obra, para el mismo pueblo judío y para todos los pueblos de la tierra, a partir de la resurrección de Jesús de entre los muertos y del don del Espíritu del Resucitado a la comunidad de sus discípulos, enviada a continuar el ministerio evangelizador del mismo Jesús.

El primer fruto de esta obra liberadora de Dios —nueva y definitiva— en la historia de los pueblos, es *la propia comunidad cristiana*. Desde el Principio y el Centro viviente que tiene en Jesucristo resucitado, la comunidad eclesial recibe la "bendición", la "paz" y la "vida" que el Padre quiere regalar a todos sus hijos, para que las vivan en todas las dimensiones —espirituales y materiales— de su compartir fraterno. La Iglesia recibe, pues, esta vida y comunión, no como un privilegio para sí misma, sino para testimoniarlas y "contagiarlas" *en medio de los hombres y de los pueblos*, mediante modelos concretos de convivencia y signos efectivos de solidaridad liberadora para con todos, a partir de los pobres y los marginados de la tierra. Las recibe como anticipo y fermento de la vida y la comunión plenas y universales, las que esperamos alcanzar "cuando el último enemigo (y último fruto del pecado) —la muerte— sea vencido" y "Dios llegue a ser todo en todos" (18).

El contenido de esta vida y alegría en común, y la acción de compartirla, es lo que el Nuevo Testamento griego expresa por el término "*koinonía*". Se trata de la vida y el gozo mismos de Dios, que El nos participa por nuestra incorporación en Cristo resucitado y la comunicación de su Espíritu. Vida y gozo que deben traducirse normalmente entre nosotros en la unión fraterna, en la puesta en común de los bienes espirituales y materiales, en la corresponsabilidad del servicio y la misión, y en la solidaridad efectiva con los hermanos más pobres de cerca y de lejos (19).

- (20) "(En la original concepción de la liberación cristiana) aparecen dos elementos complementarios e inseparables: la liberación *de* todas las servidumbres del pecado personal y social, de todo lo que desgarró al hombre y a la sociedad y que tiene su fuente en el egoísmo, en el misterio de iniquidad, y la liberación *para* el crecimiento progresivo en el ser, por la comunión con Dios y con los hombres que culmina en la perfecta comunión del cielo, donde Dios es todo en todos y no habrá más lágrimas" (482, subrayado mío). "Los verdaderos cristianos, unidos a Jesús, dan a su vez este mismo testimonio (de Cristo, primer evangelizador). Por sus obras, testifican el amor que el Padre tiene a los hombres, el poder salvador con que Jesucristo libera del pecado, y el amor que ha sido derramado por el Espíritu que habita en ellos, capaz de crear la verdadera comunión con el Padre y los hermanos" (968). (Ver también: 73, 95, 184-187, 197, 281, 352, 354, 355, 438, 485, 552, 562, 1153, 1194).
- (21) Doc., 1258. Ver: "Como pastores. . . vemos que en lo más profundo (de los hechos reseñados, que angustian a nuestro pueblo) existe un misterio de pecado, cuando la persona humana, llamada a dominar el mundo, impregna los mecanismos de la sociedad de valores materialistas. (Ver JUAN PABLO II, Homilía Santo Domingo, 3)" (70). "El hombre, ya desde el comienzo, rechazó el amor de su Dios. . . Por eso. . . se desgarró interiormente. Entraron en el mundo el mal, la muerte y la violencia, el odio y el miedo. Se destruyó la convivencia fraterna. . . brotaron todas las esclavitudes. La realidad latinoamericana nos hace experimentar amargamente, hasta límites extremos, esta fuerza del pecado, flagrante contradicción del plan divino" (185-186). (Ver también: 73, 184, 318, 328, 330, 482, 491, 1032).
- (22) Doc., 517. Ver: "La realización histórica de este servicio evangelizador resultará siempre ardua y dramática, porque el pecado, fuerza de ruptura, obstaculizará permanentemente el crecimiento en el amor y la comunión, tanto desde el corazón de los hombres, como desde las diversas estructuras por ellos creadas, en las cuales el pecado de sus autores ha impreso su huella destructora. En este sentido, la situación de miseria, marginación, injusticia y corrupción que hiere a nuestro continente, exige del Pueblo de Dios y de cada cristiano un auténtico heroísmo en su compromiso evangelizador. . . Ante tal desafío, la Iglesia. . . se siente animada por el Espíritu y protegida por María. Su intercesión poderosa le permitirá superar las "estructuras de pecado" en la vida personal y social, y le obtendrá la "verdadera liberación" que viene de Cristo Jesús (Juan Pablo II, Zapopán, 11)" (281). "Los pastores de América Latina tenemos razones gravísimas para urgir la evangelización liberadora, no sólo porque es necesario recordar el pecado individual y social, sino también porque de Medellín para acá, la situación se ha agravado en la mayoría de nuestros países" (487). (Ver también: 329-330; 354, 394, 438, 491, 740).
- (23) Ver más arriba, el capítulo 4, y: "La salvación (de Jesucristo), centro de la Buena Nueva. . . tiene "lazos muy fuertes" con la promoción humana en sus aspectos de desarrollo y liberación (ver EN 31), parte integrante de la evangelización. Estos aspectos brotan de la riqueza misma de la salvación, de la activación de la caridad de Dios en nosotros a la que quedan subordinados. La Iglesia ". . . en el centro del mensaje del cual es depositaria y pregonera, encuentra inspiración para actuar en favor de la fraternidad, de la justicia, de la paz; contra las dominaciones, esclavitudes, discriminaciones, violencias, atentados a la libertad religiosa, agresiones contra el hombre y cuanto atenta con la vida" (Juan Pablo II, Discurso inaugural, III, 2)" (354-355). (Ver también: 187, 318, 329, 438, 482, 485, 1155, 1224).
- (24) Doc., nn. 328, 747 y 95. (Ver también: 54-56, 69, 94, 328 (entero), 491, 966 y 1149).
- (25) Doc., nn. 1156 y 350.

Estas son las dimensiones fundamentales de la tradición bíblica de la fe que cobran nueva fuerza y actualidad en la experiencia latinoamericana de la injusticia social y de la esperanza. Especialmente, en los sectores del Pueblo de Dios y en las comunidades eclesiales que compar-ten más activamente la causa de la liberación de los oprimidos, y anticipan más conscientemente en su propia convivencia los signos del mundo fraterno que buscamos.

Es lo que Puebla recoge con su insistencia —clave en el Documento final— en que la liberación del hombre y de los pueblos, cristianamente entendida, arranca *del pecado* y tiene su sentido *para la comunión y participación* (20).

b) Liberación del pecado, personal y social

Puebla reconoce que "son muchas las causas de esta situación de injusticia (que impera en América Latina), pero en la raíz de todas se encuentra el pecado, tanto en su aspecto personal como en las estructuras mismas" (21). Insiste en que el Evangelio de Jesucristo, que la Iglesia tiene la urgencia de anunciar, "es un mensaje que libera, porque salva de la esclavitud del pecado, raíz y fuente de toda opresión, injusticia y discriminación" (22); es un mensaje que compromete a la misma Iglesia y a todos los cristianos en la lucha por la liberación de nuestros pueblos del pecado y de todas sus consecuencias, tanto en lo personal como en lo social y estructural (23).

En cuanto al *pecado como opción o actitud personal*, la insistencia del Documento está en señalar que "a la ruptura con Dios que envilece al hombre, corresponde siempre en el plano de las relaciones interpersonales la actitud de egoísmo, de orgullo, de ambición y envidia, que generan injusticia, dominación, violencia a todos los niveles. . ."; la actitud de "quienes sirven al dinero y al poder, reservándose egoístamente para sí los bienes que Dios otorga al hombre para

beneficio de toda la comunidad"; la actitud de quienes "buscan únicamente el placer o conquistar una posición lucrativa y de prestigio, imbuidos en una filosofía de 'arribismo' y de dominación" (24). Frente a estas formas dominantes del pecado personal, "la exigencia evangélica de la pobreza, como solidaridad con el pobre y como rechazo de la situación en que vive la mayoría del continente, libra al pobre de ser individualista en su vida y de ser atraído y seducido por los falsos ideales de una sociedad de consumo. (Y) de la misma manera, el testimonio de una Iglesia pobre puede evangelizar a los ricos que tienen su corazón apegado a las riquezas, convirtiéndolos y liberándolos de esta esclavitud y de su egoísmo". De esta manera, "a partir de la persona, llamada a la comunión con Dios y con los hombres, el Evangelio debe penetrar en su corazón, en sus experiencias y modelos de vida, en su cultura y ambientes, para hacer una nueva humanidad con hombres nuevos y encaminar a todos hacia una nueva manera de ser, de juzgar, de vivir y de convivir" (25).

En cuanto al *pecado social*, se lo ve por una parte institucionalizado *en las estructuras* económicas y políticas dominantes, tanto a nivel nacional como internacional: estructuras que han sido establecidas y son mantenidas para producir una creciente concentración de la riqueza y el poder en manos de una minoría, a costa de la explotación y la miseria, la marginación y la represión de la mayoría. Es el "escándalo" de "la brecha creciente entre ricos y pobres", donde "el lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas". Porque efectivamente, "la economía de mercado libre, en su expresión más rígida, aun vigente como sistema en nuestro continente y legitimada por ideologías liberales, ha acrecentado la distancia entre ricos y pobres por anteponer el capital al trabajo, lo económico a lo social. Grupos minoritarios nacionales, asociados a veces con intereses foráneos, se han aprovechado de las oportu-

(26) Doc., nn. 28, 47 y 500. Ver:

"El hombre latinoamericano encuentra una sociedad cada vez más desequilibrada en su convivencia. Hay "mecanismos que, por encontrarse impregnados no de un auténtico humanismo sino de materialismo, producen a nivel internacional ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres" (Juan Pablo II, Discurso inaugural III, 4). Tales mecanismos se manifiestan en una sociedad programada muchas veces a la luz del egoísmo, en las manipulaciones de la opinión pública, en expropiaciones invisibles y en nuevas formas de dominio supranacional, pues crecen las distancias entre las naciones ricas y las pobres. Hay que añadir, además, que en muchos casos el poderío de empresas multinacionales se sobrepone al ejercicio de la soberanía de las naciones y al pleno dominio de sus recursos naturales" (1264).

"El desequilibrio socio-político a nivel nacional e internacional está creando numerosos desubicados, como son los emigrantes, cuyo número puede ser magnitud insospechada en el próximo futuro. A éstos deben añadirse desubicados políticos como son los asilados, los refugiados, los desterrados y también los indocumentados de todo género... (1266).

(Ver también: 30, 42, 44, 46, 50, 64, 66-68, 281, 315, 417, 437, 452, 496, 501, 507-510, 542, 571, 575, 778, 835-838, 1014, 1136, 1160, 1207-1209, 1245, 1246, 1257, 1259, 1260, 1262, 1265).

(27) "Las ideologías de la seguridad nacional, han contribuido a fortalecer, en muchas ocasiones, el carácter totalitario o autoritario de los regímenes de fuerza, de donde se ha derivado el abuso del poder y la violación de los derechos humanos..." (49). "Compartimos con nuestro pueblo las angustias que surgen de la inversión de valores, que está en la raíz de muchos males mencionados hasta ahora:

- el materialismo individualista, valor supremo de muchos hombres contemporáneos, que atenta contra la comunión y la participación, impidiendo la solidaridad; y el materialismo colectivista que subordina la persona al Estado;
- el consumismo, con su ambición descontrolada de "tener más", va ahogando al hombre moderno en un inmanentismo que lo cierra a las virtudes evangélicas del desprendimiento y de la austeridad, paralizándolo para la comunicación solidaria y la participación fraterna" (54-56).

"(En la Educación...) existen fenómenos de deformación y despersonalización, debido a la manipulación de grupos minoritarios de poder que tratan de asegurar sus intereses e inculcar sus ideologías" (61).

"Los rasgos culturales que hemos presentado se ven influidos fuertemente por los medios de comunicación social. Los grupos de poder político, ideológico y económico penetran a través de ellos sutilmente el ambiente y el modo de vida de nuestro pueblo. Hay una manipulación de la información por parte de los distintos poderes y grupos. Esto se realiza de manera particular por la publicidad que introduce falsas expectativas, crea necesidades ficticias y muchas veces contradicen los valores fundamentales de nuestra cultura latinoamericana y del Evangelio... (62).

"Bajo el signo de lo económico, se pueden señalar en América Latina tres visiones del hombre que, aunque distintas, tienen una raíz común. De las tres, quizás la menos consciente y, con todo, la más generalizada es la visión consumista... La persona humana... se la ve apenas como instrumento de producción y objeto de consumo. Todo se fabrica y se vende en nombre de los valores del tener, del poder y del placer, como si fueran sinónimos de la felicidad humana..." (311).

"Al servicio de la sociedad de consumo, pero proyectándose más allá de la misma, el liberalismo económico, de praxis materialista, nos presenta una visión individualista del hombre... Se ciega a las exigencias de la justicia social y se coloca al servicio del imperialismo internacional del dinero, al cual se asocian muchos gobiernos que olvidan sus obligaciones en relación al bien común" (312).

"Opuesto al liberalismo económico en su forma clásica y en lucha permanente contra sus injustas consecuencias, el marxismo clásico substituye la visión individualista del hombre por una visión colectivista, casi mesiánica, del mismo. La meta de la existencia humana se pone en el desarrollo de las fuerzas materiales de producción. La persona no es originalmente su conciencia; está más bien constituido por su existencia social..." (313).

(Ver también: 47, 70, 314, 418, 434-435, 494, 500, 509-510, 536-537, 542, 549, 550, 573, 624, 836, 1021, 1069, 1071-1073, 1088, 1171).

nidades que les abren estas viejas formas de libre mercado, para medrar en su provecho y a expensas de los intereses de los sectores populares mayoritarios". Y también, en alianza con esos grupos económicos, por "la presencia en nuestro continente de muchos regímenes autoritarios y hasta opresivos". Porque "el pecado corrompe el uso que los hombres hacen del poder, llevándolo al abuso de los derechos de los demás, a veces en formas más o menos absolutas. Esto ocurre más notoriamente en el ejercicio del poder político, por tratarse del campo de las decisiones que determinan la organización global del bienestar temporal de la comunidad y por prestarse más fácilmente, no sólo a los abusos de los que detentan el poder, sino a la absolutización del

poder mismo (cf. GS 73), apoyados en la fuerza pública" (26).

Por otra parte —como raíz inspiradora y como instrumento de esas mismas estructuras y de las minorías que las sostienen— se ve al pecado social *en el sistema de valores* que configuran la cultura y las ideologías dominantes: cultura e ideologías impregnadas de materialismo consumista, de individualismo posesivo, de menosprecio por la dignidad humana de las mayorías. En este sistema de valores (o de contra-valores) se ve un desconocimiento práctico del único Dios verdadero —el de Jesucristo y de los pobres de nuestra tierra— para adorar en su lugar al lucro y el bienestar egoístas, a la seguridad excluyente, al prestigio y el poder convertidos en absolutos (27).

- (28) Ver: Amós 1, 4-8 y 5, 7-13; Oseas 2, 4-15; Isaías 1 y 5 8-24; Jeremías 2 y 7, 1-28; Isaías 56, 9 - 57, 13 y 58, 1-12; Mateo 6, 19-24; 20, 20-28; 23, 1-39; 25, 31-46; Lucas 6, 24-26; 10, 25-37; 12, 13-46; 16, 1-13 y 19-31.
- (29) "Los bienes de la tierra se convierten en ídolos y en serio obstáculo para el Reino de Dios (cf. Mateo 19, 23-26), cuando el hombre concentra toda su atención en tenerlos o aun en codiciarlos. Se vuelven entonces absolutos. "No podéis servir a Dios y al dinero" (Lucas 16,13). La riqueza absolutizada es obstáculo para la verdadera libertad. Los crueles contrastes de lujo y extrema pobreza, tan visibles a través del continente, agravados, además por la corrupción que a menudo invade la vida pública y profesional, manifiestan hasta qué punto nuestros países se encuentran bajo el dominio del ídolo de la riqueza. Estas idolatrías se concentran en dos formas opuestas que tienen una misma raíz: el capitalismo liberal y, como reacción, el colectivismo marxista. Ambos son formas de lo que puede llamarse "injusticia institucionalizada." (493-495).
"Se diviniza el poder político cuando en la práctica se lo tiene como absoluto. Por eso, el uso totalitario del poder es una forma de idolatría y como tal la Iglesia lo rechaza enteramente (GS 75). Reconocemos con dolor la presencia de muchos regímenes autoritarios y hasta opresivos en nuestro continente. Ellos constituyen uno de los más serios obstáculos para el pleno desarrollo de los derechos de la persona, de los grupos y de las mismas naciones" (500).
(Ver también: 344, 435, 491, 502, 529, 542, 573).
- (30) Ver más arriba, en el Cap. 3, la sección sobre los valores de la cultura popular. De las referencias al Doc., recordar especialmente:
"Se ha señalado la incoherencia entre la cultura de nuestros pueblos, cuyos valores están impregnados de fe cristiana, y la condición de pobreza en que a menudo permanecen retenidos injustamente. Sin duda las situaciones de injusticia y de pobreza aguda son un índice acusador de que la fe no ha tenido la fuerza necesaria para penetrar los criterios y las decisiones de los sectores responsables del liderazgo ideológico y de la organización de la convivencia social y económica de nuestros pueblos. En pueblos de arraigada fe cristiana se han impuesto estructuras generadoras de injusticia. Estas, que están en conexión con el proceso de expansión del capitalismo liberal y que en algunas partes se transforman en otras inspiradas por el colectivismo marxista, nacen de las ideologías de culturas dominantes y son incoherentes con la fe propia de nuestra cultura popular" (436-437).
(Ver también: 30, 53-58, 87-89, 131-136, 452, 1300).
- (31) Doc., nn. 30, 624, 405 y 438. Ver: PABLO VI, EN, 18-20; y Doc., nn. 385-396. (Ver también: 343-345, 406, 420, 427, 452, 466, 485, 502, 528, 540, 562, 778, 1088, 1152, 1154-1155, 1197, 1240, 1246-1247, 1300).

Se trata, en definitiva, de las dos dimensiones fundamentales del pecado social como lo denuncia la Biblia, por boca de los Profetas y del mismo Jesús: *la injusticia y la idolatría*. Por una parte, el apartamiento del Dios vivo y el rechazo de su visita liberadora, por apego a los bienes y las seguridades del mundo, de los que los hombres se han hecho falsos dioses. Y por otra parte, el afán acaparador y la prepotencia, que explotan y oprimen a los semejantes, o simplemente que se niegan a compartir con los necesitados y a servirlos (28). Son las mismas dos dimensiones que se reconocen inseparables en el "pecado del mundo" como impera hoy en nuestra América Latina (29). Es una idolatría que corrompe los valores, distorsiona los criterios, y desde allí se institucionaliza en estructuras de manipulación y de injusticia que imperan en la sociedad global. Pero no se trata de una corrupción pareja ni de una injusticia sin sujeto histórico concreto. Se trata de una idolatría y una injusticia cuyo sujeto responsable principal son las clases y grupos dominantes, los que mantienen esos sistemas y estructuras, y los imponen como "los valores" y "el orden" de la sociedad global. Las mayorías populares de América Latina son más bien las víctimas de estos "valores" y de este "orden", los que en realidad son contradictorios con su auténtica cultura, impregnada de fe cristiana, y con las aspiraciones de liberación y fraternidad que siempre de nuevo están brotando de ella (30).

En la línea de Medellín, Puebla insiste en que "esta realidad (de pobreza e injusticia) exige *conversión personal y cambios profundos de las estructuras*, que responden a las legítimas aspiraciones del pueblo hacia una verdadera justicia social; cambios que, o no se han dado o han sido demasiado lentos en la experiencia de América Latina". Pero además, "frente a un mundo dominado por el afán de lucro, por el ansia de poder y por la explotación" (en los que ve injusticia e idolatría), Puebla enriquece el llamado de Medellín con el aporte de la "Evangelii

Nuntiandi" sobre la *evangelización de la cultura*. Porque, precisamente, para Pablo VI se trata de "alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación". Por eso, como lo entiende Puebla, "la Iglesia, al proponer la Buena Nueva, denuncia y corrige la presencia del pecado en las culturas; purifica y exorciza los desvalores. Establece, por consiguiente, una crítica de las culturas. Ya que el reverso del anuncio del Reino de Dios es la crítica de las idolatrías, esto es, de los valores erigidos en ídolos o de aquellos valores que, sin serlo, una cultura asume como absolutos". Por su misión esencial de la evangelización liberadora, en nuestra América Latina "la Iglesia llama, pues, a una renovada conversión en el plano de los valores culturales, para que desde allí se impregnen las estructuras de convivencia con espíritu evangélico. Al llamar a una revitalización de los valores evangélicos, urge a una rápida y profunda transformación de las estructuras, ya que éstas están llamadas, por su misma naturaleza, a contener el mal que nace del corazón del hombre, y que se manifiesta también en forma social, y a servir como condiciones pedagógicas para una conversión interior, en el plano de los valores" (31).

Así ve Puebla la fuerza y los estragos del pecado, activo en los hombres y en la realidad social de América Latina. Pero, como lo hemos visto, el interés de los Obispos no está en hacer mera denuncia o en lamentarse. El fondo de su visión de la realidad latinoamericana no es un pesimismo sobre el hombre, sobre la historia o sobre la evolución de la cultura. Por el contrario, los Obispos reunidos en Puebla —como los de Medellín— concluyen su Mensaje a los pueblos del continente con *una profesión de fe* "en Dios, en los hombres, en los valores y en el futuro de América Latina"; porque "Dios está pre-

(32) Mensaje, 9.

(35) Ver: Doc., 134-136, 335.

(33) Ver: Doc., nn. 29-30, 40-44, 53-62, 66, 328, 417, 427, 437, 452, 485, 834, 1207-1209.

(36) Doc., 485, 466, 477. (Ver también: 3, 482, 1027-1030, 1045, 1162, 1220, 1244-1245, 1308).

(34) Ver: Doc., 64, 311-315, 417, 437.

sente, vivo, por Jesucristo liberador, en el corazón de América Latina" (32). Y en realidad, todo el Documento de Puebla constituye una verificación y un fruto de esta profesión de fe. Apoyados en ella, el interés de los Obispos está en acompañar y estimular a las fuerzas de liberación y de vida compartida que se dan en nuestros pueblos; está en comprometer a la Iglesia entera a que —en forma más unánime y más consecuente con su misión evangelizadora— se ponga al servicio de esas fuerzas de vida y esperanza, en las que ellas reconocen la presencia transformante de Jesucristo liberador.

La idolatría y la injusticia, esclavizan a las minorías privilegiadas, se hallan instaladas en las estructuras sociales, pretenden encubrirse o legitimarse por las ideologías dominantes. El resultado está a la vista en la realidad que padecen las mayorías populares del continente, sometidas a condiciones de vida que los Obispos caracterizan con un término duro, prácticamente sinónimo de opresión: *la angustia*. Son las angustias de nuestro pueblo pobre, por las privaciones y la explotación, por la marginación política y la represión, por la distorsión y dominación de sus valores culturales (33). Todas esas fuerzas y mecanismos tienden a hacer del hombre de nuestro pueblo un simple "*objeto*": como mano de obra o mercado consumidor para la producción capitalista, como recurso disponible o material humano para el desarrollo y la geopolítica de los Estados, o simplemente, como desecho inservible o material inútil que se echa a un lado y se abandona a su propia suerte (34). Si en tal situación, este hombre de nuestro pueblo va despertando su conciencia de ser humano, amado por Dios como hijo, con su dignidad y su responsabilidad como persona, llamado a ser hermano... ¿cómo extrañarse de que aspire con impaciencia a una convivencia y un compartir democráticos; de que aspire a ser "*sujeto*" de la producción y de la historia? (35). ¿Cómo extrañarse de que la Iglesia de Jesucristo —cada vez más conscientemente

conformada entre nosotros por este mismo hombre oprimido— proclame aquí que "el eje de la evangelización liberadora" que define su propia misión de servicio, es el de "transformar al hombre en sujeto de su propio desarrollo individual y comunitario", de forma que se libere de "la dependencia y las esclavitudes que hieren derechos fundamentales que no son otorgados por gobiernos o instituciones, por poderosas que sean, sino que tienen como autor al propio Creador y Padre"? ¿Cómo extrañarse de que esta misma Iglesia de América Latina esté preocupada de que en nuestro pueblo "creyente y sufrido", "la fe desarrolle una personalización creciente y una solidaridad liberadora"? ¿Cómo extrañarse de que ella entienda su propio aporte a la promoción humana —esencial si quiere hacer creíble su mensaje— como un servicio que "ayuda a despertar la conciencia del hombre en todas sus dimensiones y a valerse por sí mismo para ser protagonista de su propio desarrollo humano y cristiano; (como un servicio que) educa para la convivencia, da impulso a la organización, fomenta la comunicación cristiana de bienes, ayuda de modo eficaz a la comunión y a la participación"? (36).

c) Liberación para la comunión y participación

En el corazón de su Documento, los Obispos nos hablan, pues, de la urgencia de testimoniar y promover activamente una liberación que arranque al hombre latinoamericano del pecado y de todas sus consecuencias. Se trata, hablando más históricamente, de que las mayorías oprimidas de América Latina vayan librándose de las angustias que injustamente les hacen padecer el "orden" y los "valores" dominantes. Se trata de que los mismos pobres, los pueblos ahora oprimidos, pasen a ser "sujeto" de su propia liberación y de su desarrollo humano, para que así vayan viviendo ya como auténtico "sujeto" de comunión y participación. Cuál sea el contenido o el alcance de esta liberación, con sus distin-

(37) Ver más arriba, el capítulo 3, y:
"La religiosidad popular, si bien sella la cultura de América Latina, no se ha expresado suficientemente en la organización de nuestras sociedades y estados. Por ello deja un espacio para lo que SS. Juan Pablo II ha vuelto a denominar "estructuras de pecado" (Homilía Zapopán, 3). Así la brecha entre ricos y pobres, la situación de amenaza que viven los más débiles, las injusticias, las postergaciones y sometimientos indignos que sufren, contradicen radicalmente los valores de dignidad personal y de hermandad solidaria. Valores éstos que el pueblo latinoamericano lleva en su corazón como imperativos recibidos del Evangelio. De ahí que la religiosidad del pueblo latinoamericano se convierta muchas veces en un clamor por una verdadera liberación. Esta es una exigencia aún no satisfecha. Por su parte el pueblo movido por esta religiosidad, crea o utiliza

dentro de sí, en su convivencia más estrecha, algunos espacios para ejercer la fraternidad, por ejemplo: el barrio, la aldea, el sindicato, el deporte. Y entre tanto, no desespera, aguarda confiadamente y con astucia los momentos oportunos para avanzar en su liberación tan ansiada" (452).

(Ver también: Mensaje, 8; Doc., 141, 184, 215, 219, 322, 335-336, 386-388, 425-428, 477, 482, 490, 497, 502, 582, 846-848, 1060, 1154, 1177, 1255, 1284, 1308).

(38) Doc., 322.

(39) Ver: 131-141.

(40) Doc., 219.

(41) Doc., 197. Ver: 184, 215.

tos niveles o dimensiones, es lo que hemos aclarado por una parte recogiendo lo que Puebla nos dice del contenido y el alcance del pecado, como raíz de los males o de la situación angustiosa *de los que* el hombre y los pueblos deben liberarse. Nos faltaría —para completar este capítulo, central en nuestra comprensión de la “teología pastoral” de Puebla— aportar la luz que sobre este proceso de liberación nos viene de su objetivo: desde la visión evangélica de la vida y la convivencia, desde la visión de la “comunidad y participación”, *para las que* nuestro pueblo debe liberarse. “Comunidad y participación” que se ven ya presentes como semilla, en los valores culturales y en muchas estructuras “micro-sociales” de la convivencia cotidiana del mismo pueblo; pero que deben ser “liberadas” a fin de que crezcan y den frutos de más humanidad para todos, lo que exige construir de algún modo esa misma “comunidad y participación” en la historia y en la sociedad global; y por lo mismo, “comunidad y participación” que deben caracterizar la propia organización y la lucha liberadora de ese pueblo, viviéndose éstas como brote y primicia de esa misma semilla (37). Esta es la clarificación que abordamos ahora, explicando los “tres planos inseparables” en los que, según el Documento, debe concretarse la comunidad y participación: “la relación del hombre con el mundo, como señor, con las personas como hermano, y con Dios como hijo” (38).

Estos “tres planos” corresponden a las tres dimensiones inseparables de la “liberación integral” como los Obispos las recogen de los anhelos de nuestro pueblo (39). En esos anhelos de los pobres reconocen ellos “los gemidos del Espíritu que quiere liberar a toda la creación, . . . que nos abre el camino a la unidad de todos los hombres entre sí y de los hombres con Dios, hasta que ‘Dios sea todo en todos’ (1 Corintios 15, 28)” (40). Porque, según nuestra fe, éste es el proyecto del Padre, realizado ya decisivamente en Jesucristo resucitado: que

“todos los hombres, hechos hijos de Dios por la eficacia del Espíritu, (se encaminen) a un dominio del mundo cada día más perfecto, a una comunión entre hermanos cada vez más lograda, y a la plenitud de comunión y participación que constituyen la vida misma de Dios” (41). Nada mejor que releer aquí una página medular del capítulo de Puebla sobre el Hombre y la Dignidad humana, la misma de la que tomamos la formulación de los “tres planos inseparables” de la comunión y participación:

“Tiene que revalorarse entre nosotros la imagen cristiana de los hombres; tiene que volver a resonar esa palabra en que viene recogiendo ya de tiempo atrás un excelso ideal de nuestros pueblos: LIBERTAD. Libertad que es a un tiempo don y tarea. Libertad que no se alcanza de veras sin liberación integral (ver Juan 8, 36) y que es, en un sentido válido, meta del hombre según nuestra fe, puesto que “para la libertad, Cristo nos ha liberado” (Gálatas 5, 1), a fin de que tengamos vida y la tengamos en abundancia (ver Juan 10, 11) como “hijos de Dios y coherederos con el mismo Cristo” (Romanos 8, 17).

“La libertad implica siempre aquella capacidad que en principio tenemos todos para disponer de nosotros mismos (ver GS 17) a fin de ir construyendo una comunión y una participación que han de plasmarse en realidades definitivas, sobre tres planos inseparables: la relación del hombre con el mundo, como señor; con las personas como hermano, y con Dios como hijo.

“Por la libertad, proyectada sobre el mundo material de la naturaleza y de la técnica, el hombre —siempre en comunidad de esfuerzos múltiples— logra la inicial realización de su dignidad: someter ese mundo a través del trabajo y de la sabiduría y humanizarlo, de acuerdo con el designio del Creador.

“Pero la dignidad del hombre verdaderamente libre, exige que no se deje ence-

(42) Doc.; nn. 321-327.

(43) Ver:

“La comunión que ha de construirse entre los hombres abarca todo su ser, desde las raíces de su amor, y ha de manifestarse en toda la vida, aun en su dimensión económica, social y política. Producida por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, es la comunicación de su propia comunión trinitaria” (215).

“Cada hombre latinoamericano debe sentirse amado por Dios y elegido por El eternamente (cf. 1 Juan 3,1), por más que lo envilezcan, o por poco que se estime a

sí mismo. Personas en diálogo, no podemos realizar nuestra dignidad sino como dueños corresponsables del destino común, para el que Dios nos ha capacitado; inteligentes, esto es, aptos para discernir la verdad y seguirla, frente al error y al engaño; libres, no sometidos inexorablemente a los procesos económicos y políticos, aunque humildemente nos reconocemos condicionados por éstos y obligados a humanizarlos; sometidos, en cambio, a una ley moral que viene de Dios y se hace oír en la conciencia de los individuos y de los pueblos. . .” (335).

(Ver también: 184, 197, 242, 329, 336, 350, 352, 386, 389, 490, 497, 968).

rrar (ver Mateo 4, 4; Lucas 4, 4; Deuteronomio 8, 3) en los valores del mundo, particularmente en los bienes materiales, sino que, como ser espiritual, se libere de cualquier esclavitud y vaya más allá, hacia el plano superior de las relaciones personales, en donde se encuentra consigo mismo y con los demás. La dignidad de los hombres se realiza aquí en el amor fraterno, entendido con toda la amplitud que le ha dado el Evangelio y que incluye el servicio mutuo, la aceptación y promoción práctica de los otros, especialmente de los más necesitados (ver GS 24).

“No sería posible, sin embargo, el auténtico y permanente logro de la dignidad humana en este nivel, si no estuviéramos al mismo tiempo auténticamente liberados para realizarnos en el plano trascendente. Es el plano del Bien Absoluto en el que siempre se juega nuestra libertad, incluso cuando parecemos ignorarlo; el plano de la ineludible confrontación con el misterio divino de alguien que como Padre llama a los hombres, los capacita para ser libres, los guía providentemente y, ya que ellos pueden cerrarse a El e incluso rechazarlo, los juzga y sanciona para vida o para muerte eterna, según lo que los hombres mismos han realizado libremente. Inmensa responsabilidad que es otro signo de la grandeza, pero también del riesgo que la dignidad humana incluye. Son dos posibilidades extremas, que la revelación cristiana llama gracia y pecado; pero éstas no se realizan sino extendiéndose simultáneamente a los otros dos planos, con inmensas consecuencias para la dignidad humana:

“El amor de Dios que nos dignifica radicalmente, se vuelve por necesidad comunión de amor con los demás hombres y participación fraterna; para nosotros, hoy, debe volverse principalmente obra de justicia para los oprimidos (cf. Lucas 4, 18), esfuerzo de liberación para quienes más la necesitan. En efecto, “nadie puede amar a Dios, a quien no ve, si no ama al hermano a quien ve” (1 Juan 4,

20). Con todo, la comunión y participación verdaderas sólo pueden existir en esta vida proyectadas sobre el plano muy concreto de las realidades temporales, de modo que el dominio, uso y transformación de los bienes de la tierra; de la cultura, de la ciencia y de la técnica, vayan realizándose en un justo y fraternal señoría del hombre sobre el mundo, teniendo en cuenta el respeto de la ecología. El Evangelio nos debe enseñar que, ante las realidades que vivimos, no se puede hoy en América Latina amar de veras al hermano y por lo tanto a Dios, sin comprometerse a nivel personal y en muchos casos, incluso, a nivel de estructuras, con el servicio y la promoción de los grupos humanos y de los estratos sociales más desposeídos y humillados, con todas las consecuencias que se siguen en el plano de esas realidades temporales” (42).

Llama la atención en este texto la forma como se “amarran” profundamente *las tres dimensiones* de la liberación y de la comunión, mediante un doble camino del pensamiento, en movimiento de ida y vuelta. En primer lugar, una *vía antropológica*, que parte de la esencial relación del hombre con el mundo material, para mostrar en seguida la esencial abertura y trascendencia de este primer plano de su vida hacia el de las relaciones con los demás hombres, y luego, de este segundo plano hacia el más profundo y radical de la relación con el Absoluto. Se trata de una vía que es válida para todo hombre, creyente o no creyente, es decir, tenga o no conciencia explícita de la trascendencia y de la consistencia personal de ese Bien absoluto que busca en su vida. En segundo lugar, y en referencia expresa al Evangelio de Jesucristo, una *vía teológica*, que regresa desde la radical relación con el Absoluto establecida por la gracia que procede del Padre, para mostrar en seguida la esencial encarnación y verificación de esa gracia en el plano de la relación con los hermanos, y luego, de esta última relación en el plano del dominio, transformación y uso del mundo material (43).

(44) Doc., nn. 323 y 327. Ver:

“La Iglesia se encuentra así ante el desafío de renovar su evangelización, de modo que pueda ayudar a los fieles a vivir su vida cristiana en el cuadro de los nuevos condicionamientos que la sociedad urbano-industrial crea para la vida de santidad; para la oración y la contemplación; para las relaciones entre los hombres, que se tornan anónimas y arraigadas en lo meramente funcional; para una nueva vivencia del trabajo, de la producción y del consumo” (433).

“El nuevo humanismo proclamado por la Iglesia, que rechaza toda idolatría, permitirá ‘al hombre moderno hallarse a sí mismo, asumiendo los valores del amor, de la amistad, de la oración y de la contemplación. Así podrá realizar en toda su plenitud el verdadero desarrollo, que es el paso, para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas’ (PP 20). De este modo se planificará la economía al servicio del hombre y no el hombre al servicio de la economía (cf. PP 34), como sucede en las dos formas de idolatría, la capitalista y la colectivista. Será la única manera de que el ‘tener’ no ahogue al ‘ser’ (cf. GS 35)” (497).

(Ver también: 30, 47, 436-437, 466, 847, 1236, 1240).

(45) “La economía de mercado libre, en su expresión más rígida, aún vigente como sistema en nuestro continente y legitimada por ideologías liberales, ha acrecentado la distancia entre ricos y pobres por anteponer el capital al trabajo, lo económico a lo social. Grupos minoritarios nacionales, asociados a veces con intereses foráneos, se han aprovechado de las oportunidades que les abren estas viejas formas de libre mercado, para medrar en su provecho y a expensas de los intereses de los sectores populares mayoritarios” (47).

“Los bienes y riquezas del mundo, por su origen y naturaleza, según voluntad del Creador, son para servir efectivamente a la utilidad y provecho de todos y cada uno de los hombres y los pueblos. De ahí que a todos y a cada uno les compete un derecho primario y fundamental, absolutamente inviolable, de usar solidariamente esos bienes, en la medida de lo necesario, para una realización digna de la persona humana. Todos los demás derechos, también el de propiedad y libre comercio, le están subordinados. Como nos enseña Juan Pablo II: “Sobre toda propiedad privada grava una hipoteca social” (Discurso

inaugural, 4). La propiedad compatible con aquel derecho primordial es más que nada un poder de gestión y administración, que si bien no excluye el dominio, no lo hace absoluto ni ilimitado. Debe ser fuente de libertad para todos, jamás de dominación ni privilegios. Es un deber grave y urgente hacerlo retornar a su finalidad primera (ver PP 28)” (492).

(Ver también: 30, 497, 528, 642, 747, 1150, 1207-1209, 1224, 1236, 1281).

(46) Doc., 329.

(47) Doc., 327.

(48) Ibid. (Ver también: Mensaje, 3; Doc., 215, 352, 1220, 1237-1253, 1255).

(49) “Dios nos da la existencia en un cuerpo por el que podemos comunicarnos con los demás y ennoblecer el mundo; por ser hombres necesitamos de la sociedad en que estamos inmersos y que vamos transformando y enriqueciendo con nuestro aporte en todos los niveles, desde la familia y los grupos intermedios, hasta el Estado, cuya función indispensable ha de ejercerse al servicio de las personas, y la misma comunidad internacional. . .” (336).

“Es urgente liberar a nuestros pueblos del ídolo del poder absolutizado, para lograr una convivencia social en justicia y libertad. . . Entre los anhelos y exigencias de nuestros pueblos para que esto sea una realidad, sobresalen:

- La igualdad de todos los ciudadanos con el derecho y el deber de participar en el destino de la sociedad, con las mismas oportunidades, contribuyendo a las cargas equitativamente distribuidas y obedeciendo las leyes legítimamente establecidas.
- El ejercicio de sus libertades, amparadas en instituciones fundamentales que aseguren el bien común, en el respeto a los derechos de las personas y asociaciones.
- La legítima autodeterminación de nuestros pueblos que les permita organizarse según su propio genio y la marcha de su historia (GS 74) y cooperar en un nuevo orden internacional.
- La urgencia de restablecer la justicia no sólo teórica y formalmente reconocida, sino llevada eficazmente a la práctica por instituciones adecuadas y realmente vigentes” (502-506).

(Ver también: 134-136, 497, 1029, 1220, 1268, 1271-1274, 1292-1293).

Llama la atención, también, la profundidad y la pertinencia con que se evocan cada uno de esos tres "planos" de la liberación y la comunión. Pertinencia que resalta más si tenemos presente el contexto amplio del Documento de Puebla en su conjunto. Aquí quisiera destacar solamente —y para terminar este capítulo— algunos aspectos más salientes en cada uno de esos tres planos.

En la relación con el mundo material, no se trata sólo de una consideración abstracta de la relación de "el hombre" con "la naturaleza", sino del tejido de relaciones más concretas —mediadas por el trabajo, la técnica y la sociedad— en un mundo que se urbaniza y se industrializa según esquemas bien determinados de desarrollo y explotación capitalistas. Es en este contexto real donde se sitúa el apremiante llamado a restituir al mundo material su original y esencial destinación para la vida, la comunicación y el bienestar de todos los hombres; lo cual tiene que realizarse "siempre en comunidad de esfuerzos múltiples", "en un justo y fraternal señorío del hombre sobre el mundo, teniendo en cuenta el respeto de la ecología" (44). Es en esta situación —de creciente concentración de la riqueza y el poder, de explotación y marginación de las mayorías— donde se denuncia, por lo mismo, la absolutización idolátrica de la productividad, de la propiedad privada para unos pocos y de las libertades capitalistas; es aquí donde se hace resonar con insistencia la palabra de Juan Pablo II de que "sobre toda propiedad privada grava una hipoteca social", porque esa propiedad privada es un derecho segundo, siendo el primero y fundamental la propiedad social o solidaria, que mana directamente del destino dado a los bienes por el Creador (45).

En la relación con los demás hombres, junto con destacar la importancia siempre fundamental del encuentro y la comunicación entre las personas, se previene contra la reducción "a un simple personalismo existencial de lazos entre

individuos o pequeños grupos" (46), y se declara en forma terminante que "no se puede hoy en América Latina amar de veras al hermano y por lo tanto a Dios, sin comprometerse a nivel personal y en muchos casos, incluso, a nivel de estructuras, con el servicio y la promoción de los grupos humanos y de los estratos sociales más desposeídos y humillados, con todas las consecuencias que se siguen en el plano de esas realidades temporales" (47). Se insiste en que "la comunión y participación verdaderas sólo pueden existir en esta vida proyectadas sobre el plano muy concreto de (esas mismas) realidades temporales", es decir, sobre el plano del trabajo y la organización social, de la ciencia y la técnica, de la economía y la política (48). La "comunión y participación", en este nivel, implican no sólo un espíritu, un estilo de vida y convivencia cotidianas, sino que necesitan traducirse también y apoyarse en canales y estructuras concretas, que "institucionalicen" ese espíritu en los valores y los hábitos, los mecanismos y las leyes de la sociedad global. Es sobre este plano donde la fe en el Padre y el amor a los hermanos deben traducirse hoy en lucha por la justicia y compromiso en la liberación de los oprimidos (49). Qué orientaciones un poco más concretas nos entrega Puebla para esta lucha y este compromiso, es lo que procuraré mostrar en el capítulo siguiente (7) de este trabajo.

En la relación con Dios, se destaca lo que podríamos llamar la estructura "sacramental" de la vida humana y de la historia, así como —correlativa y más radicalmente— de la revelación de Dios. Para el hombre de fe, la realidad del mundo y de sus semejantes le evoca a Dios, se le ofrece impregnada de la presencia de Dios, le revela la realidad de Dios. Es en su misma vida humana, en el mundo material y sobre todo en la comunicación y solidaridad con sus semejantes, donde el hombre debe encontrar a Dios y entregarse a El en la fe. Y la certeza de que esto es así, nos viene de un hombre de carne y pueblo como nosotros —Jesucris-

- (50) "Dios Padre envió al mundo a su Hijo Jesucristo, nuestro Señor, verdadero Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos y verdadero hombre, nacido de María la Virgen por obra del Espíritu Santo. En Cristo y por Cristo, Dios Padre se une a los hombres. El Hijo de Dios asume lo humano y lo creado, y restablece la comunión entre su Padre y los hombres. El hombre adquiere una altísima dignidad y Dios irrumpe en la historia humana, vale decir, en el peregrinar de los hombres hacia la libertad y la fraternidad, que aparecen ahora como un camino hacia la plenitud del encuentro con El" (188).
"Tenemos que liberarnos... del pecado, destructor de la dignidad humana. Nos liberamos por la participación en la vida nueva que nos trae Jesucristo y por la comunión con El, en el misterio de su muerte y de su resurrección, a condición de que vivamos ese misterio en los tres planos ya expuestos, sin hacer exclusivos ninguno de ellos. Así no lo reduciremos ni al verticalismo de una desencarnada unión espiritual con Dios, ni a un simple personalismo existencial de lazos entre individuos o pequeños grupos, ni mucho menos al horizontalismo socio-económico-político (ver Juan Pablo II, Discurso inaugural III,6)" (329).
"Quien tiene sobre el hombre la visión que el cristianismo da, asume a su vez el compromiso de no reparar sacrificios para asegurar a todos la condición de auténticos hijos de Dios y hermanos en Jesucristo. Así, la evangelización liberadora tiene su plena realización en la comunión de todos en Cristo según la voluntad del Padre de todos los hombres" (490).
(Ver también: 182-184, 197, 215, 242, 350, 352, 389, 466, 968, 1153).
- (51) "Como pastores peregrinamos con el pueblo latinoamericano a través de nuestra historia... A partir del Evangelio que nos presenta a Jesucristo haciendo el bien y amando a todos sin distinción (ver Hechos 10,38); con visión de fe, nos ubicamos en la realidad del hombre latinoamericano, expresada en sus esperanzas, sus logros y sus frustraciones. Esta fe nos impulsa a discernir las interpelaciones de Dios en los signos de los tiempos, a dar testimonio, a anunciar y a promover los valores evangélicos de la comunión y de la participación, a denunciar todo lo que en nuestra sociedad va contra la filiación que tiene su origen en Dios Padre y (contra) la fraternidad en Cristo Jesús... La Iglesia... se ha esforzado por llamar a una continua conversión individual y social. Pide a todos los cristianos que colaboren en el cambio de las estructuras injustas; comuniquen valores cristianos a la cultura global en que viven..." (15-16).
- (52) "Es necesario crear en el hombre latinoamericano una sana conciencia moral, sentido evangélico crítico frente a la realidad, espíritu comunitario y compromiso social. Todo ello hará posible una participación libre y responsable, en comunión fraterna y dialogante, para la construcción de la nueva sociedad verdaderamente humana y penetrada de valores evangélicos. Ella ha de ser modelada en la comunidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y debe ser respuesta a los sufrimientos y aspiraciones de nuestros pueblos, llenos de esperanza que no podrá ser defraudada (ver Romanos 5,5)" (1308).
"Los cristianos unidos en comunidad eclesial de base, fomentando su adhesión a Cristo, procuran una vida más evangélica en el seno del pueblo, colaboran para interpelar las raíces egoístas y consumistas de la sociedad, y explicitan la vocación de comunión con Dios y con sus hermanos, ofreciendo un valioso punto de partida en la construcción de una nueva sociedad, "la civilización del amor" (642).
(Ver también: Mensaje, 8; Doc., 429, 436, 1029, 1210-1214, 1305).

to— cuyo testimonio nos ha llegado a través de nuestros semejantes, y a quien se nos da reconocer presente en nuestro propio mundo y nuestra historia como la encarnación del Absoluto. Desde aquí nos ofrece El la plenitud de la vida y la comunión con el Padre como hijos suyos (50). Cómo entender que ese encuentro y esa entrega se den realmente en la práctica de quienes, sin ser creyentes, sirven generosamente a sus hermanos y se comprometen por la justicia; y cómo entender, por otro lado, que la fe en Dios se haga mentira e idolatría en la práctica de quienes, proclamándose cristianos, desprecian y oprimen a sus semejantes; es lo que procuraré mostrar, con el mismo Documento de Puebla, en el último apartado (d) del capítulo siguiente.

7. DENUNCIAR EL PECADO SOCIAL Y CONSTRUIR UNA SOCIEDAD NUEVA

Por todo el recorrido que hemos hecho en el capítulo anterior, debe haber quedado claro que Puebla no nos ofrece sólo una doctrina teórica sobre la liberación, como liberación del pecado en general y para la comunión y participación en abstracto. Nos ofrece fundamentos doctrinales y elementos de reflexión teológica, pero al modo de un documento pastoral: arrancando de situaciones de pecado y de empeños de liberación popular bien reales en América Latina, y apuntando a una acción más comprometida y más lúcida en la construcción de una sociedad nueva. Los Obispos hablan de liberación, pecado y comunión, en un nivel histórico y práctico; y explican que, como cristianos y como pastores, tienen la obligación de hablar así (51). En su Documento —como hemos visto— ejercen abundantemente la denuncia del pecado social, como impera concretamente en nuestros países y en las relaciones internacionales, y nos urgen a cumplir esa denuncia en nuestras situaciones y coyunturas más particulares. En el mismo Documento, los Obispos subrayan los valores fundamentales y trazan algunas pistas para construir la sociedad nueva, y nos urgen a que como cristianos trabajemos, solidariamente con nuestros pueblos, para construir efectivamente esa sociedad nueva, en cada uno de nuestros países y en América Latina (52).

a) Denunciar el pecado social

Desde la más antigua tradición bíblica, la denuncia del pecado social integra el contenido esencial de la Palabra de Dios. El anuncio de la promesa y de la voluntad de Dios para su pueblo —en cada situación histórica— no puede callar la infidelidad del mismo pueblo. Porque, después de haber sido liberado de la esclavitud de Egipto y de haber acogido la alianza de su Liberador, ese pueblo se

(53) Ver más arriba, capítulo 6 apartado b y nota 28.

(54) Ver también: Romanos 1 - 3; 1 Juan 1,5 - 2,2.

(55) Ver: Marcos 10,23-31 y 42-45; 12,38-40; Mateo 5,20 y 23,4-12; Lucas 6,24-26 y 22,24-27.

aparta continuamente de su único Señor y restaura relaciones de opresión en su propia convivencia social. Por eso, ya hemos hablado de *la idolatría y la injusticia* como las constantes de la denuncia del pecado en la predicación de los Profetas y del propio Jesús (53). Esos son los pecados radicales, los verdaderamente "mortales": porque arrancan al hombre del único Padre y fuente de la vida, y porque matan al hermano (ver: Génesis 3-4; 1 Juan 2,29 - 3,24).

Toda la literatura profética del Antiguo Testamento, y gran parte de la narrativa y de los Salmos, ilustra esta denuncia del pecado, la que no se detiene en cálculos diplomáticos ni se queda en declaraciones ambiguas. *Los Profetas* vienen revelando la importancia del pecado personal: no como trasgresión legalista y mancha externa, sino como decisión y actitud que brotan del "corazón" de cada hombre. Y al mismo tiempo —como consecuencia del pecado de algunos y condicionando el de la muchedumbre— denuncian con claridad el pecado social: no como simple acumulación de pecados personales, sino como institucionalización del pecado en la actitud y los hábitos colectivos, en los marcos y los mecanismos estructurales de la sociedad.

El mismo Jesús, anunciando y realizando con sus actos la llegada de la vida y la convivencia nuevas del Reino de Dios, no puede ignorar que ese Reino llega a un mundo que está regido de hecho por la codicia y la prepotencia —la idolatría y la injusticia— de grupos bien determinados. Él sabe y proclama que todo hombre, cualquiera sea su condición social o religiosa, necesita ser liberado de una opresión radical; que todo hombre es pecador y necesita convertirse (ver: Marcos 1, 14-15; Mateo 11, 28-30; Lucas 13, 1-9) (54). Pero eso no impide que Jesús identifique y denuncie con claridad el pecado en los grupos dominantes y en los mecanismos ideológicos que oprimen a las mayorías pobres y corrompen la imagen de Dios en la sociedad de su

tiempo. Son los ricos (ver: Marcos 10, 17-27; Lucas 6,24-25; 12,13-34; 16,1-15 y 19-31), los jefes de las naciones (ver: Marcos 10,34-45; Lucas 13,31-33; 18,1-8; 22,24-27) y los escribas y los fariseos (ver: Marcos 12,38-40; Mateo 23,1-36; Lucas 16,14-15; 18,9-14). En ellos denuncia Jesús la acumulación egoísta, la prepotencia opresora, la hipocresía religiosa y la dominación de las conciencias. Estos son pecados que constituyen al mismo tiempo idolatría que reniega prácticamente del Dios verdadero e injusticia que oprime a los semejantes. Idolatría e injusticia que brotan del corazón de cada hombre, pero que también impregnan los criterios y las actitudes colectivas de los grupos dominantes, y cristalizan en situaciones sociales de despojo, opresión y marginación de los pobres del país. Tales grupos sociales —con su "status" privilegiado y sus actitudes, con sus intereses y su poder— constituyen los prototipos del pecado como impera en esa sociedad concreta, el negativo histórico del Reino de Dios y la resistencia institucionalizada a su llegada. Por eso, tales grupos se definen duramente contra Jesús y su mensaje —invocando, claro está, los motivos de la piedad religiosa y del orden social— y el mismo Jesús debe definirse sin ambigüedades contra el "pecado social" que ellos representan. Aún más, en su mismo anuncio del Reino de Dios y de sus exigencias, Jesús debe explicarlos por contraste con los "valores" y los comportamientos de esos grupos dominantes: "Ay de vosotros, los ricos. . ."; "Los jefes de las naciones las oprimen. . ."; "Los escribas y los fariseos imponen pesadas cargas. . . gustan de ser saludados en las plazas, de ocupar los primeros puestos y que la gente los llame 'Maestro'. . ."; "No será así entre ustedes, sino al contrario. . ." (55).

Se trata de una denuncia pública, normalmente dirigida al pueblo o pronunciada delante de él; ya que público es el Reino de Dios, que Jesús anuncia por un ministerio público, y no se trata aquí de pecados solamente personales, sino del

(56) Ver: Mateo 5,11-12; 10,16-33; 16,21-27; Lucas 6,26; Juan 12,24-26.

(57) "Vemos a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres (ver Juan Pablo II, Discurso inaugural III,2). El lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas (PP 3). Esto es contrario al plan del Creador y al honor que se le debe. En esta angustia y dolor, la Iglesia discierne una situación de pecado social, de gravedad tanto mayor por darse en países que se llaman católicos y que tienen la capacidad de cambiar. . ." (28).

"A esto se suman las angustias que han surgido por los abusos de poder, típicos de los regímenes de fuerza. Angustias por la represión sistemática o selectiva, acompañada de delación, violación de la privacidad, apremios desproporcionados, torturas, exilios. Angustias en tantas familias por la desaparición de sus seres queridos... Tal como lo indican los Sumos Pontífices, la Iglesia, "por un auténtico compromiso evangélico" (ver Juan Pablo II, Discurso inaugural III,3) debe hacer oír su voz denunciando y condenando estas situaciones, más aún cuando los gobiernos o responsables se profesan cristianos" (42).

"(El) secularismo, para reconocer el poder del hombre, acaba por sobrepasar a Dios e incluso por renegar de El. . . En unión con este secularismo ateo se nos propone todos los días, bajo las formas más distintas, una civilización de consumo, el hedonismo erigido en valor supremo, una voluntad de poder y de dominio, de discriminaciones de todo género: constituyen otras tantas inclinaciones inhumanas de este 'humanismo' (EN 55). La Iglesia, pues, en su tarea de evangelizar. . . experimenta un enfrentamiento radical con este movimiento secularista. . ." (435-436).

"Ante la deplorable realidad de violencia en América Latina, queremos pronunciarlos con claridad. La tortura física o psicológica, los secuestros, la persecución de disidentes políticos o de sospechosos y la exclusión de la vida pública por causa de las ideas, son siempre condenables. Si dichos crímenes son realizados por la autoridad encargada de tutelar el bien común, envilecen a quienes los practican, independientemente de las razones aducidas" (531).

(Ver también: Mensaje, 8; Doc., 92, 358, 429, 494-496, 1213).

(58) "La civilización del amor repele la sujeción y la dependencia perjudicial a la dignidad de América Latina. No aceptamos la condición de satélite de ningún país del mundo, ni tampoco de sus ideologías propias. Queremos vivir fraternalmente con todos, porque repudiamos los nacionalismos estrechos e irreductibles. Ya es tiempo de que América Latina advierta a los países desarrollados que no nos inmovilicen, que no obstaculicen nuestro propio progreso, que no nos exploten. . ." (Mensaje, 8).

"(Al Pueblo de Dios) se le envía como Pueblo profético que anuncia el Evangelio o discierne las voces del Señor en la historia. Anuncia dónde se manifiesta la presencia de su Espíritu. Denuncia dónde opera el misterio de iniquidad, mediante hechos y estructuras que impiden una participación más fraternal en la construcción de la sociedad y en el goce de los bienes que Dios creó para todos" (267).

"El uso totalitario del poder es una forma de idolatría y como tal la Iglesia lo rechaza enteramente (GS 75). Reconocemos con dolor la presencia de muchos regímenes autoritarios y hasta opresivos en nuestro continente. Ellos constituyen uno de los más serios obstáculos para el pleno desarrollo de los derechos de la persona, de los grupos y de las mismas naciones" (500).

"Con su testimonio (los religiosos) son una denuncia evangélica de quienes sirven al dinero y al poder, reservándose egoístamente para sí los bienes que Dios otorga al hombre para beneficio de toda la comunidad" (747).

"Nadie puede negar la concentración de la propiedad empresarial, rural y urbana, en pocas manos, haciéndose imperioso el reclamo de verdaderas reformas agrarias y urbanas, así como la concentración del poder por las tecnocracias civiles y militares, que frustran los reclamos de participación y de garantías de un estado democrático" (1263).

(Ver también: Mensaje, 8; Doc., 28, 148, 358, 427, 435-436, 494-496, 500-502, 507-511, 531-532, 547, 549-550, 562, 748, 1159, 1259, 1262-1265).

(59) JUAN PABLO II, A los Obreros, Estadio Jalisco. Ver Doc., 793.

(60) Ver más arriba, los capítulos 4, 5 y 6c.

pecado social: del pecado como anti-Reino, estructurado en los símbolos y las instituciones de esa sociedad. Resultaría bastante difícil imaginar a Jesús dirigiéndose a las autoridades para "mediar" por el pueblo o para "negociar" arreglos diplomáticos a puertas cerradas. Y de hecho, los evangelios nos presentan a Jesús en la sede de las autoridades solamente cuando es llevado a comparecer delante de ellas, detenido como un delincuente peligroso, acusado de blasfemo y subversivo. Es posible que en las condiciones históricas actuales —diferentes de las del tiempo de Jesús— sea necesaria también la negociación de las "autoridades religiosas" con los poderes económicos, políticos o militares; sobre todo cuando éstos se declaran católicos, o tolerantes con la Iglesia. Pero tal negociación no puede hacerse a espaldas del pueblo, ni dejando lugar a ambigüedades sobre la postura de la Iglesia y el contenido de su mensaje. Tal negociación no dispensa a la misma Iglesia y a sus pastores de su deber de denunciar ante el pueblo el pecado social, en sus formas concretamente vigentes, como dimensión irrenunciable del ministerio público de la evangelización. Por cierto que la denuncia pública tiene sus riesgos y, más aún, su precio. Pero en ninguna parte se nos ha dicho en el Nuevo Testamento que el Evangelio sería acogido por todos, o que la tarea de anunciarlo iba a ser reconocida por todos como una actividad honorable y beneficiosa; ni menos aún, que para cumplirla podríamos contar con la aprobación y el apoyo de los poderes del mundo. Por el contrario: "El discípulo no es más que su Maestro..."; "Bienaventurados serán cuando, por causa mía, los insulten y los persigan y digan toda clase de calumnias contra ustedes. . . pues así persiguieron a los profetas anteriores a ustedes"; y "Ay cuando todos los hombres les digan palabras de alabanza, porque así trataban a los falsos profetas" (56).

En esta perspectiva, no puede extrañarnos que la renovación evangélica y evangelizadora de la Iglesia latinoamericana,

enfrentada a una sociedad tan visiblemente marcada por el materialismo consumista y la seguridad excluyente de las minorías, con la pobreza injusta y la opresión de las mayorías, deba también anunciar el Evangelio del Reino marcando su contraste con el pecado social, en sus formas históricamente dominantes entre nosotros (57). Por su irrenunciable misión evangelizadora, la Iglesia y los cristianos deben denunciar aquí como idolatría e injusticia, esos "valores" e ideologías, esos poderes y estructuras sociales, que amenazan o destruyen la vida y la igual dignidad de todos los hombres y todos los pueblos; esos "valores" y esas estructuras dominantes que —dependiendo de la adhesión de personas y del proyecto histórico de grupos— obstaculizan o impiden la comunión y participación entre todos los hombres y todos los grupos humanos (58).

b) Construir una sociedad más humana, justa y fraterna

Pero es claro que para el cristiano, y para la misma Iglesia, "no basta la denuncia de las injusticias", sino que "se le(s) pide ser testigo(s) y agente(s) de justicia". Como cristianos estamos "llamados a ser artífices de justicia y de verdadera libertad, a la vez que forjadores de caridad social" (59). Ya hemos mostrado suficientemente la insistencia de Puebla en que la obra del amor, el hecho evangelizador por excelencia, hoy en América Latina, ha de ser la obra de justicia y liberación para los oprimidos, para los grupos y clases sociales desposeídas y humilladas (60). También hemos mostrado cómo los Obispos dejan en claro que esa situación de despojo y humillación no constituye entre nosotros un fenómeno marginal o casual, sino que afecta a las grandes mayorías del continente, como el producto necesario y creciente de las estructuras económico sociales y políticas dominantes, las que están impregnadas de materialismo y de

- (61) Ver más arriba, los capítulos 3 y 6b.
- (62) Sobre las alternativas ideológicas que se ofrecen de hecho en el continente, ver más abajo, en este mismo capítulo 7, el apartado c.
- (63) Doc., 519 y 1210-1212.
- (64) Doc., 1128.
- (65) Doc., 1131 y 1154. Ver:
"La misión de la Iglesia en medio de los conflictos que amenazan al género humano y al continente latinoamericano, frente a los atropellos contra la justicia y la libertad, frente a la injusticia institucionalizada de regímenes que se inspiran en ideologías opuestas y frente a la violencia terrorista, es inmensa y más que nunca necesaria. Para cumplir esa misión, se requiere la acción de la Iglesia toda —pastores, ministros consagrados, religiosos, laicos— cada cual en su misión propia. Unos y otros, unidos a Cristo en la oración y en

la abnegación, se comprometerán, sin odios ni violencias, hasta las últimas consecuencias, en el logro de una sociedad más justa, libre y pacífica, anhelo de los pueblos de América Latina y fruto indispensable de una evangelización liberadora" (562).
(Ver también: 792-793 y 1133).

- (66) Ver: Doc., 539 y 1211-1214.
- (67) Ver más arriba, los capítulos 3 y 4.
- (68) Doc., 436.
- (69) Doc., 438 y 350. Ver:
"(La educación evangelizadora deberá) ejercer la función crítica propia de la verdadera educación, procurando regenerar permanentemente, desde el ángulo de la educación, las pautas culturales y las normas de interacción social que posibiliten la creación de una nueva sociedad, verdaderamente participativa y fraterna, es decir, educación para la justicia" (1029).

egoísmo clasista, y aun de prepotencia violenta y de crueldad (61). Por eso es claro que —en la gran mayoría de nuestros países— no se trata simplemente de introducir reformas en las estructuras o los modelos sociales imperantes, o correcciones en las ideologías o el modelo cultural que inspira esas estructuras; porque éstas son estructuras de explotación del hombre, e ideologías corruptoras de la vida y la convivencia humanas (62). De lo que se trata es nada menos que de construir una nueva sociedad, y de construirla a partir de las pautas culturales y las prácticas liberadoras de las mismas mayorías —creyentes y oprimidas— de nuestros pueblos.

Los Obispos reconocen “la debida autonomía de lo temporal (GS 36), lo que vale para los gobiernos, partidos, sindicatos y demás grupos en el campo social y político”. Saben que “vivimos en una sociedad pluralista, en la cual se encuentran diversas religiones, concepciones filosóficas, ideologías, sistemas de valores que, encarnándose en diferentes movimientos históricos, se proponen construir la sociedad del futuro, rechazando la tutela de cualquier instancia incuestionable”. Por lo mismo, los Obispos “no se atribuyen competencia para proponer modelos alternativos” de sociedad (63). Pero saben también —y lo experimentan con particular urgencia en la actual situación del continente— que “el Espíritu del Señor impulsa al Pueblo de Dios en la historia a discernir los signos de los tiempos y a descubrir en los más profundos anhelos y problemas de los seres humanos, el plan de Dios sobre la vocación del hombre en la construcción de la sociedad, para hacerla más humana, justa y fraterna” (64). En su renovada sintonía con los anhelos de la juventud, la Iglesia latinoamericana va tomando en serio sus deseos de construir un mundo mejor, y su búsqueda, “a veces sin saberlo, (de) los valores evangélicos de la verdad, la justicia y el amor”. Y más radicalmente, en su opción por los pobres, la Iglesia comprende y proclama que “la realidad es-

candalosa de los desequilibrios económicos en América Latina debe llevar a establecer una convivencia humana digna y fraterna, y a construir una sociedad justa y libre” (65). Cómo ha de ser esa sociedad, a la Iglesia no le toca determinarlo ideológica ni técnicamente, ni menos aún le toca precisar cuáles serían los caminos políticamente más viables para llegar a ella. Pero lo que sí puede y debe hacer, es discernir y proclamar a la luz del Evangelio esos *grandes valores humanos y de fe* presentes en las pautas culturales y las prácticas liberadoras del pueblo de los pobres, para urgirlos a todos los cristianos *como fundamento y horizonte orientador de su acción comprometida* (66). Acción que debe desplegarse normalmente en las organizaciones y movimientos que el mismo pueblo se va dando para canalizar su empeño de liberación (67). Por eso, “uno de los fundamentales cometidos del nuevo impulso evangelizador ha de ser actualizar y reorganizar el anuncio del contenido de la evangelización partiendo de la misma fe de nuestros pueblos” (68): la fe en el Dios del Reino, contenido del Evangelio de Jesucristo, y el compromiso para que ese Reino venga y se haga realidad en nuestra tierra y nuestra convivencia humana. En esta perspectiva, “la Iglesia llama (en América Latina) a una renovada conversión en el plano de los valores culturales, para que desde allí se impregnen las estructuras de convivencia con espíritu evangélico. Al llamar a una revitalización de los valores evangélicos, urge a una rápida y profunda transformación de las estructuras”. De este modo, podremos “hacer una humanidad nueva con hombres nuevos, y encaminar a todos hacia una nueva manera de ser, de juzgar, de vivir y de convivir” (69).

Se trata —como hemos visto— de “establecer una convivencia humana digna y fraterna”; de “construir una sociedad justa y libre”, como proyección en la sociedad global de esa humanidad solidaria que el pueblo vive en su convivencia diaria

(70) Principalmente, en el Mensaje a los Pueblos de América Latina:

"A todos los hombres de buena voluntad... os invitamos a ser constructores abnegados de la "Civilización del amor" según luminosa visión de Pablo VI, inspirada en la Palabra, en la vida y en la donación plena de Cristo y basada en la justicia, la verdad y la libertad. Estamos seguros de obtener así vuestra respuesta a los imperativos de la hora presente, a la tan ambicionada paz interior y social, en el ámbito de las personas, de las familias, los países, los continentes, del universo entero" (Mensaje, 8).

(Ver también: Doc., 642, 1188 y 1192).

(71) "Deseamos explicitar el sentido orgánico de la civilización del amor, en esta hora difícil pero llena de esperanza de América Latina. ¿Qué nos impone el mandamiento del amor? El amor cristiano sobrepasa las categorías de todos los regímenes y sistemas, porque trae consigo la fuerza insuperable del Misterio Pascual, el valor del sufrimiento de la cruz y las señales de victoria y resurrección. El amor produce la felicidad de la comunión e inspira los criterios de la participación. La justicia, como se sabe, es un derecho sagrado de todos los hombres, conferido por el mismo Dios. Está insertada en la esencia misma del mensaje evangélico. La verdad, iluminada por la fe, es fuente perenne de discernimiento para nuestra conducta ética. Expresa las formas auténticas de una vida digna. La libertad es un don precioso de Dios, consecuencia de nuestra condición humana y factor indispensable para el progreso de los pueblos. La civilización del amor repudia la violencia, el egoísmo, el derroche, la explotación y los desastres morales. A primera vista, parece una expresión sin la energía necesaria para enfrentar los graves problemas de nuestra época. Sin embargo, os aseguramos: no existe palabra más fuerte que ella en el diccionario cristiano. Se confunde con la propia fuerza de Cristo. Si no creemos en el amor, tampoco creemos en AQUEL que dice: "Un mandamiento nuevo os doy, que os améis los unos a los otros como yo os he amado" (Juan 15,12). . . La civilización del amor condena las divisiones absolutas y las murallas psicológicas que separan violentamente a los hombres, a las instituciones y a las comunidades nacionales. Por eso, defiende con ardor la tesis de la integración de América Latina. . . La civilización del amor repele la sujeción y la dependencia perjudicial a la

dignidad de América Latina. No aceptamos la condición de satélite de ningún país del mundo, ni tampoco de sus ideologías propias. Queremos vivir fraternalmente con todos, porque repudiamos los nacionalismos estrechos e irreductibles. Ya es tiempo de que América Latina advierta a los países desarrollados que no nos inmovilicen; que no obstaculicen nuestro propio progreso; que no nos exploten; al contrario, nos ayuden con magnanimidad, a vencer las barreras de nuestro subdesarrollo, respetando nuestra cultura, nuestros principios, nuestra soberanía, nuestra identidad, nuestros recursos naturales. En ese espíritu, creceremos juntos, como hermanos, miembros de la misma familia universal" (Mensaje, 8).

(72) "El nuevo humanismo proclamado por la Iglesia que rechaza toda idolatría, permitirá "al hombre moderno hallarse a sí mismo, asumiendo los valores del amor, de la amistad, de la oración y de la contemplación. . ." (PP 20). De este modo se planificará la economía al servicio del hombre y no el hombre al servicio de la economía (ver PP 34), como sucede en las dos formas de idolatría, la capitalista y la colectivista. Será la única manera de que el "tener" no ahogue al "ser" (ver GS 35)" (497).

"Los cristianos unidos en comunidad eclesial de base, fomentando su adhesión a Cristo, procuran una vida más evangélica en el seno del pueblo, colaboran para interpelar las raíces egoístas y consumistas de la sociedad y explicitan la vocación de comunión con Dios y con sus hermanos, ofreciendo un valioso punto de partida en la construcción de una nueva sociedad, "la civilización del amor"." (642).

"La pobreza evangélica une la actitud de la apertura confiada en Dios con una vida sencilla, sobria y austera que aparta la tentación de la codicia y del orgullo (ver 1 Timoteo 6,3-10)" (1149).

(Ver también: Mensaje, 8; Doc., 311, 324 350, 352, 407, 438, 492, 528, 599, 747-749, 754, 969, 1131, 1148, 1194, 1308).

(73) "(Hoy la Iglesia) subraya mejor el valor evangélico de la pobreza que nos hace disponibles para construir un mundo más justo y más fraterno. Siente vivamente la situación penosa de los desposeídos de lo necesario para una vida digna. Invita a todos a transformar su mente y sus corazonas, según la escala de valores del Evangelio. La Iglesia confía más en la fuerza de la verdad y en la educación para la libertad y la responsabilidad, que en prohi-

y en los espacios de libertad que va conquistando con su propia organización. La Iglesia, con su ministerio evangelizador, debe discernir esa humanidad solidaria, descubrir y vitalizar sus raíces de fe, sobre el horizonte del Reino de Dios y reconociendo la presencia del mismo Reino en los gestos solidarios y las luchas liberadoras del pueblo. El conjunto de esos valores fundamentales —de justicia, libertad y solidaridad— es lo que Puebla recoge a veces con la fórmula de Pablo VI "la civilización del amor" (70). Pero se trata de los valores que, a la luz del Evangelio, se ven vivos en las pautas culturales y en las prácticas liberadoras del pueblo de los pobres. Dicho de otro modo, se trata de los valores sociales que leemos en el Evangelio cuando nos situamos en la convivencia diaria, los sufrimientos, los anhelos y las luchas de los pobres, y que el mismo pueblo debe ir articulando y concretando en su propio proyecto histórico de sociedad nueva.

Para terminar este apartado, enumeramos ahora *los principales contenidos valóricos* de esa "convivencia más humana", de esa "sociedad justa y libre" y esa "civilización del amor" (71). Se trata, en primer lugar, de una cultura y una convivencia "inspirada(s) en la palabra, en la vida y en la donación plena" de Jesucristo. Aquí se destacan sobre todo

los valores de una vida sencilla, compartiendo los bienes, comprometida en el servicio de los demás; de una vida que se centra en los valores gratuitos de la amistad y la contemplación, y que deja espacio para cultivarlos. En contraste con el materialismo egoísta y el consumismo ambientes, se subrayan aquí la ABNEGACION y la ESPIRITUALIDAD (72). En segundo lugar, se trata de una sociedad nueva basada en la igual dignidad de todos, en relaciones mutuas de verdad y de justicia, con estructuras que aseguren realmente la LIBERTAD y la JUSTICIA para todos. Justicia y libertad, en contraste con "la realidad escandalosa de los desequilibrios económicos en América Latina", y con los sistemas y las prácticas opresivas que "demuestran un total irrespeto por la dignidad de la persona humana" (73). Por último, se trata de una convivencia humana y una civilización que han de edificarse por una "integración justa" de todos los hombres, de todos los grupos humanos y todos los pueblos; extendiendo la fraternidad y ejerciendo efectivamente la "comunidad y participación", tanto a nivel de cada país como a nivel de América Latina y del mundo entero. Aquí, en contraste con el individualismo posesivo, el clasismo explotador, el nacionalismo estrecho y el neocolonialismo transnacional imperantes, se subraya el valor fundamental

biciones, pues su ley es el amor" (148-149).

"Para que los pueblos latinoamericanos puedan cumplir la misión que les asigna la historia como pueblos jóvenes, ricos en tradiciones y cultura, necesitan de un orden político respetuoso de la dignidad del hombre, que asegure la concordia y la paz del interior de la comunidad civil y en sus relaciones con las demás comunidades. Entre los anhelos y exigencias de nuestros pueblos para que esto sea una realidad, sobresalen:

- La igualdad de todos los ciudadanos con el derecho y el deber de participar en el destino de la sociedad. . .
- El ejercicio de sus libertades, amparadas en instituciones fundamentales que aseguren el bien común, en el respeto a los derechos de las personas y asociaciones. . .
- La urgencia de restablecer la justicia no sólo teórica y formalmente reconocida, sino llevada eficazmente a la práctica por instituciones adecuadas y realmente vigentes" (502-506).

(Ver también: Mensaje, 8; Doc., 352, 541, 562, 587, 792-793, 1029, 1082, 1095, 1154, 1262-1265, 1268).

- (74) "La Iglesia de América Latina se propone reanudar con renovado vigor la evangelización de la cultura de nuestros pueblos y de los diversos grupos étnicos, para que germine o sea reavivada la fe evangélica y para que ésta, como base de comunión, se proyecte hacia formas de integración justas en los cuadros respectivos de una nacionalidad, de una gran patria latinoamericana y de una integración universal que permita a nuestros pueblos el desarrollo de su propia cultura, capaz de asimilar de modo propio los hallazgos científicos y técnicos" (428).

(Ver también: Mensaje, 8; Doc., 336, 426-429, 541, 977, 1275-1282).

- (75) Ver las secciones precedentes de este mismo capítulo, y en especial la nota 65.
- (76) "La dimensión política, constitutiva del hombre, representa un aspecto relevante de la convivencia humana. Posee un aspecto englobante, porque tiene como fin el bien común de la sociedad. Pero no por ello agota la gama de las relaciones sociales. La fe cristiana no desprecia la actividad política; por el contrario, la valoriza y la tiene en alta estima. La Iglesia —hablando todavía en general, sin distinguir el papel que compete a sus diver-

sos miembros— siente como su deber y derecho estar presente en este campo de la realidad: porque el cristianismo debe evangelizar la totalidad de la existencia humana, incluida la dimensión política. Critica por esto, a quienes tienden a reducir el espacio de la fe a la vida personal o familiar, excluyendo el orden profesional, económico, social y político, como si el pecado, el amor, la oración y el perdón no tuviesen allí relevancia" (513-515).

"La exaltación desmedida y los abusos del Estado no pueden, sin embargo, hacer olvidar la necesidad de las funciones del Estado moderno, respetuoso de los derechos y de las libertades fundamentales. Estado que se apoye sobre una amplia base de participación popular, ejercida a través de diversos grupos intermedios. Propulsor de un desarrollo autónomo, acelerado y equitativo. . . Estado, finalmente, que evite el abuso de un poder monolítico, concentrado en manos de pocos" (541).

(Ver también: Mensaje, 3; Loc., 516-519, 547-548, 1238).

- (77) "Interesa especialmente distinguir en este campo de la política aquello que corresponde a los laicos, lo que compete a los religiosos y lo que compete a los ministros de la unidad de la Iglesia, el Obispo con su presbiterio. Deben distinguirse dos conceptos de política y de compromiso político: *primero*, la política en su sentido más amplio que mira al bien común, tanto en lo nacional como en lo internacional. Le corresponde precisar los valores fundamentales de toda comunidad. . . En este sentido amplio, la política interesa a la Iglesia y, por tanto, a sus Pastores, ministros de la unidad. . . La Iglesia contribuye así a promover los valores que deben inspirar la política, interpretando en cada nación las aspiraciones de sus pueblos, especialmente los anhelos de aquellos que una sociedad tiende a marginar. . . *Segundo*, la realización concreta de esta tarea política fundamental se hace normalmente a través de grupos de ciudadanos que se proponen conseguir y ejercer el poder político para resolver las cuestiones económicas, políticas y sociales según sus propios criterios o ideologías. En este sentido se puede hablar de "política de partido". . . La política partidista es el campo propio de los laicos (GS 43). Corresponde a su condición laical el constituir y organizar partidos políticos, con ideología y estrategia adecuada para alcanzar sus legítimos fines" (520-524).

y el horizonte universal de la SOLIDARIDAD humana.(74).

c) Evangelizar la política

La misma denuncia del pecado social y el imperativo cristiano de construir en América Latina una sociedad nueva, en justicia y fraternidad, involucran la importancia clave que ha adquirido entre nosotros la evangelización de la política (75).

Comenzando por lo más general, aquí se trata en primer lugar de reivindicar *la necesidad y la nobleza de la política*, como discusión abierta y acción concertada para el ordenamiento y la conducción de la sociedad humana. Como tal, la política es un derecho y una responsabilidad que concierne a todo hombre y a todo grupo humano, y por tanto, a todo cristiano y a la misma Iglesia. Aún más, por el propio contenido de su Mensaje y por el dinamismo de su "caridad social", la responsabilidad política concierne es-

pecialmente a los cristianos y a la Iglesia. Esto es importante subrayarlo, en un continente donde los mismos regímenes de fuerza que monopolizan el poder político e ideológico, con los grupos sociales que se apoyan en ellos, a menudo pretenden hacerse pasar por "a-políticos", y denigran y persiguen sistemáticamente todo planteamiento y toda actividad política disidentes (76).

Sobre esta base común, Puebla destaca en segundo lugar una importante distinción entre la misión de *evangelizar lo político*, que corresponde a toda la Iglesia —como Pueblo de Dios y como Institución—, y *la acción política* misma, en cuanto militancia partidista o ejercicio del poder, que en el Pueblo de Dios es responsabilidad propia de los laicos (77). Esta distinción ha sido importante para corregir o evitar los "pecados por exceso": cuando Iglesias particulares o sus ministros autorizados se han aliado con los poderes terrenos, han asimilado su mensaje al de distintas ideologías o se

- (78) Ver: Doc., 10, 83, 91, 98, 483, 526-530, 559-560, 696, 769.
- (79) Ver: Doc., 523, 560-561, 810.
- (80) "La conciencia de la misión evangelizadora de la Iglesia la ha llevado a publicar en estos últimos diez años, numerosos documentos pastorales sobre la justicia social; a crear organismos de solidaridad con los que sufren, de denuncia de los atropellos y de defensa de los derechos humanos; a alentar la opción de sacerdotes y religiosos por los pobres y marginados. . . Sin duda, falta mucho por hacer, para que la Iglesia se muestre más unida y solidaria. El temor del marxismo impide a muchos enfrentar la realidad opresiva del capitalismo liberal. Se puede decir que, ante el peligro de un sistema claramente marcado por el pecado, se olvida denunciar y combatir la realidad implantada por otro sistema igualmente marcado por el pecado (ver Juan Pablo II, Homilía Zapopán). . ." (92).
 "(La liberación en Cristo) es una liberación que se va realizando en la historia, la de nuestros pueblos y la nuestra personal, y que abarca las diferentes dimensiones de la existencia: lo social, lo político, lo económico, lo cultural y el conjunto de sus relaciones. En todo esto ha de circular la riqueza transformadora del Evangelio, con su aporte propio y específico. . ." (483).
 "La Iglesia como Madre y Maestra, experta en humanidad, debe discernir e iluminar, desde el Evangelio y su enseñanza social, las situaciones, los sistemas, las ideologías y la vida política del continente. Debe hacerlo, aun sabiendo que se intenta instrumentalizar su mensaje" (511). (Ver también: Mensaje, 3; Doc., 164, 345, 438, 502, 515-519, 521-522, 551-552, 558, 562, 1138-1139, 1238).
- (81) "Su sentido de pertenencia (de los laicos) a la Iglesia se ha acrecentado. . . (Pero) el compromiso del laicado en lo temporal, tan necesario para el cambio de estructuras, ha sido insuficiente" (125).
 "(La evangelización pondrá de relieve la importancia de los laicos, tanto cuando desempeñan ministerios en la Iglesia y para la Iglesia, como cuando, cumpliendo la misión que les es propia, son enviados como su vanguardia, en medio de la vida del mundo, para rehacer las estructuras sociales económicas y políticas, de acuerdo con el plan de Dios" (154).
 "El laico se ubica, por su vocación, en la Iglesia y en el mundo. Miembro de la Iglesia, fiel a Cristo, está comprometido en la construcción del Reino en su dimensión temporal. . . Pero es en el mundo donde el laico encuentra su campo específico de acción (ver EN 73). . . El laico tiene la responsabilidad de ordenar las realidades temporales para ponerlas al servicio de la instauración del Reino de Dios. . . Entre estas realidades temporales no se puede dejar de subrayar con especial énfasis la actividad política (ver AA II,5). Esta abarca un amplio campo, desde la acción de votar, pasando por la militancia y el liderazgo en algún partido político, hasta el ejercicio de cargos públicos en distintos niveles" (787-791).
 (Ver también: 514, 523-524, 785, 810, 826, 1216).
- (82) "La Iglesia requiere ser cada día más independiente de los poderes del mundo, para así disponer de un amplio espacio de libertad que le permita cumplir su labor apostólica sin interferencias. . . Así, libre de compromisos, sólo con su testimonio y enseñanza, la Iglesia será más creíble y mejor escuchada. De este modo, el mismo ejercicio del poder será evangelizado, en orden al bien común" (144).
 "Los religiosos. . . según la función peculiar que les cabe dentro de la misión de la Iglesia. . . también cooperan en la evangelización de lo político. . . Deberán, pues, resistir a la tentación de comprometerse en política partidista, para no provocar la confusión de los valores evangélicos con una ideología determinada" (528).
 (Ver también: 10, 79, 83, 523, 526, 529, 551-552, 558, 1158, 1212-1213).
- (83) "Evangelizados por el Señor en su Espíritu, somos enviados para llevar la Buena Nueva a todos los hermanos, especialmente a los pobres y olvidados. Esta tarea evangelizadora. . . impregnará nuestra cultura; nos llevará a la auténtica promoción de nuestras comunidades, y a una presencia crítica y orientadora ante las ideologías y políticas que condicionan la suerte de nuestras naciones" (164).
 "Exigimos para la Iglesia el derecho de dar testimonio de su mensaje y de usar su palabra profética de anuncio y denuncia en sentido evangélico, en la corrección de las imágenes falsas de la sociedad, incompatibles con la visión cristiana" (1213).
 (Ver también: Mensaje, 3 y 8; Doc., 92, 311-314, 345, 438, 483, 500, 502, 516, 522, 528-529, 540-541, 550-551, 558-559, 826, 1268, 1275, 1283, 1308).
- (84) Ver: Doc., 526-527, 688, 690, 696, 707.

han visto tentados a la acción política (78); o cuando grupos de laicos han presentado sus propias opciones políticas como las únicas coherentes con la fe cristiana, comprometiendo con ello a la Iglesia misma (79). Pero más importante resulta esta distinción ahora —dada la situación histórica a que recién aludimos— para corregir los “pecados por defecto”: cuando las Iglesias particulares y sus pastores, por temor a que se les acuse de estar “infiltrados” ideológicamente o de estar “entrometiéndose” en la acción política, no cumplen con su responsabilidad —irrenunciable y urgente más que nunca— de *evangelizar lo político* (80); o cuando los laicos, con el pretexto de que como a cristianos les corresponde “evangelizar lo político”, entienden esa evangelización como un juicio moral descomprometido, y no se arriesgan a participar con los demás en *la acción política*, indispensable para el tan necesario cambio de las estructuras y los hábitos sociales (81).

La Iglesia como tal, y especialmente sus pastores y demás personas significativas, necesitan cuidar y muchas veces conquistar su *independencia* respecto del poder político, así como de las distintas instancias partidarias de la lucha política e ideológica. Deben cuidar su independen-

cia, con mayor razón si ese poder se declara “cristiano” o esos partidos profesan seguir la Doctrina Social de la Iglesia. La misma Iglesia, sus ministros jerárquicos y sus religiosos, deben buscar y cultivar esa independencia, como condición indispensable para cumplir su peculiar responsabilidad en *la evangelización de lo político* (82); para poder denunciar con libertad el pecado social en el orden establecido y en las distintas instancias de la lucha política; para poder urgir a todos la vigencia efectiva de los valores fundamentales de una convivencia y una lucha en justicia, fraternidad y participación (83). En varios pasajes, Puebla señala otra razón para esta independencia política de la institución eclesial y de sus pastores: *el cuidado de la unidad* del cuerpo de la Iglesia, dentro de la cual los laicos suelen encontrarse legítimamente en posturas diferentes. La razón es válida y de fundamental importancia para todo ministerio pastoral (84). Pero ese ministerio no sería fiel si, en su preocupación por evitar las divisiones y los conflictos en el interior de la Iglesia, optara de hecho por renunciar a la evangelización de lo político. La unidad de la comunidad eclesial es sólo superficial y aparente, si para mantenerla hay que “reducir” el Evangelio de Jesucristo o amputarle su fuerza liberadora integral;

- (85) "Las profundas diferencias sociales, la extrema pobreza y la violación de derechos humanos que se dan en muchas partes, son retos a la evangelización. . . Esta situación social no ha dejado de acarrear tensiones en el interior mismo de la Iglesia; tensiones producidas por grupos que, o bien enfatizan "lo espiritual" de su misión, resintiéndose por los trabajos de promoción social, o bien quieren convertir la misión de la Iglesia en un mero trabajo de promoción humana" (90).
 "Esta instrumentalización (de la Iglesia), que es siempre un riesgo en la vida política, puede provenir de los propios cristianos y aun de sacerdotes y religiosos, cuando anuncian un Evangelio sin incidencias económicas, sociales, culturales y políticas. En la práctica, esta mutilación equivale a cierta colusión —aunque inconsciente— con el orden establecido" (558).
 (Ver también: 79, 83, 92, 1138-1139).
- (86) Ver más arriba, nota 83, y:
 "Una vez más deseamos declarar que, al tratar los problemas sociales, económicos y políticos, no lo hacemos como maestros en esta materia, como científicos, sino en perspectiva pastoral en calidad de intérpretes de nuestros pueblos, confidentes de sus anhelos, especialmente de los más humildes, la gran mayoría de la sociedad latinoamericana" (Mensaje, 3).
 "La Iglesia, experta en humanidad, tiene que ser voz de los que no tienen voz (de la persona, de la comunidad frente a la sociedad, de las naciones débiles frente a las poderosas) correspondiéndole una actividad de docencia, denuncia y servicio para la comunión y la participación" (1268).
 (Ver también: 12, 31, 40, 54, 87-90, 92, 164, 541, 522, 1141, 1154, 1159-1164, 1275, 1283, 1287).
- (87) "El laico encuentra en la enseñanza social de la Iglesia los criterios adecuados (para la acción política), a la luz de la visión cristiana del hombre. Por su parte, la jerarquía le otorgará su solidaridad, favoreciendo su formación y su vida espiritual y estimulándolo en su creatividad para que busque opciones cada vez más conformes con el bien común (y) las necesidades de los más débiles" (525).
 "En nuestro continente latinoamericano, marcado por agudos problemas de injusticia que se han agravado, los laicos no pueden eximirse de un serio compromiso en la promoción de la justicia y del bien común (ver AA 14) iluminados siempre por la fe y guiados por el Evangelio y por la Doctrina social de la Iglesia, pero orientados a la vez por la inteligencia y la aptitud para la acción eficaz" . . ." (793).
 "Los catequistas procurarán. . . impartir una educación integral de la fe que incluya. . . la formación para la vida política y para la doctrina social de la Iglesia" (1008).
 (Ver también: 483, 486, 511-512, 522, 538-539, 553, 555-556, 780, 810, 1033, 1125, 1162-1164, 1214).
- (88) Ver más arriba, los capítulos 3 y 4, y:
 "En todos los casos, el laico deberá buscar y promover el bien común, en la defensa de la dignidad del hombre y de sus derechos inalienables, en la protección de los más débiles y necesitados, en la construcción de la paz, de la libertad, de la justicia; en la creación de estructuras más justas y fraternas" (792).
 (Ver también: 502-506, 525, 793, 1238, 1268, 1308).
- (89) "La realización concreta de esta tarea política fundamental se hace normalmente a través de grupos de ciudadanos que se proponen conseguir y ejercer el poder político para resolver las cuestiones económicas, políticas y sociales según sus propios criterios o ideologías. En este sentido se puede hablar de "política de partido". . . La política partidista es el campo propio de los laicos. . . Corresponde a su condición laical el constituir y organizar partidos políticos, con ideología y estrategia adecuada para alcanzar sus legítimos fines" (523-524).
 ". . . Una ideología será, pues, legítima si los intereses que defiende lo son y si respeta los derechos fundamentales de los demás grupos de la nación. En este sentido positivo, las ideologías aparecen como necesarias para el quehacer social, en cuanto son mediaciones para la acción" (535).
 (Ver también: 536-540, 780, 826, 1125).

NOTA: Los párrafos 551-552 podrían ser interpretados como un desconocimiento de esta necesaria práctica política concreta, con sus requerimientos ideológicos e históricos. Pero tal interpretación sólo me parece posible: (a) si olvidamos el contexto del mismo capítulo del Documento, del que están tomadas las citas recién transcritas, y (b) si operamos un deslizamiento indebido del nivel de *la evangelización de lo político* —que corresponde a "la Iglesia" como tal (citas de Juan Pablo II)— al nivel de *la acción política*— que corresponde a "los cristianos" (laicos).

y la pretendida abstención política de la misma comunidad o de sus pastores, resulta ser entonces legitimación tácita del "orden establecido" y complicidad más o menos inconsciente con el pecado social de los grupos dominantes (85). La unidad de la Iglesia sólo es tal si es unidad en el seguimiento de Jesucristo y el testimonio de su Evangelio; seguimiento y testimonio que no pueden dejar a un lado la tarea esencial de inspirar con los valores del Reino la convivencia humana y la construcción de la sociedad, desde las necesidades y los anhelos de las mayorías pobres, y asumiendo la causa de su integral liberación (86).

Por lo visto, la evangelización de lo político, como misión de toda la Iglesia y en particular de los pastores, y la acción política, como responsabilidad especial de los laicos, *no son dos tareas que se puedan separar* la una de la otra. Para evangelizar lo político, la misma comunidad eclesial y en particular sus pastores, deben prestar apoyo y ofrecer criterios orientadores a la acción responsable de los laicos comprometidos, si no quieren que esa evangelización quede en pura palabra y buenas intenciones, desprovistas de eficacia transformadora. Por su parte, los laicos comprometidos en la acción política deben buscar efectivamente para la sociedad, y practicar ellos desde ya, esos valores fundamentales

de la convivencia humana que vienen de su fe en el Evangelio (87). En este contexto, Puebla vuelve a insistir en la urgencia de opciones políticas cada vez más conformes con el "bien común", y más apropiadas a las necesidades de las mayorías pobres. "Bien común" en el sentido explicado de la justicia, la fraternidad y la participación para todos. Necesidades de las mayorías, partiendo por sus derechos humanos más fundamentales: a la vida, al trabajo digno, a decir su propia palabra . . . (88).

Sin embargo, los Obispos saben que para la acción política —si necesita enfrentar la injusticia institucionalizada y ser eficaz en el cambio de las estructuras sociales —no bastan las grandes convicciones del humanismo evangélico, ni la coherencia ética con los valores del Reino de Dios en la convivencia humana. Se necesita encarnar esas convicciones y luchar por esos valores en *una práctica política concreta*, la que requiere de la solidaridad de un movimiento histórico, de la organización de partidos, del análisis y la estrategia que se formulan y comparten en *una ideología* movilizadora (89). También es claro que no todo movimiento histórico, ni cualquier partido con su ideología, son de hecho compatibles con esas convicciones ni coherentes con esos valores. Por eso son siempre necesarios— a la luz del Evangelio y

- (90) "Resulta de particular gravedad el hecho de un insuficiente esfuerzo en el discernimiento de las causas y condicionamientos de la realidad social, y en especial sobre los instrumentos y medios para una transformación de la sociedad. Esto es necesario como iluminación de la acción de los cristianos para evitar, tanto la asimilación acrítica de ideologías como un espiritualismo de evasión. Además, así se hace factible descubrir caminos para la acción, superada la mera denuncia" (826).
 "Para el necesario discernimiento y juicio crítico sobre las ideologías, los cristianos deben apoyarse en el "rico y complejo patrimonio que la Evangelii Nuntiandi denomina Doctrina social o Enseñanza social de la Iglesia" (Juan Pablo II, Discurso inaugural III,7). Esta Doctrina o Enseñanza Social de la Iglesia expresa "lo que ella posee como propio: una visión global del hombre y de la humanidad" (PP 13). Se deja interpelar y enriquecer por las ideologías en lo que tienen de positivo y, a su vez, las interpela, relativiza y crítica" (538-539).
 (Ver también: 164, 305-306, 489, 511-512, 517-518, 525, 554-557, 793, 1308).
- (91) "Esta pobreza (de las grandes masas) no es una etapa casual, sino el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas. . . Esta realidad exige, pues, conversión personal y cambios profundos de las estructuras. . . hacia una verdadera justicia social. . ." (30).
 "La economía de mercado libre, en su expresión más rígida, aún vigente como sistema en nuestro continente y legitimada por ideologías liberales, ha acrecentado la distancia entre ricos y pobres por anteponer el capital al trabajo, lo económico a lo social. . ." (47).
 "Al servicio de la sociedad de consumo, pero proyectándose más allá de la misma, el liberalismo económico, de praxis materialista, nos presenta una visión individualista del hombre. . . Se ciega a las exigencias de la justicia social y se coloca al servicio del imperialismo internacional del dinero, al cual se asocian muchos gobiernos que olvidan sus obligaciones en relación al bien común" (312).
 "Las ideologías de la seguridad nacional, han contribuido a fortalecer, en muchas ocasiones, el carácter totalitario o autoritario de los regímenes de fuerza, de donde se ha derivado el abuso del poder y la violación de los derechos humanos" (49).
 "Actuante en la organización de no pocos gobiernos latinoamericanos, la visión que podríamos llamar estatista del hombre tiene su base en la teoría de la Seguridad Nacional. Pone al individuo al servicio ilimitado de la supuesta guerra total contra. . . la amenaza del comunismo. . . La voluntad del estado se confunde con la voluntad de la nación. El desarrollo económico y el potencial bélico se superponen a las necesidades de las masas abandonadas. Aunque necesaria a toda organización política, la Seguridad Nacional vista bajo este ángulo se presenta como un absoluto sobre las personas; en nombre de ella se institucionaliza la inseguridad de los individuos" (314).
 (Ver también: 92, 311, 435, 437, 500, 542, 546-547, 549-550, 1207-1209, 1257-1258).
- (92) "El temor del marxismo impide a muchos enfrentar la realidad opresiva del capitalismo liberal. Se puede decir que, ante el peligro de un sistema claramente marcado por el pecado, se olvida denunciar y combatir la realidad implantada por otro sistema igualmente marcado por el pecado (ver Juan Pablo II, Homilía Zapopán). Es preciso estar atentos ante éste, sin olvidar las formas históricas, ateas y violentas del Marxismo" (92).
 "Opuesto al liberalismo económico en su forma clásica y en lucha permanente contra sus injustas consecuencias, el marxismo clásico substituye la visión individualista del hombre por una visión colectivista, casi mesiánica, del mismo. La meta de la existencia humana se pone en el desarrollo de las fuerzas materiales de producción. La persona no es originalmente su conciencia; está más bien constituida por su existencia social. . ." (313).
 "El colectivismo marxista conduce igualmente —por sus presupuestos materialistas— a una idolatría de la riqueza pero en su forma colectiva. Aunque nacido de una positiva crítica al fetichismo de la mercancía y al desconocimiento del valor humano del trabajo, no logró ir a la raíz de esta idolatría que consiste en el rechazo del Dios de amor y justicia, único Dios adorable" (543).
 (Ver también: 48, 418, 435, 437, 486, 495, 544-546, 550).
- (93) "En pleno acuerdo con Medellín insistimos en que "el sistema liberal capitalista y la tentación del sistema marxista parecieran agotar en nuestro continente las posibilidades de transformar las estructuras económicas. Ambos sistemas atentan contra la dignidad de la persona huma-

en comunidad de Iglesia— un juicio crítico y un atento discernimiento(90). Ahora bien, por todo lo que hemos visto más arriba debería resultar claro que quedan aquí excluidos de plano los movimientos, los partidos y las ideologías que inspiran y sostienen al sistema dominante en la gran mayoría de nuestros países. Hablando más concretamente, quedan excluidos el sistema y la ideología vigentes del capitalismo liberal, con su refuerzo histórico del régimen y la ideología de la Seguridad Nacional. Se trata, en efecto, de un sistema de injusticia y opresión institucionalizadas, de ideologías corruptoras de la vida y la convivencia humanas(91). Por otra parte, y a veces en forma simétrica con el

capitalismo liberal y poniéndolos en el mismo plano de un materialismo idolátrico y opresivo, Puebla condena también la ideología y los sistemas históricos del colectivismo marxista(92). El Documento parece dejar abiertas dos alternativas, que no define positivamente (en este plano ideológico-político) y entre las cuales oscila con relativa inseguridad: (a) Por un lado, la posibilidad de buscar una tercera vía, no capitalista ni marxista, sino "de inspiración cristiana"(93). Pero aquí surgen las reservas que —en una sociedad pluralista— despiertan las experiencias históricas de una pretendida "alternativa cristiana", con las divisiones que introduce en los movimientos populares de liberación, y las ambigüedades

- na... Debemos denunciar que Latinoamérica se ve encerrada entre estas dos opciones y permanece dependiente de uno u otro de los centros de poder que canalizan su economía" (Medellín, Justicia, 10)" (550).
 "Inspirándose en estos contenidos de la antropología cristiana, es indispensable el compromiso de los cristianos en la elaboración de proyectos históricos conformes a las necesidades de cada momento y de cada cultura" (553).
 (Ver también: 486, 495, 551-552).
- (94) "La Iglesia reconoce la debida autonomía de lo temporal (GS 36) lo que vale para los gobiernos, partidos, sindicatos y demás grupos en el campo social y político..." (519).
 "Ni el Evangelio ni la Doctrina o Enseñanza Social que de él proviene son ideologías. Por el contrario, representan para éstas una poderosa fuente de cuestionamientos de sus límites y ambigüedades. La originalidad siempre nueva del mensaje evangélico debe ser permanentemente clarificada y defendida frente a los intentos de ideologización" (540).
 "Sabemos que la Iglesia, aportando una valiosa colaboración a la construcción de la sociedad, no se atribuye competencia para proponer modelos alternativos (ver GS 42 y 76)... No reivindicamos ningún privilegio para la Iglesia; respetamos los derechos de todos y la sinceridad de todas las convicciones en pleno respeto a la autonomía de las realidades terrestres" (1211-1212).
 (Ver también: Mensaje, 3; Doc., 483, 523, 526, 558-559, 810, 1213-1214, 1220, 1227, 1238).
- (95) "Nos sentimos solidarios con el pueblo latinoamericano del cual formamos parte y con su historia. Queremos escrutar sus aspiraciones, tanto las que expresa claramente como las que apenas balbucea que nos parece son éstas... Ser tenido en cuenta como persona responsable y como sujeto de la historia capaz de participar libremente en las opciones políticas, sindicales, etc., y en la elección de sus gobernantes..." (131 y 135).
 "Defendemos su derecho fundamental (de los obreros y los campesinos) a "crear libremente organizaciones para defender y promover sus intereses y para contribuir responsablemente al bien común" (Juan Pablo II, Alocución obreros Monterrey)" (1163).
 "Sabemos que (es) el pueblo, en su dimensión total y en su forma particular, a través de sus organizaciones propias, (quien) construye la sociedad pluralista..." (1220. NOTA: Las palabras entre paréntesis estaban en el texto original de Puebla).
 (Ver también: 132-136, 452, 502-505, 1125, 1161-1164, 1227, 1244-1245, 1250-1253).
- (96) "El motor de su dialéctica (del colectivismo marxista) es la lucha de clases. Su objetivo, la sociedad sin clases, lograda a través de una dictadura proletaria que, en fin de cuentas, establece la dictadura de partido. Todas sus experiencias históricas concretas como sistema de gobierno, se han realizado dentro del marco de regímenes totalitarios cerrados a toda posibilidad de crítica y rectificación. Algunos creen posible separar diversos aspectos del marxismo, en particular su doctrina y su análisis. Recordamos con el Magisterio Pontificio que "sería ilusorio y peligroso llegar a olvidar el lazo íntimo que los une radicalmente; el aceptar los elementos del análisis marxista sin reconocer sus relaciones con la ideología; el entrar en la práctica de la lucha de clases y de su interpretación marxista, dejando de percibir el tipo de sociedad totalitaria y violenta a que conduce este proceso" (OA 34)" (544).
 (Ver también: 48, 313, 486, 532, 534, 545, 550-551).
- (97) Doc., 554-557.
 NOTA: Puebla habla de "marxismo", de "colectivismo marxista" o de "sistema marxista", como lo hacen Medellín (Justicia, 10) y el Documento de Consulta para Puebla en su 1a. parte (nn. 234-237). El mismo Documento de Consulta en su 2a. parte (Marco de Doctrina Social, nn. 768-773), así como otros documentos episcopales del continente, hablan de "socialismo" o de "socialismos". Allí la postura es más matizada, abierta a la posibilidad de un socialismo humanista y participativo, "que asegure una convivencia fraterna y realmente democrática" (Doc. de Consulta, 772). A modo de ejemplo, y como aplicación de ese "discernimiento eclesial", que pide Puebla, cito aquí un pasaje de la Pastoral de los Obispos de Nicaragua, de noviembre de 1979:
 "Si, como algunos piensan, el socialismo se desvirtúa usurpando a los hombres y pueblos su carácter de protagonista libre de su historia; si pretende someter al pueblo ciegamente a las manipulaciones y dictados de quienes arbitrariamente detentarían el poder, tal espurio o falso socialismo, no lo podríamos aceptar.

que acarrea para la propia Iglesia y su independencia evangelizadora (94). (b) Por otro lado, la posibilidad de asumir los anhelos del pueblo de los pobres en forma más concreta y comprometerse en esos mismos movimientos populares de liberación (95); a sabiendas de que en la mayoría de nuestros países estos movimientos tienen algún grado de inspiración ideológica marxista, especialmente en su análisis de la realidad social y en su estrategia liberadora. Pero aquí el mismo Documento plantea las reservas surgidas; por una parte, de la experiencia de "las formas históricas, ateas y violentas del Marxismo", y en un plano más teórico, del peligro de hacer un bloque ideológico de esos instrumentos marxistas (analíticos y estratégicos) con una concepción materialista del hombre y de la historia, y con una práctica de la lucha de clases que sólo llevaría a recrudecer la espiral de la violencia (96). En todo caso —en el contexto de esa crí-

tica "simétrica" al capitalismo y al marxismo— Puebla nos recuerda la distinción clásica que desde Juan XXIII se hace en la Iglesia Católica frente a la ideología marxista: la distinción entre "*las teorías filosóficas falsas y los movimientos históricos originados en ellas*". Por ello se reconoce posible para los cristianos, en coherencia con su fe, el compromiso en esos movimientos históricos. Sin olvidar que tal compromiso —como, por lo demás, todo compromiso político concreto— "les plantea (a los cristianos) ciertas exigencias de fidelidad perseverante que facilitará su papel evangelizador: discernimiento eclesial, en comunión con los pastores (según OA 4); fortalecimiento de su identidad, nutriéndola en las verdades de la fe y su explicitación en la Doctrina o Enseñanza social de la Iglesia y el soporte de una rica vida sacramental y de oración; conciencia crítica de las dificultades, limitaciones, posibilidades y valores de estas convergencias" (97).

Tampoco podríamos aceptar un socialismo que extralimitándose pretendiera arrebatar al hombre el derecho a las motivaciones religiosas de su vida o de expresar públicamente esas motivaciones y sus convicciones, cualquiera que sea su fe religiosa. Igualmente inaceptable sería negar a los padres el derecho a educar a sus hijos según sus convicciones o cualquier otro derecho de la persona humana.

Si, en cambio, socialismo significa, como debe significar, preeminencia de los intereses de la mayoría de los nicaragüenses y un modelo de economía planificada nacionalmente, solidaria y progresivamente participativa, nada tenemos que objetar. Un proyecto social que garantice el destino común de los bienes y recursos del país y permita que, sobre esta base de satisfacción de las necesidades fundamentales de todos, vaya progresando la calidad humana de la vida, nos parece justo. Si socialismo implica una creciente disminución de las injusticias y de las tradicionales desigualdades entre las ciudades y el campo, entre la remuneración del trabajo intelectual y del manual; si significa participación del trabajador en los productos de su trabajo, superando la alienación económica, nada hay en el cristianismo que implique contradicción con este proceso. Más bien el Papa Juan Pablo II acaba de recordar en la ONU la preocupación causada por la separación radical entre trabajo y propiedad. Si socialismo supone poder ejercido desde la perspectiva de las grandes mayorías y compartido crecientemente por el pueblo organizado, de modo que vaya hacia una verdadera transferencia del poder hacia las clases populares, de nuevo no encontrará en la fe sino motivación y apoyo. Si el socialismo lleva a procesos culturales que despierten la dignidad de nuestras masas y les comunique el coraje para asumir responsabilidades y exigir sus derechos, se trata de una humanización convergente con la dignidad humana que proclama nuestra fe.

En cuanto a la lucha de clases sociales, pensamos que una cosa es el hecho dinámico de la lucha de clases, que debe llevar a una justa transformación de las estructuras, y otra el odio de clases que se dirige contra las personas y contradice radicalmente el deber cristiano de regirse por el amor".

(Compromiso Cristiano para una Nicaragua Nueva, Managua, 17 de noviembre de 1979, pp. 8-9).

(98) Ver más arriba, el capítulo 6, c.

(99) "Vemos a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres... En esta angustia y dolor, la Iglesia discierne una situación de pecado social, de gravedad tanto mayor por darse en países que se llaman católicos y que tienen la capacidad de cambiar" (28).

"El hombre latinoamericano sobrevive en una situación social que contradice su condición de habitante de un continente mayoritariamente cristiano: son evidentes las contradicciones existentes entre el orden social injusto y las exigencias del Evangelio" (1257, citado según el texto original. El texto oficial, en vez de "el orden social injusto" trae "estructuras sociales injustas").

(Ver también: 452 y 1300).

(100) Ver más arriba, el capítulo 6,b con la nota 30, y:

"La Iglesia... debe hacer oír su voz denunciando y condenando estas situaciones, más aún cuando los gobiernos o responsables se profesan cristianos" (42).

"La brecha entre ricos y pobres, la situación de amenaza que viven los más débiles, las injusticias, las postergaciones y sometimientos indignos que sufren, contradicen radicalmente los valores de dignidad personal y de hermandad solidaria. Valores éstos que el pueblo latinoamericano lleva en su corazón como imperativos recibidos del Evangelio. De ahí que la religiosidad del pueblo latinoamericano se convierta muchas veces en un clamor por una verdadera liberación... (452).

(Ver también: 49, 437, 966).

(101) "No todos los miembros de la Iglesia han sido respetuosos del hombre y de su cultura; muchos han mostrado una fe poco vigorosa para vencer sus egoísmos, su individualismo y su apego a las riquezas, obrando injustamente y lesionando la unidad de la sociedad y de la misma Iglesia" (966).

(Ver también: 49, 312, 437, 783).

(102) Ver: Mateo 8, 5-13; 11, 25-30; 21, 28-32; Lucas 14, 15-24.

d) Acción solidaria con los no-creyentes

A propósito de la acción política —indispensable para construir una sociedad más humana— se nos plantea, pues, el problema práctico de la participación de los cristianos en movimientos históricos o partidos populares que han nacido fuera del mundo socio-cultural de la Iglesia y con una inspiración ideológica ajena o incluso hostil al cristianismo. Pero, más allá del problema práctico, e inseparable de él, se nos plantea aquí también un problema teológico: sobre el sentido de la acción de los no-creyentes, y de nuestra colaboración con ellos, en el horizonte del reinado de Dios en la historia. En realidad, como ya lo hemos formulado más arriba (98), aquí el problema es doble: ¿Cómo entender, por una parte, que personas o movimientos que se declaran no-creyentes estén de hecho sirviendo generosamente a sus hermanos y entregándose por la causa de la justicia? y ¿Cómo entender, por otra parte, que personas o grupos sociales que profesan la fe cristiana muestren tal materialismo y tal prepotencia en la orientación real de su vida y tal insensibilidad ante el enorme costo social de sus privilegios?

El Documento de Puebla, en su visión de la realidad y en su diagnóstico del pecado social, plantea varias veces el carácter contradictorio y escandaloso que presenta esta situación, por darse precisamente en un continente cultural y mayoritariamente cristiano (99). Miradas las cosas un poco más de cerca, sin embargo, Puebla reconoce que la contradicción se da en realidad entre sectores o clases sociales diferentes: los responsables principales de esa brecha creciente entre ricos y pobres, los sostenedores y beneficiarios de esas estructuras de opresión, son en realidad los grupos sociales dominantes; y los que principalmente viven esa cultura y esa religiosidad impregnadas de Evangelio, son en realidad las mayorías pobres y dominadas, la gente del pueblo (100). Además del pecado personal,

que se encuentra en todo hombre, también hay pecado social en las mayorías pobres; pero se trata más bien de las derivaciones o las consecuencias de una situación de pecado cuyos responsables principales están en otra parte. Y también hay fe cristiana en los grupos dominantes; pero se trata de una fe que, aunque pueda conservar un valor subjetivo, se presenta a menudo desvirtuada o incluso desmentida por los hechos (101).

Con la renovación evangélica y evangelizadora de la Iglesia, se diría que está sucediendo hoy en América Latina un proceso análogo al que nos narran los Evangelios: cuando el Reino de Dios es arrebatado de manos de quienes se sentían seguros como sus herederos natos, para ser entregado a los otros, a los marginados y despreciados. Así es como el Reino fue traspasado en tiempos de Jesús de los sabios y los piadosos a los pobres y los pecadores públicos, y en tiempos de los Apóstoles, de los judíos a los gentiles; siempre con gran escándalo de muchos "hijos del Reino" y alegría de los recién convidados. Entre las muchas enseñanzas y los gestos concretos de Jesús que nos ilustran este traspaso del Reino, leamos aquí una palabra suya según el Evangelio de Lucas: "Después que el amo de casa se haya levantado a cerrar la puerta, ustedes se quedarán fuera y comenzarán a llamar a la puerta, diciendo: 'Señor, ábrenos.' Pero él les responderá: 'No sé de dónde son ustedes'. Entonces se pondrán a decir: 'Hemos comido y bebido contigo, y tú enseñaste en nuestras plazas'. Pero él les repetirá: 'No sé de dónde son; aléjense de mí, todos los que cometen injusticia'. Allí será el llanto y el rechinar de dientes, cuando vean a Abrahán y a Isaac y a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, mientras ustedes se verán arrojados fuera. En cambio, habrá quienes vengan de oriente y de occidente, del norte y del sur, a sentarse a la mesa en el reino de Dios. Porque vean, que hay últimos que serán primeros, y hay primeros que serán últimos" (Lucas 13, 25-30) (102).

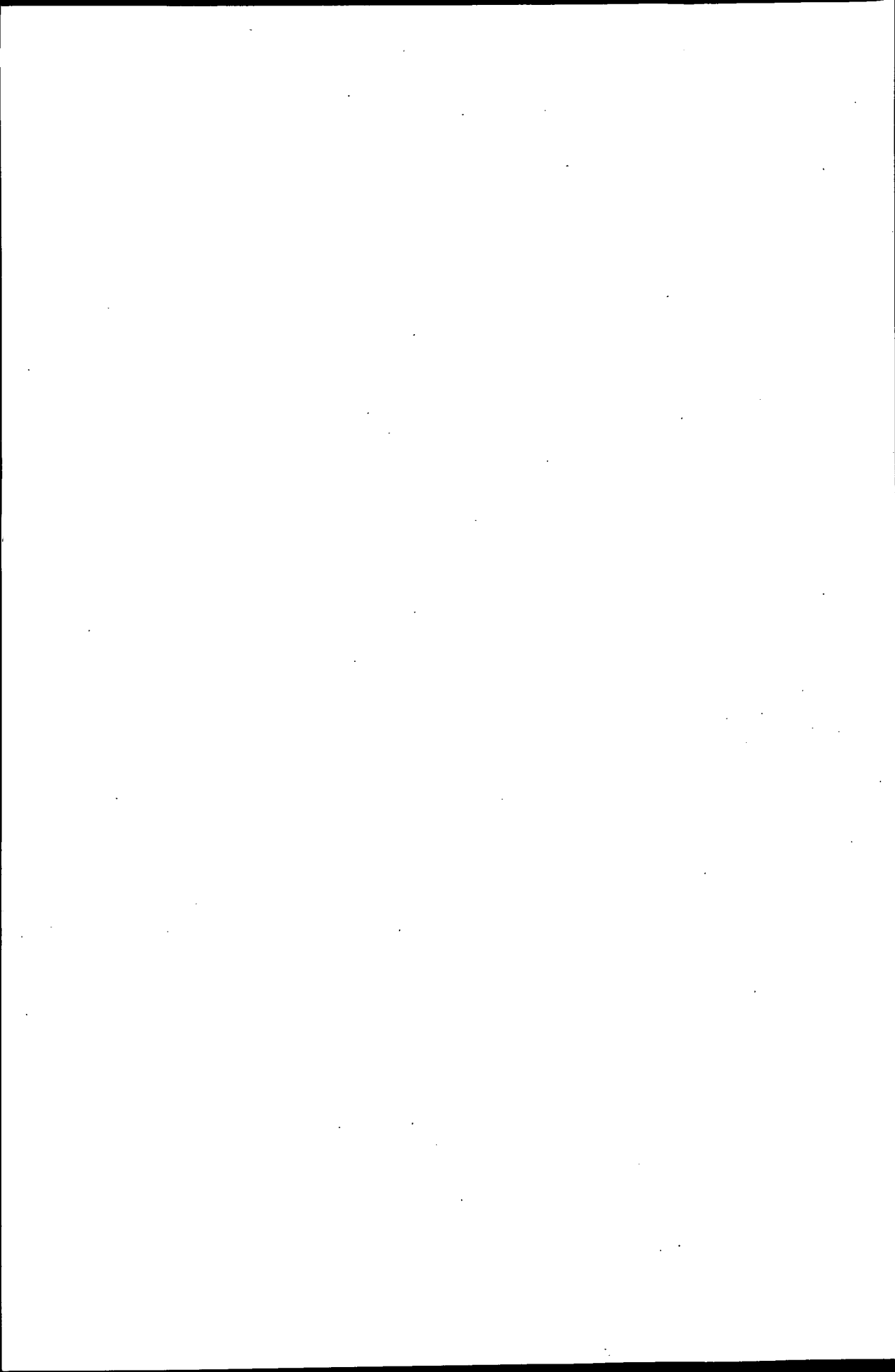
- (103) Ver: Santiago 2, 14-19; 1 Juan 3, 10-20. Y en el Doc. de Puebla:
 "Lo más propio del mensaje cristiano sobre la dignidad humana. . . consiste en ser más y no en tener más (ver GS 35a); esto se vivirá tanto entre los hombres que, acosados por el sufrimiento, la miseria, la persecución y la muerte, no vacilan en aceptar la vida con el espíritu de las bienaventuranzas, cuanto entre aquellos que, renunciando a una vida placentera y fácil, se dedican a practicar de un modo realista en el mundo de hoy las obras de servicio a los demás, criterio y medida con que Cristo ha de juzgar, incluso a quienes no lo hayan conocido (ver Mateo 25)" (339).
 (Ver también: Mensaje, 2; Doc., 319).
- (104) "Es cierto que el misterio del hombre sólo se ilumina perfectamente por la fe en Jesucristo. . . Pero no nos cabe duda de que, al luchar por la dignidad (humana en América Latina), estamos unidos también a otros hombres lúcidos que, con un esfuerzo sincero por liberarse de engaños y apasionamientos, siguen la luz del espíritu que el Creador les ha dado, para reconocer en la propia persona y en la de los demás un don magnífico, un valor irrenunciable, una tarea trascendente" (319).
 "En la actual coyuntura de América Latina, los cambios podrán ser rápidos y profundos en beneficio de todos, especialmente de los pobres por ser los más afectados y de los jóvenes que asumirán, en breve, los destinos del continente. Proponemos para eso la movilización de todos los hombres de buena voluntad. Que se unan, con nuevas esperanzas en esa inmensa tarea. Queremos escucharlos con viva sensibilidad; unirnos a ellos en su acción constructiva" (1250-1251).
 (Ver también: 554, 557, 1097, 1119, 1125-1126, 1161, 1214, 1228, 1283).
- (105) "Queremos dirigirnos a todos los hombres de buena voluntad, a cuantos ejercen cargos y misiones en los más variados campos de la cultura, la ciencia, la política, la educación, el trabajo, los medios de comunicación social, el arte. . ." (Mensaje, 8).
 "No raras veces los no creyentes se distinguen por el ejercicio de valores humanos que están en la línea del Evangelio. . ." (1113).
 "Reconociendo la solidaridad de otras Iglesias sumamos nuestros esfuerzos a los hombres de buena voluntad para desarraigar la pobreza y crear un mundo más justo y fraterno" (1161).
 (Ver también: 201, 226, 319, 1119, 1131, 1212).
- (106) Ver más arriba, el capítulo 6 c, y especialmente: Doc., 319 y 325.
- (107) Ver más arriba, el capítulo 4, y:
 "La evangelización nos lleva a participar en los gemidos del Espíritu que quiere liberar a toda la creación. El Espíritu que nos mueve a esa liberación nos abre el camino a la unidad de todos los hombres entre sí (y) de los hombres con Dios, hasta que "Dios sea todo en todos". . . (219).
 "El Reino (centro del mensaje de Jesús), sin ser una realidad desligable de la Iglesia (LG 8a), trasciende sus límites visibles (ver LG 5). Porque se da en cierto modo donde quiera que Dios esté reinando mediante su gracia y amor, venciendo el pecado y ayudando a los hombres a crecer hacia la gran comunión que les ofrece en Cristo. . ." (226).
 (Ver también: 201, 208, 319, 379, 1117, 1183).
- (108) "(Debemos) tomar conciencia de la realidad y extensión del fenómeno de la no creencia, con miras a la purificación de la fe de los creyentes; a la coherencia entre fe y vida, y a la colaboración "en verdadera paz, para la edificación del mundo" (GS 92)" (1126).
 (Ver también: Mensaje, 2; Doc., 1106, 1113, 1117).

Esta es una de las palabras de Jesús que nos presentan con claridad el carácter desconcertante que reviste a menudo para la "gente bien" el criterio con que Dios o su Cristo juzgan en definitiva nuestra vida. Ellos pensaban que tenía que abrirles, porque eran de los suyos, porque habían vivido en familiaridad con El, porque muchas veces habían comulgado en su mesa. El los deja fuera, porque han vivido cometiendo injusticia. Es el mismo criterio del Dios del Reino que trae Mateo, en el Sermón de la Montaña y en la parábola del Juicio Final, al comienzo y al fin de toda la predicación de Jesús. Al comienzo está la semblanza del verdadero discípulo, que no es el que dice ¡Señor, Señor!, sino el que cumple la voluntad del Padre: el que es pobre de corazón, el que tiene hambre y sed de justicia, el que es misericordioso, el que construye la paz. . . (Mateo 5, 1-10; 7, 21-23). Al fin está el juicio definitivo de Cristo, como Rey universal, sobre la vida de todo hombre, y donde el único criterio será el haberlo o no servido prácticamente en las necesidades bien concretas de los pobres y los desvalidos (Mateo 25, 31-46) (103).

A la luz de estas palabras, que sin duda reflejan la situación de la Iglesia primitiva, podemos entender que tampoco hoy nuestra *comunidad confesional*, con todos los creyentes en la institución de la Iglesia, coincida de hecho con la *comunidad práctica* a la que somos llamados, con todos los hombres de buena voluntad en la tarea solidaria de construir una sociedad más humana, justa y fraterna (104). Porque no todo en la Iglesia y en nosotros los creyentes va en el sentido del Reino de Dios, y porque también fuera de la institución eclesial y del ámbito de los creyentes actúa el dinamismo del Reino y se encuentran personas y movimientos históricos que lo siguen. La expresión "hombres de buena voluntad" que usa Puebla en este contexto, es la que desde

Juan XXIII se ha hecho clásica en los documentos de la Iglesia católica para designar a todos los que, sin compartir la fe de la Iglesia o incluso declarando no creer en Dios, luchan por la justicia y se juegan por la causa del hombre (105). En Puebla los Obispos expresan su convicción de que el abrirse o cerrarse a los semejantes, para entregarse a ellos y servirlos, es una opción a la que se ve abocado todo hombre, por la misma dinámica esencial de su vida humana. Envuelta en esa misma opción, y en su práctica concreta, reconocen que a todo hombre se plantea la opción más radical por el Absoluto; por el Bien trascendente, que se ofrece en gracia a todo hombre, principalmente en el encuentro con los semejantes y el llamado al servicio de los necesitados (106). Expresada de otro modo, es la convicción de que en todos los hombres, sean o no conscientes de ello, actúa en alguna forma el Espíritu de Cristo, para conducirlos a la verdadera liberación y la comunión de los hijos de Dios (ver Romanos 8, 14-30). Y los no-creyentes que se juegan por la causa de los pobres, se dejan conducir por ese Espíritu, y aun sin saberlo, están haciendo la voluntad del Padre en el advenimiento de su reinado en nuestra tierra (107).

El hecho de que ellos, recorriendo este camino, sigan siendo no-creyentes, constituye una interpelación constante a los cristianos y a la misma Iglesia, para su coherencia evangélica y su testimonio (108). Así como el hecho de tales incoherencias y contratestimonios en los creyentes nos plantea nuevamente la pregunta por el sentido y la razón de ser de la misma Iglesia, como comunidad de creyentes en el Evangelio y como instrumento específico de la liberación del Reino en la historia de nuestros pueblos. Es lo que estudiaremos, siguiendo al mismo Documento de Puebla, en la tercera parte de este trabajo.



Tercera parte

Iglesia evangelizadora

En la primera parte de este estudio, sobre el Humanismo Evangélico, vimos cómo Puebla recoge e ilumina esa rica experiencia de fe en el cristianismo latinoamericano, que reconoce en el hombre y en la sociedad humana —y más concretamente, en el pobre y su historia de liberación— el lugar privilegiado de la contemplación de Dios y del seguimiento de Jesucristo. Hay allí toda una profundidad en la percepción del hombre y de la convivencia humana, los que aparecen en realidad como el lugar por excelencia de la teología cristiana.

En la segunda parte, sobre Evangelio y Liberación, vimos cómo dice Puebla que esa experiencia debe ser hoy testimoniada y ese seguimiento de Jesucristo, practicado en un empeño concreto, en la lucha solidaria de los pobres por su liberación histórica y la construcción de una sociedad nueva. Ese empeño no sólo es presentado como un imperativo moral, como una respuesta humana a lo que Dios y su Cristo hicieron en otro tiempo por nosotros. Más radicalmente, es presentado también como la presencia activa del mismo Cristo Liberador y de su Espíritu, en las expresiones de vida humana, los gestos solidarios y la lucha liberadora de nuestro pueblo, oprimido y creyente, y de todos los hombres de buena voluntad. En sentidos diversos, pero igualmente verdaderos, el sujeto de la liberación integral es Dios y su Cristo, y el sujeto de la misma es el propio pueblo de los pobres, mediante sus organiza-

ciones y sus movimientos históricos, así como mediante el compromiso consciente de cada uno de sus hijos.

Pero, para que Dios sea reconocido y Jesucristo, seguido efectivamente, esa presencia suya debe ser anunciada; el pueblo debe encontrar lugares especiales donde esa experiencia de fe sea compartida, profundizada y alimentada; y todo esto, con la resonancia explícita de esa historia humana y esa palabra que Dios mismo vivió y pronunció *una vez* para nosotros en Jesús de Nazaret. La instancia responsable de ese anuncio y de esos lugares es la Iglesia. Más aún, la Iglesia es precisamente eso: la anunciadora del Evangelio de Jesucristo; el lugar donde se comparte, se celebra y se impulsa hacia adelante la experiencia de la fe y el seguimiento práctico del mismo Jesucristo. Eso es lo que la Iglesia debe hacer, eso es lo que ella debe ser. Y en un sentido profundo, siempre lo hace y lo es, porque en ello está su misterio divino: la presencia en ella de Cristo resucitado y de su Espíritu de santidad, que nunca le pueden fallar. Pero eso no lo hace ni lo es la Iglesia automáticamente; no siempre y en todas partes necesariamente, en la misma forma, con la misma transparencia evangélica y la misma eficacia liberadora. Es cierto que, según nuestra fe, el único Señor de la Iglesia, el sujeto principal de su obra evangelizadora y pastoral, es el mismo Cristo resucitado con su Espíritu. Pero, en un sentido diverso, también es cierto que el responsable de la misma

- (1) "La Iglesia peregrinante en cuanto institución humana y terrena reconoce con humildad sus errores y pecados que oscurecen el rostro de Dios en sus hijos (ver UR 6 y 7), pero está decidida a continuar su acción evangelizadora para ser fiel a su misión con la confianza puesta en la fidelidad de su Fundador y en el poder del Espíritu" (209).
- (2) Ver: Doc., 1 y 3-4.
- (3) Doc., 224, 348 y 75.
- (4) Doc., 348.
- (5) "La Evangelización ha de calar hondo en el corazón del hombre y de los pueblos; por eso, su dinámica busca la conversión personal y la transformación social. La Evangelización ha de extenderse a todas las gentes; por eso, su dinámica busca la universalidad del género humano. Ambos aspectos son de actualidad para evangelizar hoy y mañana en América Latina" (362).
(Ver también: 348, 363, 863, 1097, 1127).

Iglesia, el sujeto de su misión y su servicio, es el mismo pueblo creyente, mediante sus comunidades cristianas y sus instituciones, así como mediante la participación consciente y el ministerio de cada uno de los hermanos. Y en todos los niveles de esta realidad suya humana e histórica, la Iglesia tiene sus aciertos y sus errores, su fidelidad a Jesucristo y sus acomodados a los criterios, los poderes y las seguridades del mundo (1).

Esa vocación y esa realidad de la Iglesia en América Latina es lo que estudiaremos ahora, siguiendo al mismo Documento de Puebla, en esta parte tercera y última de nuestro estudio, con el título de "Iglesia Evangelizadora".

Dado que el Documento de Puebla trae un capítulo especial dedicado a "La Verdad sobre la Iglesia", creo oportuno recordar aquí lo que expliqué en la Introducción acerca del enfoque y método de este trabajo. En lo que sigue, utilizo como marco de referencia no sólo ni principalmente ese capítulo doctrinal sobre la Iglesia, sino las grandes líneas eclesiológicas y las grandes opciones pastorales del Documento completo. No sólo el Documento en sí mismo —con toda la autoridad que tiene para nosotros, católicos latinoamericanos— sino el mismo Documento en cuanto recoge, interpreta e impulsa hacia adelante todo un camino de nuestra Iglesia en América Latina, especialmente en la vida y las prácticas de sus comunidades de base entre los pobres. De allí, las tres grandes convicciones acerca de la Iglesia, o las tres "notas" más destacadas de la misma, que serán materia de los capítulos que siguen: Iglesia evangelizadora, Iglesia de los pobres, Iglesia comunidad.

8. IGLESIA PARA LA EVANGELIZACIÓN LIBERADORA

Comenzamos con la convicción fundamental de que la Iglesia es evangelizadora. Nos situamos aquí en la perspectiva de LA MISION: ¿para qué está la Iglesia? ¿cuál es su quehacer más propio y esencial? Puebla asume aquí plenamente y reconoce como nuestra en la historia de América Latina, la afirmación fundamental de Pablo VI en la "Evangelii Nuntiandi": *la Iglesia existe para evangelizar*, para anunciar el Evangelio vivo de Jesucristo a los hombres y los pueblos concretos (2). "Ella prolonga en la tierra, fiel a la ley de la encarnación visible, la presencia y acción evangelizadora de Cristo. Como El, la Iglesia vive para evangelizar. Esa es su dicha y su vocación propia", ésa es "*su identidad más profunda (EN 14)*"; "evangelizar en el hoy y el aquí, de cara al futuro" (3). Los Obispos insisten en que todo en la Iglesia está allí para evangelizar, en que la vocación eclesial de todos sus miembros es para la misión evangelizadora: "el Pueblo de Dios con todos sus miembros, instituciones y planes, existe para evangelizar" (4). Es la razón de ser de todo y la misión de todos en la Iglesia. Y es una misión destinada también a todos los hombres y a todas las dimensiones de la vida y la convivencia humanas: a todos ha de llevarse la Buena Nueva, y todo ha de ser transformado por la vida nueva del Reino que se proclama (5). Especialmente después de la "Evangelii Nuntiandi", esta insistencia en la evangelización como razón de ser de la Iglesia nos parece una evidencia y un lugar común en la conciencia de la Iglesia católica; al menos como convicción teórica de lo que, en principio, debe ser. Pero esta conciencia no siempre ni en todas partes ha sido igualmente lúcida. Los Obispos en Puebla reconocen que ha sido especialmente "después del Concilio y de la Conferencia de Medellín (que) la Iglesia (en América Latina) ha ido adquiriendo una conciencia cada vez más clara y más profunda de que la Evan-

- (6) Doc., 85. Ver: 1, 3-4, 11, 84, 362.
- (7) Doc., 270 y 679. Ver:
"El mensaje de Jesús tiene su centro en la proclamación del Reino que en El mismo se hace presente y viene. Este Reino, sin ser una realidad desligable de la Iglesia (LG 8a), trasciende sus límites visibles (ver LG 5). Porque se da en cierto modo donde quiera que Dios esté reinando mediante su gracia y su amor, venciendo el pecado y ayudando a los hombres a crecer hacia la gran comunión que les ofrece en Cristo. . . De ahí que la Iglesia haya recibido la misión de anunciar e instaurar el Reino (ver LG 5) en todos los pueblos. Ella es su signo. En ella se manifiesta, de modo visible, lo que Dios está llevando a cabo, silenciosamente en el mundo entero. . ." (226-227).
"La Iglesia, misterio de comunión, pueblo de Dios al servicio de los hombres, continúa a través de los tiempos siendo evangelizada y llevando a todos la Buena Nueva" (167).
- (8) Doc., 3-4.
- (9) "La Iglesia tiene obligación de poner de relieve ese aspecto integral de la Evangelización (que se refiere a la dignidad del hombre y su liberación), primero con la constante revisión de su propia vida y, luego, con el anuncio fiel y la denuncia profética. Para que todo esto se haga según el espíritu de Cristo, debemos ejercitarnos en el discernimiento de las situaciones y de los llamados concretos que el Señor hace en cada tiempo, lo cual exige actitud de conversión y apertura, y un serio compromiso con lo que se ha discernido como auténticamente evangélico" (338).
(Ver también: 11, 1126, 1140, 1178).
- (10) "(Debemos) fomentar una actitud más sencilla, humilde y autocrítica en la Iglesia y en los cristianos, como condición para un diálogo religioso fecundo" (1118).
(Ver también: 167, 209, 228, 349, 1126, 1140, 1147, 1305).
- (11) "Reconocemos que aún estamos lejos de vivir todo lo que predicamos. Por todas nuestras faltas y limitaciones, pedimos perdón, también nosotros pastores, a Dios y a nuestros hermanos en la fe y en la humanidad. Queremos no solamente ayudar a los demás en su conversión, sino también convertirnos juntamente con ellos, de tal modo que nuestras diócesis, parroquias, instituciones, comunidades, congregaciones religiosas, lejos de ser un obstáculo sean un incentivo para vivir el Evangelio" (Mensaje, 2).
"En la situación que viven nuestros pueblos, los frutos del Espíritu que constituyen el núcleo de nuestro testimonio, implican que tanto la Jerarquía como el Laicado y los Religiosos vivamos en una continua autocrítica, a la luz del Evangelio, a nivel personal, grupal y comunitario, para despojarnos de toda actitud que no sea evangélica y que desfigure el rostro de Cristo (ver DT 607). . . Sobre todo es importante que, en comunidad, revisemos nuestra comunión y participación con los pobres, los humildes y sencillos. Será, por tanto, necesario escucharlos, acoger lo más profundo de sus aspiraciones, valorizar, discernir. . . Esto nos pide una oración más asidua, meditación más profunda de la Escritura, despojo íntimo y efectivo según el Evangelio de nuestros privilegios, modos de pensar, ideologías, relaciones preferenciales y bienes materiales. . ." (972-975).
(Ver también: 10-11, 476, 1157-1158, 1221).
- (12) Doc., 937. Ver: 958.

gelización es su misión fundamental, y de que no es posible su cumplimiento sin un esfuerzo permanente de conocimiento de la realidad y de adaptación dinámica, atractiva y convincente del Mensaje a los hombres de hoy" (6).

El que la Iglesia exista para evangelizar implica, en primer lugar, que ella tiene su centro fuera de sí misma. Implica que *la Iglesia es esencialmente ex-céntrica*; en el sentido de que no existe para sí misma, para vivir su propia vida y expandirse, pase lo que pase en el mundo de fuera o en la vida "profana" y "temporal" de sus propios hijos; sino que ella existe para el mundo, para el servicio de los hombres, para todos los hombres y todas las dimensiones de la vida humana. Más específicamente, la Iglesia, como el mismo Jesucristo, está allí para servir a los hombres en orden al Reino de Dios; para revelar e impulsar, con su palabra y su propia entrega, el dinamismo liberador del Reino que atraviesa la historia de los pueblos. "El Pueblo de Dios . . . está enteramente al servicio de la comunión de los hombres con Dios y del género humano entre sí (ver LG 1). La Iglesia es, por lo tanto, un pueblo de servidores. (Y) su modo propio de servir es evangelizar; es un servicio que sólo ella puede prestar. Determina su identidad y la originalidad de su aporte . . ." "El gran ministerio o servicio que la Iglesia presta al mundo y a los hombres en él es la evangelización . . . , la Buena Nueva de que el Reino de Dios, Reino de justicia y de Paz, llega a los hombres en Jesucristo" (7). En este sentido, la Iglesia es esencialmente servidora y relativa. Ella se justifica y debe vivir su vida propia en función del hombre y de la vida humana, al servicio de la dinámica del Reino de Dios en la vida y la historia de los pueblos. Por eso, hoy en América Latina, porque "este pueblo debe seguir siendo evangelizado, como heredero de un pasado, como protagonista del presente, como gestor de un futuro, como peregrino al Reino definitivo . . . ; (por eso) la Iglesia se hace presente en las raíces y en la actua-

lidad del continente, (y) quiere servir, dentro . . . de su misión propia, al mejor porvenir de los pueblos latinoamericanos, a su liberación y crecimiento en todas las dimensiones de la vida" (8).

El que la Iglesia exista para evangelizar implica, en segundo lugar, que ella está llamada continuamente a la autocrítica, *la conversión y la reforma*. Implica que la misma Iglesia debe estar permanentemente saliendo de sí misma, dejándose interpelar por su Señor que la llama desde los otros. Desde los pobres, principalmente, con su miseria indigna y sus aspiraciones, en la medida en que la Iglesia o sectores significativos de la misma no se hallan todavía identificados con ellos. Desde los jóvenes y los no creyentes, especialmente los que pertenecen al mismo pueblo pobre y se comprometen con su causa, con los anhelos y los cuestionamientos que les son propios (9). En el servicio comprometido y el diálogo con ese pueblo y esos grupos, la Iglesia debe ir aprendiendo y anunciando al mismo tiempo el Evangelio siempre nuevo de Jesucristo. Sólo con esta actitud de apertura humilde y de autocrítica, puede ella en su camino solidario con los hombres ser evangelizada y evangelizar (10). Y ese proceso de autocrítica y conversión se requiere no sólo de las personas y los grupos humanos en la Iglesia —cualquiera sea su vocación o jerarquía— sino también de las estructuras de la misma: conversión de sus instituciones, de sus criterios dominantes y de sus prácticas, en todos los niveles (11). Puebla aplica esto en particular a la piedad popular tradicional, la cual "para que constituya un elemento eficaz de evangelización . . . necesita de una constante purificación y clarificación, y llevar no sólo a la pertenencia a la Iglesia, sino también a la vivencia cristiana y al compromiso con los hermanos" (12).

Un segundo aspecto que subraya Puebla al hablar de la Iglesia como evangelizadora, es el que se refiere a lo que podríamos llamar *las fuentes del Evangelio vivo*

(13) Doc., 11. Ver:

"La Iglesia ha recibido la misión de llevar a los hombres la Buena Nueva. Para el cumplimiento eficaz de esta misión, la Iglesia en América Latina siente la necesidad de conocer al pueblo latinoamericano en su contexto histórico, con sus variadas circunstancias" (3).

(14) Doc., 338 y 1256. Ver: 379 y 382.

(15) "¿Cómo ha mirado la Iglesia esta realidad (social y cultural de América Latina)? ¿Cómo la ha interpretado? ¿Ha ido descubriendo la manera de enfocarla y esclarecerla a la luz del Evangelio? ¿Ha llegado a discernir en qué aspectos esa realidad amenaza con destruir al hombre, objeto del amor infinito de Dios y en qué otros aspectos, en cambio, se ha ido realizando de acuerdo con sus amorosos planes? . . . Estos son los grandes interrogantes que como Pastores nos planteamos. . . teniendo presente que la misión fundamental de la Iglesia es evangelizar en el hoy y el aquí, de cara al futuro" (74-75).

"En esta actitud de búsqueda, se puede decir que, en América Latina, la Iglesia ha desplegado una actividad muy intensa. . . (orientada) a la profundización del Mensaje y al conocimiento del hombre en sus situaciones concretas y en sus aspiraciones" (86).

"Reconocemos los esfuerzos realizados por muchos cristianos de América Latina para profundizar en la fe e iluminar con la Palabra de Dios las situaciones particularmente conflictivas de nuestros pueblos. Alentamos a todos los cristianos a seguir prestando este servicio evangelizador y a discernir sus criterios de reflexión y de investigación. . ." (470).

"La catequesis para cumplir su misión evangelizadora en América Latina, deberá. . . tomar como fuente principal la Sagrada Escritura, leída en el contexto de la vida. . ." (1001).

(Ver también: 372, 488-489, 552, 798, 1299, 1307).

y el lugar donde escucharlo. Ya señalamos que la Iglesia debe estar constantemente saliendo de sí misma, no sólo para llevar a los de fuera un Evangelio conocido por ella de antemano, sino para redescubrir y profundizar ese mismo Evangelio en confrontación con los otros: con su realidad social, sus aspiraciones y sus cuestionamientos. En este contexto eclesiológico, necesitamos recordar y asumir más concretamente aquella convicción que analizamos en el capítulo 1 de este trabajo: que como cristianos y como Iglesia, sabemos que no podemos conocer verdaderamente al Dios de Jesucristo, buscar su rostro y hacer su voluntad, si le damos la espalda a lo que está sucediendo en *nuestra historia* y hacemos oídos sordos al clamor de nuestro pueblo oprimido. Decíamos que en este punto se nos renueva esa experiencia, tan antigua como la fe bíblica, de que nuestro Dios se encuentra activo y nos habla en los hechos y situaciones de la historia; la experiencia evangélica del Dios de Jesucristo como el Dios vivo, el Padre atento a las necesidades humanas de los pobres, el Dios liberador que camina hoy con su pueblo. Aquí tenemos, pues, lo que podríamos llamar una de las dos "fuentes" del Evangelio vivo, que la Iglesia debe constantemente escuchar, convertirse a él y proclamar: la historia vivida, los desafíos de la realidad social, la praxis comprometida en el camino de liberación de los pobres. Por eso Puebla reconoce que "la Iglesia se ha ido renovando con dinamismo evangelizador, captando las necesidades y esperanzas de los pueblos latinoamericanos" (13); porque la misma Iglesia se ha hecho más consciente de que "para que (la evangelización integral) se haga según el espíritu de Cristo, debemos ejercitarnos en el discernimiento de las situaciones y de los llamados concretos que el Señor hace en cada tiempo...", y particularmente, "en nuestra realidad latinoamericana, (de) la situación de la dignidad de la persona humana y de la promoción de la justicia" (14).

Pero esa historia, esas situaciones y esa praxis, no nos hablan de Dios y de su acción liberadora por sí solas, sino bajo la iluminación de *la Palabra* profética que reconocemos inspirada por el mismo Dios. Para reconocerlo a El —como veíamos en el capítulo 1— nos hace falta una atención contemplativa y una reflexión sobre esa realidad, a la luz de la Palabra de Dios recogida en la Sagrada Escritura y recibida por la tradición de la fe. Y a su vez, esa misma presencia lúcida y comprometida en la realidad histórica, nos cuestiona nuestras preconcepciones de la fe y nos permite una nueva captación de la Escritura como Palabra viva que Dios nos dirige a nosotros. Aquí tenemos la otra "fuente" del Evangelio vivo que la Iglesia debe escuchar y predicar: la Palabra de Dios en la Sagrada Escritura, los Evangelios escritos, el Mensaje del Nuevo Testamento (15). Teológica y eclesiológicamente hablando, ésta es anterior a la "fuente" de nuestra historia, es la única radical Fuente; porque en el origen de todo está la iniciativa de Dios, de dirigirnos por amor su Palabra, y porque esa Palabra ha corrido ya una larga historia antes de llegarnos hoy por la tradición de su Pueblo. Pero, antropológicamente hablando, está primero nuestra historia; porque es en esta situación y con estas circunstancias, como hombres y como pueblo, es en la dinámica de nuestra praxis solidaria de liberación, donde resuena y cobra sentido liberador para nosotros esa Palabra recibida por tradición; Palabra que entendemos como respuesta a nuestros problemas, a nuestros anhelos más profundos de libertad, de comunión y de vida.

De esta manera, ni la historia vivida ni la Escritura recibida nos entregan el Evangelio vivo cada una por su lado, sino en cuanto ambas se iluminan y se interpelan mutuamente; en "la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre" (EN 29). Y el lugar donde esa interpelación recíproca se produce es precisamen-

(16) "Presentamos los siguientes criterios fundamentales (de una evangelización auténtica y viva):

- La Palabra de Dios contenida en la Biblia y en la Tradición viva de la Iglesia, particularmente expresada en los Símbolos o Profesiones de fe y dogmas de la Iglesia. La Escritura debe ser el alma de la evangelización. Pero no adquiere por sí sola su plena claridad. Debe ser leída e interpretada dentro de la fe viva de la Iglesia. Nuestros Símbolos o Profesiones de fe resumen la Escritura y explicitan la sustancia del Mensaje, poniendo de relieve la "jerarquía de verdades" (ver UR 11).
- La fe del Pueblo de Dios. Es la fe de la Iglesia universal que se vive y expresa concretamente en sus comunidades particulares. Una comunidad particular concreta en sí misma la fe de la Iglesia Universal y deja así de ser comunidad privada y aislada; supera su propia particularidad en la fe de la Iglesia total.
- El Magisterio de la Iglesia. El sentido de la Escritura, de los Símbolos y de las formulaciones dogmáticas del pasado no brota sólo del texto mismo, sino de la fe de la Iglesia. En el seno de la comunidad encontramos la instancia de decisión y de interpretación auténtica y fiel de la doctrina de la fe y de la ley moral; es el servicio del sucesor de Pedro que confirma a sus hermanos en la fe y de los Obispos "sucesores de los apóstoles en el carisma de la verdad" (DV 8).
- Los teólogos ofrecen un servicio importante a la Iglesia: sistematizan la doctrina y las orientaciones del Magisterio en una síntesis de más amplio contexto, vertiéndola en un lenguaje adaptado al tiempo; someten a una nueva investigación los hechos y las palabras reveladas por Dios, para referirlas a nuevas situaciones socio-culturales (ver AG 22).
- Todos participamos de la misión profética de la Iglesia. Sabemos que el Espíritu nos distribuye sus dones y carismas para bien de todo el Cuerpo. Debemos recibirlos con gratitud. Pero su discernimiento, es decir el juicio de su autenticidad y la regulación de su ejercicio, corresponde a la autoridad en la Iglesia, a la cual compete, ante todo, no sofocar al Espíritu, sino probarlo todo y retener lo bueno (ver LG 12)" (372-377).

"En este contacto y diálogo (con los constructores de la sociedad) debe circular, en actitud de escuchar en forma sincera y acogedora, la problemática traída por ellos desde su propio ambiente temporal. Así podremos encontrar los criterios, las normas y los caminos por los cuales profundizar y actualizar la enseñanza social de la Iglesia, en el sentido de la elaboración de una ética social capaz de formular las respuestas cristianas a los grandes problemas de la cultura contemporánea (ver: OA 4)" (1227).

(Ver también: 378 y 381, 436, 470, 476, 489, 538, 647, 687, 799, 875, 1001, 1120).

(17) "La Evangelización es la misión propia de la Iglesia. . . La Iglesia (en América Latina) quiere servir, dentro del marco. . . de su misión propia, al mejor porvenir de los pueblos latinoamericanos, a su liberación y crecimiento en todas las dimensiones de la vida" (4).

"La misión de la Iglesia en medio de los conflictos que amenazan al género humano y al continente latinoamericano, frente a los atropellos contra la justicia y la libertad, frente a la injusticia institucionalizada. . . es inmensa y más que nunca necesaria. Para cumplir esa misión, se requiere la acción de la Iglesia toda. . . en el logro de una sociedad más justa, libre y pacífica, anhelo de los pueblos de América Latina y fruto indispensable de una evangelización liberadora" (562).

"Dios nos llama en América Latina a una vida en Cristo Jesús. Urge anunciarla a todos los hermanos. La Iglesia evangelizadora tiene esa misión: predicar la conversión, liberar al hombre e impulsarlo hacia el misterio de comunión con la Trinidad y de comunión con todos los hermanos, transformándolos en agentes y cooperadores del designio de Dios" (563).

"El servicio a los pobres es la medida privilegiada aunque no excluyente de nuestro seguimiento de Cristo. El mejor servicio al hermano es la evangelización que lo dispone a realizarse como hijo de Dios, lo libera de las injusticias y lo promueve integralmente" (1145).

"La exigencia evangélica de la pobreza, como solidaridad con el pobre y como rechazo de la situación en que vive la mayoría del continente, libra al pobre de ser individualista en su vida y de ser atraído y seducido por los falsos ideales de una sociedad de consumo. De la misma manera, el testimonio de una Iglesia pobre puede evangelizar a los ricos que tienen su corazón apegado a las riquezas, convirtiéndolo-

te la Iglesia: el Pueblo de Dios, vehículo de la tradición de la Palabra y sujeto de la vivencia actual de la fe; *la comunidad eclesial*, caminando con el pueblo y comprometida históricamente con su palabra profética; la comunidad de creyentes en Cristo, con el aporte de todos y la búsqueda compartida de los hermanos; la Iglesia cuerpo de Cristo, animada por su Espíritu, enriquecida con diversos dones y ministerios, y orientada en especial por los ministros de la Palabra, con la autoridad magisterial que les es propia en cada nivel (16).

Para terminar este capítulo sobre la Iglesia como evangelizadora, subrayamos la convicción destacada por Puebla de que *la evangelización auténtica es liberadora*. Esa es la convicción que desarrollamos, con sus principales implicancias, a lo largo de la segunda parte de este trabajo. Allí mostramos cómo el Evangelio nos revela la fuerza liberadora integral de Jesucristo y nos impulsa al compromiso

humano de liberación solidaria. Aquí necesitamos recordar esa convicción en cuanto a la misión y el compromiso que ella implica para la Iglesia como portadora del Evangelio. Porque la misión evangelizadora que constituye la razón de ser de la Iglesia, es anuncio e impulso radical de liberación para los hombres y los pueblos concretos. No sólo en el interior de cada persona y para salvación de su alma, sino para la totalidad de la vida y la convivencia humanas. No sólo para una realización y felicidad plenas en el futuro escatológico, sino desde ya, generando un hombre nuevo y una sociedad nueva en la historia. Puebla da testimonio de que esa liberación integral del hombre y de los pueblos, como meta y fruto necesario de la auténtica evangelización, está determinando cada vez más y confiriendo su sabor propio a toda la búsqueda y el servicio de la Iglesia en América Latina, particularmente en sus comunidades de base entre los pobres (17).

- los y liberándolos de esta esclavitud y de su egoísmo" (1156).
(Ver también: 13, 274, 280, 297, 333, 361, 474, 476, 488, 552, 701, 711, 1135, 1304).
- (18) "El gran ministerio o servicio que la Iglesia presta al mundo y a los hombres en él es la evangelización, ofrecida con hechos y palabras (ver DV 2), la Buena Nueva de que el Reino de Dios, Reino de justicia y de paz, llega a los hombres en Jesucristo" (679).
"(Esas opciones pastorales) exigen una Iglesia en proceso permanente de evangelización, una Iglesia evangelizada que escucha, profundiza y encarna la Palabra y una Iglesia evangelizadora que testimonia, proclama y celebra esa Palabra de Dios, el Evangelio, Jesucristo en la vida y ayuda a construir una nueva sociedad en total fidelidad a Cristo y al hombre en el Espíritu Santo, denunciando las situaciones de pecado, llamando a la conversión y comprometiendo a los creyentes en la acción transformadora del mundo" (1305).
(Ver también: 338 y 1283).
- (19) "Responsables del ministerio de la evangelización, nos preocupa cómo hacer llegar al hombre latinoamericano la Palabra de Dios, de tal modo que sea escuchada por él, asumida, encarnada, celebrada y transmitida a sus hermanos" (892).
(Ver también: 150, 224, 930, 994, 1114).
- (20) Doc., 85 y 404. Ver 439, 457, 1091-1092.
- (21) "Nos proponemos anunciar las verdades centrales de la Evangelización: CRISTO, nuestra esperanza, está en medio de nosotros, como enviado del Padre, animando con su Espíritu a la Iglesia y ofreciendo al hombre de hoy su palabra y su vida para llevarlo a su liberación integral" (166).
"El enunciado de los derechos fundamentales de la persona humana, hoy y en el futuro, es y será parte indispensable de la misión evangelizadora (de la Iglesia)" (1270).
(Ver también: 176-177, 267, 357-358, 1275, 1284).
- (22) Ver más arriba, los capítulos 6 b y 7 a, y: "El Pueblo de Dios es enviado a servir el crecimiento del Reino en los demás pueblos. Se le envía como Pueblo profético que anuncia el Evangelio o discierne las voces del Señor en la historia. Anuncia dónde se manifiesta la presencia de su Espíritu. Denuncia dónde opera el misterio de iniquidad, mediante hechos y estructuras que impiden una participación más fraternal en la construcción de la sociedad y en el goce de los bienes que Dios creó para todos" (267).
"(La Iglesia, mediante su dinamismo evangelizador) engendra la fe que es conversión del corazón, de la vida. . . Esta fe que también denuncia lo que se opone a la construcción del Reino, implica rupturas necesarias y a veces dolorosas" (358).
"Frente a la situación de pecado surge por parte de la Iglesia, el deber de denuncia que tiene que ser objetiva, valiente y evangélica; que no trata de condenar sino de salvar al culpable y a la víctima" (1269).
- (23) Ver: Lucas 4, 16-21; 7, 18-23; Hechos 2, 22; 10, 38-39; Juan 2, 11; 3, 1-2; 5, 31-38; 9, 16 y 29-33; 10, 22-26 y 36-38.
- (24) "Del modo más urgente, (la Iglesia) debería ser la escuela donde se eduquen hombres capaces de hacer historia, para impulsar eficazmente con Cristo la historia de nuestros pueblos hacia el Reino" (274).
"Para lograr la coherencia del testimonio de la comunidad cristiana en el empeño de liberación y de promoción humana, cada país y cada Iglesia particular organizará su pastoral social con medios permanentes y adecuados que sostengan y estimulen el compromiso comunitario. . ." (478).
"La Iglesia, además del anuncio de la dignidad de la persona humana, de sus derechos y deberes y de la denuncia de los atropellos al hombre, tiene que ejercer una acción de servicio como parte integrante de su misión evangelizadora y misionera. . ." (1283).
(Ver también: 4, 280, 333, 474, 552, 562, 624, 642, 706, 711, 799, 974-975, 1135, 1223, 1226, 1254 con su nota, 1268, 1284-1289, 1295; 1304-1305).
- (25) "En nuestra Iglesia de América Latina hay grande anhelo de relaciones más profundas y estables en la fe, sostenidas y animadas por la Palabra de Dios. Se ha intensificado la oración en común y el esfuerzo del pueblo por participar más consciente y fructuosamente en la liturgia. . . Se percibe un gran anhelo de justicia y un sincero sentido de solidaridad, en un ambiente social caracterizado por el avance del secularismo. . . La Iglesia en América Latina quiere seguir dando un testimonio de servicio desinteresado y abnegado, frente a un mundo dominado

La evangelización liberadora implica para la Iglesia, en primer lugar, que ella debe practicarla *con hechos y palabras* (18).

Palabras que encarnen el Mensaje de Jesús y lo actualicen como Palabra de Dios para estos hombres y estos pueblos (19). Lo cual exige, desde luego, la "adaptación dinámica, atractiva y convincente del Mensaje a los hombres de hoy", mediante ese indispensable "trasvasamiento del mensaje evangélico al lenguaje antropológico y a los símbolos de la cultura en la que se inserta (ver: EN 53, 62-63; GS 58. . .)" (20). Todo eso, para que la palabra evangelizadora pueda enseñar realmente el amor de Dios y la fuerza de su reinado que actúa entre los hombres; para que pueda revelar a estos mismos hombres la presencia de Jesucristo liberador en su vida humana y en su historia colectiva; para que a ellos les pueda hacer tomar conciencia de su dignidad de hijos de Dios y su responsabilidad de hermanos (21). Y para que ese anuncio evangélico no quede en el aire como declaración abstracta, o no suene falsa como ideología encubridora, deberá también denunciar el pecado, personal y social; denunciar todo lo que en los hombres, en las pautas culturales y en las estructuras sociales se opone al Reino, denigra al hombre y la convivencia humana, y por lo mismo, niega práctica-

mente al Dios de Jesucristo (22). Pero la expresión concreta y la verdad convincente le vienen a esa palabra evangelizadora, en definitiva, de los *hechos*. Como el mismo Jesús en su ministerio evangelizador (23), así la Iglesia debe acreditar e ilustrar concretamente su Mensaje del Reino con signos eficaces de su propio compromiso en el sufrimiento humano y con la causa de la liberación y de la vida. Hechos que, hoy en América Latina, la Iglesia debe mostrar en su servicio efectivo a la dignidad del hombre y a la liberación histórica del pueblo (24).

En segundo lugar, o como otra manera de expresar lo mismo, la evangelización liberadora requiere de la Iglesia y de todos los cristianos una búsqueda constante de coherencia entre fe, vida y compromiso; la búsqueda siempre renovada de *una síntesis viva de la fe, la justicia y el testimonio*. Síntesis viva de la fe, como amistad con Jesucristo, adhesión confiada al Padre y esperanza de su Reino, cultivadas en la oración y el contacto con la Palabra; con la justicia, como compromiso lúcido y abnegado de lucha solidaria por una sociedad igualitaria y fraterna; y con el testimonio de una calidad de vida y un estilo de convivencia más humanos —en la sencillez y el respeto mutuo, la comunión y participación— que deben vivirse y mostrarse desde ya (25).

por el afán de lucro, por el ansia de poder y por la explotación" (619-624).

"América Latina... necesita (hoy) de personas conscientes de su dignidad y responsabilidad histórica y de cristianos celosos de su identidad que, de acuerdo con su compromiso, sean constructores de un "mundo más justo, humano y habitable, que no se cierra en sí mismo, sino que se abre a Dios" (Juan Pablo II, Homilía Santo Domingo 3). . . Es el gran reto y servicio de la evangelización presente y futura de nuestro continente. . ." (864).

"Siendo el testimonio elemento primero de la evangelización. . . (EN 21, 49, 76), es necesario que esté siempre presente en la vida y en la acción evangelizadora de la Iglesia de manera que en el contexto de la vida latinoamericana sea un "signo" que conduzca al deseo de conocer la Buena Nueva y atestigüe la presencia del Señor entre nosotros. En la situación que viven nuestros pueblos, los frutos del Espíritu que constituyen el núcleo de nuestro testimonio, implican que tanto la Jerarquía como el Laicado y los Religiosos vivamos en una continua autocrítica, a la luz del Evangelio, a nivel personal, grupal y comunitario. . ." (971-972).

"(Debemos) tomar conciencia de la realidad y extensión del fenómeno de la no creencia, con miras a la purificación de la fe de los creyentes; a la coherencia entre fe y vida y a la colaboración "en verdadera paz, para la edificación del mundo" (GS 92)" (1126).

(Ver también: 274, 478, 552, 562, 642, 692-693, 706, 726-727, 747, 777, 796-799, 824, 827, 969, 974-975, 979, 1187-1188, 1254 con su nota, 1300-1301, 1304-1305).

(26) Ver: 1, 237, 250.

(27) "Este aspecto. . . fue subrayado por S.S. Juan Pablo II: "He deseado vivamente este encuentro con vosotros. . . , porque siendo pobres. . . sois los predilectos de Dios. El mismo, al fundar su familia, la Iglesia, tenía presente a la humanidad pobre y necesitada. Para redimirla envió precisamente a su Hijo que nació pobre y vivió entre los pobres para hacernos ricos en su pobreza (ver 2 Corintios 8,9)" (Alocución barrio Santa Cecilia)" (1143). (Ver también: 190-192, 198, 209, 222, 224, 348, 353, 1141-1143).

(28) "Debemos presentar a Jesús de Nazaret compartiendo la vida, las esperanzas y las angustias de su pueblo, y mostrar que El

es el Cristo creído, proclamado y celebrado por la Iglesia. A Jesús de Nazaret, consciente de su misión: anunciador y realizador del Reino, fundador de su Iglesia que tiene a Pedro por cimiento visible; a Jesucristo vivo, presente y actuante en su Iglesia y en la historia" (176-177).

"Cada bautizado se siente atraído por el Espíritu de Amor, quien le impulsa a salir de sí mismo, a abrirse a los hermanos y a vivir en comunidad. En la unión entre nosotros se hace presente el Señor Jesús resucitado que celebra su Pascua en América Latina" (564).

"El Espíritu de Jesús resucitado habita en su Iglesia. El es el Señor y dador de vida. Es la fuerza de Dios que empuja a su Iglesia hacia la plenitud; es su Amor, creador de comunión y de riqueza; es el Testigo de Jesús que nos envía, misioneros con la Iglesia, a dar testimonio de El entre los hombres" (1294).

(Ver también: 166, 196, 202, 206, 220, 224, 237, 243, 349, 361, 565, 932, 1141).

(29) "(La Iglesia) prolonga en la tierra, fiel a la ley de la encarnación visible, la presencia y acción evangelizadora de Cristo. . ." (224).

"El compromiso evangélico de la Iglesia, como ha dicho el Papa, debe ser como el de Cristo: un compromiso con los más necesitados (ver: Lucas 4,18-21; Discurso inaugural III,3). La Iglesia debe mirar, por consiguiente, a Cristo cuando se pregunta cuál ha de ser su acción evangelizadora. El Hijo de Dios demostró la grandeza de ese compromiso al hacerse hombre, pues se identificó con los hombres haciéndose uno de ellos, solidario con ellos y asumiendo la situación en que se encuentran, en su nacimiento, en su vida y, sobre todo, en su Pasión y muerte donde llegó a la máxima expresión de la pobreza (ver: Filipenses 2, 5-8; LG 8; EN 30; Medellín, Justicia 1 y 3)" (1141).

(Ver también: 83, 190, 263, 707, 733-734, 965, 1136, 1309 e, f).

(30) Doc., 642-643. Ver:

"La historia de la Iglesia es, fundamentalmente, la historia de la evangelización de un pueblo que vive en constante gestación, nace y se inserta en la existencia secular de las naciones. La Iglesia, al encarnarse... quiere servir. . . al mejor provenir de los pueblos latinoamericanos, a su liberación y crecimiento en todas las dimensiones de la vida" (4).

"No nos engañemos: los fieles humildes y sencillos, como por instinto evangélico

9. IGLESIA DE JESUCRISTO ENCARNADA ENTRE LOS POBRES

Después de esbozar las líneas maestras de la misión, continuamos con la perspectiva de EL PUEBLO: ¿de dónde surge la Iglesia? ¿en qué sectores tiene ella su base social? ¿desde dónde, históricamente, es anunciado el Evangelio liberador de Jesucristo? Puebla destaca aquí dos aspectos, que en la dinámica del Documento en su conjunto aparecen como inseparables: *La Iglesia nace de Jesucristo y debe encarnarse en el pueblo de los pobres.*

La Iglesia es obra del amor de Dios a la humanidad, nace de la vida y obra de Jesucristo y está animada por su Espíritu (26). Nació *una vez* del ministerio y el destino histórico de Jesús de Nazaret y de su Pascua. Él, nacido y criado pobre entre los pobres, de entre los pobres llama en Galilea a sus primeros discípulos; a ellos los va formando como compañeros de su ministerio itinerante, haciéndolos compartir su prestigio ante las masas marginadas y su camino de la cruz. Luego, como Mesías resucitado, al mismo grupo de discípulos lo envía con la fuerza de su Espíritu a continuar su misión, constituyendo a esa "comunidad de base" como núcleo inicial y fundamento del nuevo Pueblo de Dios, universal y escatológico (27). La Iglesia del Resucitado debe recordar en su fe y seguir en su

práctica el camino histórico de Jesús, como Mesías de los pobres y Profeta crucificado. Pero Jesucristo está no sólo en el comienzo histórico de la Iglesia, como su Fundador y modelo normativo, sino que constituye *hoy*, como Cristo resucitado y mediante su Espíritu, el centro viviente de la misma Iglesia, la fuente inagotable de su amor y su esperanza y el sujeto principal de su misión, en medio de los dolores y las luchas de la historia (28).

Porque ése es su origen histórico y ése su centro viviente, *hoy en América Latina*, la Iglesia "busca encarnarse en los medios populares del continente", entre los pobres y los marginados de la tierra, donde se encarnó y cumplió una vez su ministerio el mismo Jesucristo (29). Por eso, aquí y ahora, en especial con el surgimiento y la extensión de las comunidades de base, la Iglesia nace de la respuesta de fe que el pueblo de los pobres da a su Mesías y Señor. "Los cristianos unidos en comunidad eclesial de base, fomentando su adhesión a Cristo, procuran una vida más evangélica en el seno del pueblo... Las comunidades eclesiales de base son expresión del amor preferente de la Iglesia por el pueblo sencillo; en ellas se expresa, valora y purifica su religiosidad y se le da posibilidad concreta de participación en la tarea eclesial y en el compromiso de transformar el mundo" (30). En este sentido destaca Puebla la figura de María, como Madre y modelo inspirador

- captan espontáneamente cuándo se sirve en la Iglesia al Evangelio y cuándo se lo vacía y asfixia con otros intereses (ver: Juan Pablo II, Discurso inaugural III,6)" (489).
"Comprobamos que Episcopados Nacionales y numerosos sectores de laicos, religiosos, religiosas y sacerdotes han hecho más hondo y realista su compromiso con los pobres. . . Los pobres, también alentados por la Iglesia, han comenzado a organizarse para una vivencia integral de su fe y por tanto, para reclamar sus derechos" (1136-1137).
(Ver también: 234, 263, 330, 400, 436-437, 448, 648, 1147).
- (31) Ver más arriba, en la 1a. parte, las notas 24 y 42, y:
"En nuestros pueblos, el Evangelio ha sido anunciado, presentando a la Virgen María como su realización más alta. . . El pueblo creyente reconoce en la Iglesia la familia que tiene por madre a la Madre de Dios. En la Iglesia confirma su instinto evangélico según el cual María es el modelo perfecto del cristiano, la imagen ideal de la Iglesia" (282-285).
"María es reconocida como modelo extraordinario de la Iglesia en el orden de la fe (ver Marcos 3, 31-34). Ella es la creyente en quien resplandece la fe como don, apertura, respuesta y fidelidad. Es la perfecta discípula que se abre a la Palabra y se deja penetrar por su dinamismo. . ." (296).
(Ver también: 287-288, 291-293, 297, 303, 1144).
- (32) Ver más arriba, los capítulos 2 y 3.
- (33) Doc., 330 y 1137. Ver:
"Debemos presentar a Jesús de Nazaret compartiendo la vida, las esperanzas y las angustias de su pueblo y mostrar que El es el Cristo creído, proclamado y celebrado por la Iglesia" (176).
"Jesucristo, exaltado, no se ha apartado de nosotros; vive en medio de su Iglesia. . . está presente entre los que se reúnen en su Nombre (ver Mateo 18,20) y en la persona de sus pastores enviados (ver Mateo 10,40; 28, 19-20) y ha querido identificarse con ternura especial con los más débiles y pobres (ver Mateo 25,40)" (196).
"No todos en la Iglesia de América Latina nos hemos comprometido suficientemente con los pobres. . . Su servicio exige, en efecto, una conversión y purificación constantes, en todos los cristianos, para el logro de una identificación cada día más plena con Cristo pobre y con los pobres" (1140).
(Ver también: 452, 489, 643, 648, 1147).
- (34) "El problema de la "Iglesia popular", que nace del Pueblo, presenta diversos aspectos. Si se entiende como una Iglesia que busca encarnarse en los medios populares del continente y que, por lo mismo surge de la respuesta de fe que esos grupos den al Señor, se evita el primer obstáculo: la aparente negación de la verdad fundamental que enseña que la Iglesia nace siempre de una primera iniciativa "desde arriba"; del Espíritu que la suscita y del Señor que la convoca. Pero el nombre parece poco afortunado. Sin embargo, la "Iglesia popular" aparece como distinta de "otra", identificada con la Iglesia "oficial" o "institucional", a la que se acusa de "alienante". Esto implicaría una división en el seno de la Iglesia y una inaceptable negación de la función de la jerarquía. Dichas posiciones, según Juan Pablo II, podrían estar inspiradas por conocidos condicionamientos ideológicos (ver Discurso inaugural I,8)" (263).
- (35) Ver más arriba, el capítulo 3.

de la Iglesia en el orden de la fe y del seguimiento práctico de Jesús (31).

La Iglesia es enviada y alentada para ser en la historia el cuerpo visible y el sacramento liberador de Jesucristo. También los pobres son para la fe evangélica cuerpo visible y sacramento de Jesucristo. Los pobres como personas y familias necesitadas, con su vida y sufrimiento cotidianos, y los pobres como pueblo, con su historia colectiva de pasión y de liberación (32). Por eso se nos llama a confesar que "Jesucristo (está) viviente (hoy) en su Iglesia sobre todo entre los más pobres", allí donde "los (mismos) pobres han comenzado a organizarse para una vivencia integral de su fe y por tanto, para reclamar sus derechos" (33).

De esta manera pienso que se aclara el significado auténtico de las fórmulas "Iglesia popular" o "Iglesia que nace del pueblo" (34). Para disipar malentendidos, aquí me parece útil explicitar todavía *dos distinciones*:

1a.) Entre el nivel teo-lógico o cristológico, y el nivel sociológico. En el primer nivel, hay que decir que la Iglesia no nace del pueblo ni de iniciativa humana alguna, sino del amor soberano de Dios, de la obra de Jesucristo y de su Espíritu; y en este sentido la Iglesia nace "desde arriba". En el segundo nivel, en cambio, hay que decir que la misma Iglesia de Jesucristo —la única— nace del pueblo de los pobres y no de los sectores dominantes de la sociedad; y en este sentido la Iglesia nace "desde abajo", porque ésa ha sido y es de hecho la ley de la encarnación de Dios en la historia de los hombres. Con esto último, no se niega que también la gente de los sectores dominantes tenga su lugar en la Iglesia; pero a condición de que se conviertan, no sólo en lo personal (como se nos pide a ricos y a pobres), sino en lo social, dejando por lo mismo de pertenecer funcionalmente a los sectores que ejercen dominación sobre las mayorías pobres.

2a.) Dentro de la misma Iglesia con sus diferentes situaciones y funciones, la distinción entre el nivel de la vocación y el nivel de la institución. En el primer nivel, hay que decir que la Iglesia no nace del pueblo por sí solo o espontáneamente, sino del pueblo mediante la misión y la convocatoria del ministerio apostólico; y en este sentido la Iglesia nace de la Palabra o del llamado de Dios por medio de sus enviados. En el segundo nivel, en cambio, hay que decir que la misma Iglesia nace del pueblo, nace de la respuesta de fe del pueblo creyente en sus comunidades de base, y no de la planificación y administración de las cúpulas eclesiológicas. Con esto último tampoco se niega que las curias eclesiológicas tengan una función pastoral en la génesis actual o la encarnación popular de la Iglesia; pero a condición de que tengan sus raíces o sus antenas en la realidad del pueblo de los pobres, y funcionen al servicio de la Iglesia que crece en y desde esa realidad (35).

Los Obispos en Puebla son bien conscientes de que esas condiciones están lejos de cumplirse siempre entre nosotros. Especialmente por los cristianos laicos de los sectores dominantes, pero también por los mismos agentes pastorales de la Iglesia, como personas y como institución. Por eso, el Documento no se queda aquí en puras afirmaciones doctrinales o en la mera ponderación del camino ya recorrido, sino que insiste en que la Iglesia, en América Latina, *debe seguir pasando del lugar social de los pudientes al lugar de los pobres*. Porque efectivamente, si ésa es la esencia cristológica y la dinámica espiritual de la Iglesia, la realización histórica de la misma Iglesia no siempre y en todas partes ha sido consecuente con esa esencia. Y hoy en América Latina, nuestras Iglesias concretas están urgidas por fidelidad evangélica a desplazar más efectivamente su centro social del lugar de los pudientes al lugar de los pobres. Están urgidas a seguir pasando de la asimilación y la complicidad, más o menos inconscientes, con los sec-

- (36) "La Iglesia ha intensificado su compromiso con los sectores desposeídos, abogando por su promoción integral, lo cual produce en algunos la impresión de que ella deja de lado a las clases pudientes. Subraya mejor el valor evangélico de la pobreza que nos hace disponibles para construir un mundo más justo y más fraterno. Siente vivamente la situación penosa de los desposeídos de lo necesario para una vida digna. Invita a todos a transformar su mente y sus corazones, según la escala de valores del Evangelio" (147-148).
 "La instrumentalización (de la Iglesia)... puede provenir de los propios cristianos y aun de sacerdotes y religiosos, cuando anuncian un Evangelio sin incidencias económicas, sociales, culturales y políticas. En la práctica, esta mutilación equivale a cierta colusión —aunque inconsciente— con el orden establecido" (558).
 "(En nuestra Iglesia de América Latina) se percibe un gran anhelo de justicia y un sincero sentido de solidaridad. . . La Iglesia, poco a poco, se ha ido desligando de quienes detentan el poder económico o político, librándose de dependencias y prescindiendo de privilegios. La Iglesia en América Latina quiere seguir dando un testimonio de servicio desinteresado y abnegado, frente a un mundo dominado por el afán de lucro, por el ansia de poder y por la explotación" (622-624).
 "La Iglesia, a través de innumerables sacerdotes, religiosos, religiosas, misioneros y laicos, ha estado presente entre los más pobres y necesitados, predicando el Mensaje y realizando la caridad que el Espíritu difunde en ella para la promoción integral del hombre. . . Sin embargo, no todos los miembros de la Iglesia han sido respetuosos del hombre y de su cultura; muchos han mostrado una fe poco vigorosa para vencer su egoísmo, su individualismo y su apego a las riquezas, obrando injustamente y lesionando la unidad de la sociedad y de la misma Iglesia" (965-966).
 "Volvemos a tomar, con renovada esperanza en la fuerza vivificante del Espíritu, la posición de la II Conferencia General que hizo (en Medellín) una clara y profética opción preferencial y solidaria por los pobres. . . Afirmamos la necesidad de conversión de toda la Iglesia para una opción preferencial por los pobres, con miras a su liberación integral. . . No todos en la Iglesia de América Latina nos hemos comprometido suficientemente con los pobres; no siempre nos preocupamos por ellos y somos solidarios con ellos. Su servicio exige, en efecto, una conversión y

purificación constantes, en todos los cristianos, para el logro de una identificación cada día más plena con Cristo pobre y con los pobres" (1134. . . 1140).
 (Ver también: Mensaje, 3; Doc., 83, 92, 144, 268, 733-734, 1141-1144, 1147).

- (37) "Sobre todo es importante que, en comunidad, revisemos nuestra comunión y participación con los pobres, los humildes y sencillos. Será, por tanto, necesario escucharlos, acoger lo más profundo de sus aspiraciones, valorizar, discernir, alentar, corregir, dejando que el Señor nos guíe para hacer efectiva la unidad con ellos en un mismo cuerpo y en un mismo espíritu. Esto nos pide una oración más asidua, meditación más profunda de la Escritura, despojo íntimo y efectivo según el Evangelio de nuestros privilegios, modos de pensar, ideologías, relaciones preferenciales y bienes materiales. . . una mayor sencillez de vida. . ." (974-975).
 "El compromiso con los pobres y los oprimidos y el surgimiento de las Comunidades de Base han ayudado a la Iglesia a descubrir el potencial evangelizador de los pobres, en cuanto la interpelan constantemente, llamándola a la conversión y por cuanto muchos de ellos realizan en su vida los valores evangélicos de solidaridad, servicio, sencillez y disponibilidad para acoger el don de Dios" (1147).
 "Esta conversión lleva consigo la exigencia de un estilo austero de vida y una total confianza en el Señor, ya que en la acción evangelizadora la Iglesia contará más con el ser y el poder de Dios y de su gracia que con el "tener más" y el poder secular. Así, presentará una imagen auténticamente pobre, abierta a Dios y al her-servicio, sencillez y disponibilidad para acoger el don de Dios" (1147).
 "Esta conversión lleva consigo la exigencia de un estilo austero de vida y una total confianza en el Señor, ya que en la acción evangelizadora la Iglesia contará más con el ser y el poder de Dios y de su gracia que con el "tener más" y el poder secular. Así, presentará una imagen auténticamente pobre, abierta a Dios y al hermano, siempre disponible, donde los pobres tienen capacidad real de participación y son reconocidos en su valor" (1158).
 (Ver también: 92, 131, 141-143, 148-149, 279, 400, 436, 439, 457, 706-707, 886, 899, 937, 996, 1043, 1091, 1094, 1130, 1140, 1154, 1164, 1180, 1184).

tores dominantes a la asimilación y el compromiso, por opción evangélica, con las mayorías oprimidas (36).

La Iglesia está hoy llamada a *convertirse a los pobres* de nuestra tierra. Está llamada a dejarse "domesticar" por los pobres, compartiendo en su propio cuerpo el sufrimiento y las luchas del pueblo, asimilando su cultura y su fe vivida. Lo cual implica para la Iglesia revisar profundamente sus estructuras, sus modos de pensar y sus prácticas, así como la vida concreta de sus miembros, y en especial de sus agentes más representativos. Todo esto, a fin de que los pobres puedan encontrar en la Iglesia su propio hogar, como pueblo oprimido y creyente; a fin de que puedan encontrar en ella la expresión de su propia fe y de su esperanza, la realización anticipada de sus propios anhelos de libertad, fraternidad y participación. Sólo de ese modo podrá la Iglesia ser para los mismos pobres el lugar donde se purifique su religiosidad y se evan-

gelicen sus anhelos y sus luchas de liberación humana (37).

En efecto, la ubicación social de la Iglesia con los pobres y el compromiso con su causa histórica, confieren *una perspectiva y un contenido más concretos a su misión como evangelización liberadora.*

Como proclamación y denuncia, *la Palabra* del Evangelio es "Buena Noticia" para los pobres. *A los pobres* se les declara bienaventurados porque Dios es un Rey justo y un Padre bondadoso que está cansado de verlos sufrir. En adelante ellos ya no serán pobres y oprimidos, porque Dios viene a implantar su reinado (Sinópticos), porque Dios viene a establecer entre todos sus hijos una verdadera comunión (Juan). Si ése es el Evangelio de Jesús, también "la Iglesia... es consagrada en Cristo por el Espíritu, enviada a predicar la Buena Nueva a los pobres y a buscar y salvar lo que estaba perdido (ver Lucas 4, 18 y 19, 10)"; "Es

(38) Doc., 361, 1142 y 711.
(Ver también: 365-366, 382, 707, 733, 965, 1130, 1135, 1141-1142).

(39) Doc., 1156 y 466. Ver más arriba, los capítulos 3 y 6 b.
(Ver también: 436, 452, 457, 469, 965, 1129, 1144).

(40) Doc., 1147. Ver:

"Es conmovedor sentir en el alma del pueblo la riqueza espiritual desbordante de fe, esperanza y amor. En este sentido, América Latina es un ejemplo para los demás continentes y mañana podrá extender su sublime vocación misionera, más allá de sus fronteras" (Mensaje 3).

"La Iglesia... en su tarea de evangelizar... experimenta un enfrentamiento radical con (el) movimiento secularista. Ve en él una amenaza a la fe y a la misma cultura de nuestros pueblos latinoamericanos. Por eso, uno de los fundamentales cometidos del nuevo impulso evangelizador ha de ser actualizar y reorganizar el anuncio del contenido de la evangelización partiendo de la misma fe de nuestros pueblos... Se ha señalado la incoherencia entre la cultura de nuestros pueblos, cuyos valores están impregnados de fe cristiana, y la condición de pobreza en que a menudo permanecen retenidos injustamente. Sin duda las situaciones de injusticia y de pobreza aguda son un índice acusador de que la fe no ha tenido la fuerza necesaria para penetrar los criterios y las decisiones de los sectores responsables del liderazgo ideológico y de la organización de la convivencia social y económica de nuestros pueblos... La Iglesia llama, pues, a una renovada conversión en el plano de los valores culturales, para que desde allí se impregnen las estructuras de convivencia con espíritu evangélico" (436-438).

"La religiosidad popular no solamente es objeto de evangelización sino que, en cuanto contiene encarnada la Palabra de Dios, es una forma activa con la cual el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo" (450).

"Así aparece palpable en América Latina la pobreza como sello que marca a las inmensas mayorías, las cuales al mismo tiempo están abiertas, no sólo a las Bienaventuranzas y a la predilección del Padre, sino a la posibilidad de ser los verdaderos protagonistas de su propio desarrollo" (1129).

(Ver también: 148, 268, 362, 452, 1147, 1156).

(41) Mensaje 3. Ver más arriba, los capítulos 3 (nota 32), 6b y 7a, y:

"(Actualmente en América Latina, la Iglesia) subraya mejor el valor evangélico de la pobreza que nos hace disponibles para construir un mundo más justo y más fraterno. Siente vivamente la situación penosa de los desposeídos de lo necesario para una vida digna. Invita a todos a transformar su mente y sus corazones según la escala de valores del Evangelio" (148).

"La voz colectiva de los Episcopados que ha ido despertando interés creciente en la opinión pública, encuentra, sin embargo, frecuentemente reservas en ciertos sectores de poca sensibilidad social, lo cual es un signo de que la Iglesia está ocupando su puesto de Madre y Maestra de todos" (160).

"Comprobamos que Episcopados Nacionales y numerosos sectores de laicos, religiosos, religiosas y sacerdotes han hecho más hondo y realista su compromiso con los pobres. Este testimonio incipiente, pero real, condujo a la Iglesia latinoamericana a la denuncia de las graves injusticias derivadas de mecanismos opresores" (1136).

(Ver también: 149, 362-363, 436).

(42) Mensaje 3 y Doc. 1156.

así como los pobres son los primeros destinatarios de la misión y su evangelización es por excelencia señal y prueba de la misión de Jesús (ver Lucas 4, 18-21 y 7, 21-23)". Por eso entre nosotros, la Iglesia evangelizadora y sus ministros deben llevar la Buena Nueva "muy especialmente a los más necesitados: obreros, campesinos, indígenas, grupos afroamericanos..." (38). En esos sectores pobres, mayoritarios en nuestros países, el anuncio del Evangelio debe liberar la fe y la cultura populares, las que a menudo se hallan bloqueadas por resabios de fatalismo pagano, o más bien, se hallan cautivas y alienadas por la imposición de la cultura y la ideología dominantes. El Evangelio debe "liberar al pobre de ser individualista en su vida y de ser atraído y seducido por los falsos ideales de una sociedad de consumo". Debe liberar la fe y la cultura de nuestro pueblo, para que a partir de un nuevo encuentro con Jesucristo Liberador, despierten la conciencia de su dignidad humana, asuman los valores positivos de la civilización urbano-industrial en una síntesis creyente e inspiren la solidaridad en las luchas de liberación. "En esta perspectiva (el ministerio evangelizador deberá procurar que) la fe desarrolle una personalización creciente y una solidaridad liberadora. Fe que alimente una espiritualidad capaz de asegurar la dimensión contemplativa, de gratitud frente a Dios y de encuentro poético, sapiencial, con la creación. Fe que sea fuente de alegría popular y motivo de fiesta aun en situaciones de sufrimiento". (39).

Pero el Evangelio no sólo ha de ser anunciado a los pobres. Ellos no son solamente los primeros destinatarios de la evangelización liberadora, sino que están llamados a ser los sujetos y portadores privilegiados de la misma. Y efectivamente, entre nosotros en América Latina, "el compromiso con los pobres y los oprimidos y el surgimiento de las comunidades de base han ayudado a la Iglesia a descubrir el potencial evangelizador de los pobres". En la cultura y la religiosidad del

pueblo de los pobres —impregnadas de Evangelio— reconoce Puebla las reservas de humanidad y de fe necesarias para liberar y transformar con la fuerza de Cristo la sociedad global, con sus padrones culturales y sus estructuras de convivencia (40). Por eso, *desde los pobres* y por una Iglesia de los pobres, el Evangelio es anunciado a todos los hombres: a los mismos pobres, primeramente, pero también a los hombres de toda clase y condición social. El amor salvador del Padre no excluye a los pudientes, ni menos requiere la justicia de su Reino la destrucción de los opresores. Sólo que —como sucedió en su tiempo con la predicación de Jesús— para los sectores dominantes de nuestra sociedad es normal que las palabras del Mensaje resuenen primeramente como denuncia de las idolatrías que impregnan su vida y de la miseria que injustamente ellos hacen sufrir a los pobres. Es normal que la proclamación renovada del Evangelio por una Iglesia más encarnada entre los pobres, resuene para esos sectores dominantes antes que nada como "serias y oportunas advertencias" (41): "¡Ay de vosotros, los ricos...!" "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos...!" "¡Qué difícil será para los que poseen riquezas entrar en el Reino de Dios!" Como en tiempos de Jesús, el Reino no excluye entre nosotros a los ricos y los opresores; pero a condición de que se desprendan de su riqueza, dejen de oprimir a sus semejantes y pasen a "aceptar y asumir la causa de los pobres, como si estuviesen aceptando y asumiendo su propia causa, la causa misma de Cristo". En este sentido, "el testimonio de una Iglesia pobre puede evangelizar a los ricos que tienen su corazón apegado a las riquezas, convirtiéndolos y liberándolos de esta esclavitud y de su egoísmo" (42).

Por último, Puebla reconoce que esta conversión de la Iglesia a los pobres; este surgimiento de una Iglesia de los mismos pobres, solidaria de la pasión y las luchas del pueblo oprimido; hacen inevitables para la misma Iglesia *la persecución y los*

- (43) Doc., 1138-1140.
- (44) "La conciencia de la misión evangelizadora de la Iglesia la ha llevado a publicar en estos últimos diez años, numerosos documentos pastorales sobre la justicia social; a crear organismos de solidaridad con los que sufren, de denuncia de los atropellos y de defensa de los derechos humanos; a alentar la opción de sacerdotes y religiosos por los pobres y marginados; a soportar en sus miembros la persecución y, a veces, la muerte, en testimonio de su misión profética. Sin duda falta mucho por hacer, para que la Iglesia se muestre más unida y solidaria. . ." (92).
(Ver también: 160, 268, 668, 1017, 1094, 1138-1139).
- (45) "La secularización. . . ha degenerado con frecuencia en la pérdida de valor de lo religioso o en un secularismo que da las espaldas a Dios y le niega la presencia en la vida pública. La imagen de la Iglesia como aliada de los poderes de este mundo ha cambiado en la mayoría de nuestros países. Su firme defensa de los derechos humanos y su compromiso por una promoción social real la han acercado al pueblo aunque por otra parte, ha sido objeto de incompreensión o alejamiento por parte de algunos grupos sociales" (83).
"No todos los miembros de la Iglesia han sido respetuosos del hombre y de su cultura; muchos han mostrado una fe poco vigorosa para vencer sus egoísmos, su individualismo y su apego a las riquezas, obrando injustamente y lesionando la unidad de la sociedad y de la misma Iglesia" (966).
(Ver también: Mensaje, 4; Doc., 79, 147, 160, 735, 780, 1138-1139).
- (46) "Acicateada por las contradicciones y desgarramientos de aquellos tiempos fundadores y en medio de un gigantesco proceso de dominaciones y cultura, aún no concluido, la evangelización constituyente de América Latina es uno de los capítulos relevantes de la historia de la Iglesia. . . Nuestro radical sustrato católico con sus vitales formas vigentes de religiosidad, fue establecido y dinamizado por una vasta legión misionera de obispos, religiosos y laicos. Está ante todo la labor de nuestros santos. . . quienes nos enseñan que, superando las debilidades y cobardías de los hombres que los rodeaban y a veces los perseguían, el Evangelio, en su plenitud de gracia y amor, se vivió y se puede vivir en América Latina como signo de grandeza espiritual y de verdad divina. Intrépidos luchadores por la justicia, evangelizadores de la paz, . . . que defendieron a los indios ante conquistadores y encomenderos, incluso hasta la muerte, como el obispo Antonio Valdivieso, demuestran, con la evidencia de los hechos, cómo la Iglesia promueve la dignidad y libertad del hombre latinoamericano. . . Esto será para nosotros, los cristianos de hoy, un desafío a fin de que sepamos estar a la altura de lo mejor de nuestra historia y seamos capaces de responder, con fidelidad creadora, a los retos de nuestro tiempo latinoamericano" (6-10).
"La voz colectiva de los Episcopados. . . encuentra frecuentemente reservas en ciertos sectores de poca sensibilidad social. . . De cualquier manera, la Iglesia debe estar dispuesta a asumir con valor y alegría las consecuencias de su misión, que el mundo nunca aceptará sin resistencia" (160-161).
(Ver también: 92, 383, 668).
- (47) Ver: Mateo 10, 16-42; Juan 12, 23-25; 15, 18 - 16, 4.
- (48) Ver: Marcos 2, 1 - 3, 6; Lucas 22, 66 - 23, 5; Juan 11, 45-53; 18, 28 - 19, 19.
(Ver también: Medellín, Paz, 6).
- (49) Ver más arriba, el capítulo 2 y su nota 24.

conflictos internos. "La denuncia profética de la Iglesia y sus compromisos concretos con el pobre le han traído, en no pocos casos, persecuciones y vejaciones de diversa índole: los mismos pobres han sido las primeras víctimas de dichas vejaciones. Todo ello ha producido tensiones y conflictos dentro y fuera de la Iglesia. Con frecuencia se le ha acusado, sea de estar con los poderes socio-económicos y políticos, sea de una peligrosa desviación ideológica marxista. No todos en la Iglesia de América Latina nos hemos comprometido suficientemente con los pobres; no siempre nos preocupamos por ellos y somos solidarios con ellos . . ." (43).

La persecución, porque ella debe compartir la represión que sufre el pueblo de los pobres en todas sus organizaciones y movimientos, y más especialmente, porque su testimonio evangélico se hace cuestionante para la buena conciencia de los grupos dominantes y peligroso para la seguridad del sistema de dominación (44). Los conflictos internos, porque es la misma Iglesia, como institución, la que se encuentra por un lado implantada y asimilada entre los grupos dominantes, y por otro lado, cada vez más encarnada en las mayorías populares y comprometida con su causa (45). Por eso, ahora como en sus "tiempos fundadores",

nuestra Iglesia latinoamericana conoce la persecución y los conflictos internos, como dos dimensiones inseparables de un mismo *camino de la cruz* en seguimiento de Jesucristo y fidelidad a su misión evangelizadora (46). Así vamos aprendiendo, dolorosamente, que también en esto "el discípulo no es más que su Maestro" (47). Las comunidades eclesiales populares suelen ser reprimidas y los pastores de mayor compromiso profético, perseguidos, por el mismo tipo de poderes que llevaron a Jesús hasta la muerte de cruz y, fundamentalmente, por las mismas razones. También entre nosotros, los poderosos lo hacen con la intención de defender el "orden" social establecido y la religión "tradicional" (48). Pero la Iglesia encarnada en el pueblo oprimido da testimonio —como Jesús de Nazaret— de otra justicia y, más radicalmente, de otro Dios. Es el Dios de los pobres, de los marginados, de los simples; el Dios "que depone de su trono a los poderosos y levanta a los humildes", el Padre que resucitó al mismo Jesús de entre los muertos (49). Por eso, el mismo camino del conflicto, la persecución y el martirio, lleva a nuestras Iglesias a reafirmar su compromiso, a radicalizar su fe en la vida y su esperanza en la resurrección de los muertos: "¡No teman, yo he vencido al mundo!" (Juan 16, 33).

- (50) "El mensaje de Jesús tiene su centro en la proclamación del Reino que en El mismo se hace presente y viene. Este Reino, sin ser una realidad desligable de la Iglesia (LG 8), trasciende sus límites visibles (ver LG 5). Porque se da en cierto modo donde quiera que Dios esté reinando mediante su gracia y amor, venciendo el pecado y ayudando a los hombres a crecer hacia la gran comunión que les ofrece en Cristo. . . La Iglesia (ha) recibido la misión de anunciar e instaurar el Reino (ver LG 5) en todos los pueblos. Ella es su signo. En ella se manifiesta, de modo visible, lo que Dios está llevando a cabo, silenciosamente en el mundo entero. Es el lugar donde se concentra al máximo la acción del Padre, que en la fuerza del Espíritu de Amor, busca solícito a los hombres, para compartir con ellos —en gesto de indecible ternura— su propia vida trinitaria. . . (La Iglesia) "ya constituye en la tierra el germen y principio de ese Reino" (LG 5). Germen que deberá crecer en la historia, bajo el influjo del Espíritu, hasta el día en que "Dios sea todo en todos" (1 Corintios 15,28). Hasta entonces, la Iglesia permanecerá perfectible bajo muchos aspectos, permanentemente necesitada de auto-evangelización, de mayor conversión y purificación (ver LG 8)" (226-228).
- (51) Ver más arriba, el capítulo 6a, y:
 "Por Cristo, con El y en El, entramos a participar en la comunión de Dios. No hay otro camino que lleve al Padre. Al vivir en Cristo, llegamos a ser su cuerpo místico, su pueblo, pueblo de hermanos unidos por el amor que derrama en nuestros corazones el Espíritu. Esta es la comunión a la que el Padre nos llama por Cristo y su Espíritu. A ella se orienta toda la historia de la salvación y en ella se consuma el designio de amor del Padre que nos creó" (214).
 "En esto consiste el "misterio" de la Iglesia: es una realidad humana, formada por hombres limitados y pobres, pero penetrada por la insondable presencia y fuerza del Dios Trino que en ella resplandece, convoca y salva. (ver LG 4, 8; SC 2)" (230).
 "El fuego que vivifica la Familia de Dios es el Espíritu Santo. El suscita la comunión de fe, esperanza y caridad que constituye como su alma invisible, su dimensión más profunda, raíz del compartir cristiano a otros niveles. . . La capacidad de compartir, será signo de la profundidad de la comunión interior y de su credibilidad hacia afuera (ver Juan 17, 21). . ." (243).
- (Ver también: 167, 227, 240-241, 564, 638, 744, 747, 752, 852).
- (52) "Para los mismos cristianos, la Iglesia debería convertirse en el lugar donde aprenden a vivir la fe experimentándola y descubriéndola encarnada en otros. Del modo más urgente, debería ser la escuela donde se eduquen hombres capaces de hacer historia, para impulsar eficazmente con Cristo la historia de nuestros pueblos hacia el Reino" (274).
 "(La Iglesia, mediante su dinamismo evangelizador. . .) conduce al ingreso en la comunidad de los fieles que perseveran en la oración, en la convivencia fraterna y celebran la fe y los sacramentos de la fe, cuya cumbre es la Eucaristía (ver Hechos 2,42)" (359).
 "En general, en nuestra Iglesia de América Latina hay grande anhelo de relaciones más profundas y estables en la fe, sostenidas y animadas por la Palabra de Dios. Se ha intensificado la oración en común y el esfuerzo del pueblo por participar más consciente y fructuosamente en la liturgia. Comprobamos un crecimiento en la corresponsabilidad de los fieles tanto en la organización como en la acción pastoral" (619-620).
 "En profunda comunicación con sus hermanos laicos y con los Pastores, en los cuales ve a sus maestros en la fe, el laico contribuye a construir la Iglesia como comunidad de fe, de oración, de caridad fraterna y lo hace por la catequesis, por la vida sacramental, por la ayuda a los hermanos. De allí la multiplicidad de formas de apostolado. . ." (788).
 (Ver también: 125, 233, 235, 239-240, 243, 378, 381, 564-566, 640, 727, 744, 747, 894, 927-928, 958, 992-993, 999, 1005, 1184-1185, 1187, 1253, 1309).
- (53) "(Debemos) celebrar la fe en la Liturgia como encuentro con Dios y con los hermanos, como fiesta de comunión eclesial, como fortalecimiento en nuestro peregrinar y como compromiso de nuestra vida cristiana. . ." (939).
 "A los hijos de la Iglesia que se empeñan en puestos de avanzada queremos transmitirles nuestra confianza en su acción, haciendo de ellos nuestros mensajeros de nuevas esperanzas. Sabemos que en el Evangelio, en la oración y en la Eucaristía, tratarán de encontrar la fuente para constantes revisiones de vida y la fuerza de Dios para su acción transformadora" (1253).

10. IGLESIA COMUNION DE DIOS VIVIDA EN COMUNIDADES DE HERMANOS

En esta tercera parte sobre la Iglesia, hemos comenzado con la perspectiva de la misión, continuamos con la del pueblo y ahora concluimos con la perspectiva de LA COMUNIDAD: ¿cuál es el secreto más profundo de la vida de la Iglesia? ¿cómo lo vive y lo expresa ella en su propia convivencia? ¿cuál es la importancia de que la Iglesia haga presente esa forma de convivencia en medio del pueblo? También aquí destaca Puebla dos aspectos, que aparecen inseparables: *La Iglesia es don de comunión de Dios y debe realizarse en comunidades de hermanos.*

La Iglesia, continuando la misión de Jesús, anuncia y hace presente *el Reino de Dios*. Lo hace poniendo su tienda, como El, entre los pobres de la tierra. Sus comunidades —como el grupo de los discípulos en torno al Maestro de Nazaret, y más aún, como la comunidad transformada por el Espíritu del Resucitado— constituyen ya una realización densa y significativa del mismo Reino, en medio del pueblo y para dinamizar su historia hacia el Reino definitivo y universal. La Iglesia no es el único espacio ni el único instrumento del Reino en la historia. Pero sus comunidades viven ya esa nueva *comunión de Dios con los hombres y de los hombres entre sí*, que constituye el contenido más esencial del Reino. La viven imperfectamente, en el claroscuro de

la fe y con las deficiencias del pecado, pero en forma real (50). Este es el secreto más profundo de la vida de la Iglesia: *la vida misma de Jesucristo* resucitado, que se nos comunica por el Espíritu, haciéndonos compartir su propia comunicación de Hijo con el Padre, y por lo mismo, haciéndonos entre nosotros radicalmente hermanos. Por eso la Iglesia —desde su raíz más profunda— es gracia, es don del Padre que comparte su propia alegría con sus hijos, congregándolos como hermanos en torno a su propia mesa (51).

Esta gracia de Dios, nosotros tenemos que “hacerla verdad” *en la vida concreta* de la Iglesia y de cada comunidad cristiana. Con la participación de todos, nosotros los creyentes tenemos que “construir” la Iglesia: en el encuentro y el compartir fraternos, en la formación de la fe y la oración, en la misión evangelizadora y el servicio solidario. Allí la masa de los hombres va haciéndose pueblo de hermanos, allí el pueblo va encontrándose con su Dios (52). De modo especial, cuando la comunidad eclesial se reúne para celebrar *la liturgia* y hacer oración: oración de súplica o de alabanza gratuita, con la palabra y el silencio, con el canto y los gestos. Son los momentos en que el pueblo se encuentra conscientemente con su Dios, descansa en El, se goza en su presencia, escucha su Palabra y comparte el pan y la bebida que necesita para seguir caminando, con mayor fortaleza y coherencia evangélica (53).

- (Ver también: 101, 251-252, 359, 566-567, 619, 640, 662, 727, 798, 894-895, 906-907, 918, 921-923, 925, 932, 957-958, 1225).
- (54) Doc., 567. (Ver también: 167, 274, 1133, 1295).
- (55) Ver más arriba, la nota 50, y:
 "El Pueblo de Dios, como Sacramento universal de salvación, está enteramente al servicio de la comunión de los hombres con Dios y del género humano entre sí (ver LG 1). La Iglesia es, por lo tanto, un pueblo de servidores. . ." (270).
- (56) Doc., 333. Ver más arriba, el capítulo 6a con la nota 18, y:
 "La Iglesia evangeliza, en primer lugar, mediante el testimonio global de su vida. Así, en fidelidad a su condición de sacramento, trata de ser más y más un signo transparente o modelo vivo de la comunión de amor en Cristo que anuncia y se esfuerza por realizar. La pedagogía de la Encarnación nos enseña que los hombres necesitan modelos preclaros que los guíen. América Latina también necesita tales modelos" (272).
 (Ver también: 243, 273, 748, 752, 976).
- (57) "Cada comunidad eclesial debería esforzarse por constituir para el Continente un ejemplo de modo de convivencia donde logren aunarse la libertad y la solidaridad. Donde la autoridad se ejerza con el espíritu del Buen Pastor. Donde se viva una actitud diferente frente a la riqueza. Donde se ensayen formas de organización y estructuras de participación, capaces de abrir camino hacia un tipo más humano de sociedad. . ." (273).
 "Para que nuestra enseñanza social sea creíble y aceptada por todos, debe responder de manera eficaz a los desafíos y problemas graves que surgen de nuestra realidad latinoamericana. . . No podemos proponer eficazmente esta enseñanza sin ser interpelados por ella nosotros mismos, en nuestro comportamiento personal e institucional. Ella exige de nosotros coherencia, creatividad, audacia y entrega total. Nuestra conducta social es parte integrante de nuestro seguimiento de Cristo. Nuestra reflexión sobre la proyección de la Iglesia en el mundo, como sacramento de comunión y salvación, es parte de nuestra reflexión teológica, porque "la evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre" (EN 29)" (476).
 (Ver también: 255-256, 539, 620-621, 657, 976, 977).
- (58) "Subsisten aún actitudes que obstaculizan este dinamismo de renovación: primacía de lo administrativo sobre lo pastoral, rutina, . . . autoritarismo de algunos sacerdotes y encerramiento de la parroquia sobre sí misma, sin mirar a las graves urgencias apostólicas del conjunto" (633).
 "La efectiva promoción del laicado se ve impedida muchas veces por la persistencia de cierta mentalidad clerical e numerosos agentes pastorales, clérigos e incluso laicos" (784).
 "En la situación que viven nuestros pueblos, los frutos del Espíritu que constituyen el núcleo de nuestro testimonio, implican que tanto la Jerarquía como el Laicado y los Religiosos vivamos en una continua autocrítica a la luz del Evangelio, a nivel personal, grupal y comunitario para despojarnos de toda actitud que no sea evangélica y que desfigure el rostro de Cristo (ver DT 607)" (972).
 "El flujo de experiencias y opiniones legítimas, como expresión pública de pareceres en el interior de la Iglesia se reduce a manifestaciones esporádicas y por tanto insuficientes, que tienen poca influencia en la totalidad de la comunidad eclesial" (1079).
 "Las limitaciones que hemos tenido en el continente nos fuerzan a ratificar el derecho social a la información con sus correlativas obligaciones dentro de los marcos éticos que impone el respeto a la privacidad de las personas y a la verdad. Estos principios tienen todavía mayor validez al interior de la Iglesia" (1095).
 (Ver también: 541, 649, 839, 971).
- (59) Mateo 20, 25-27; 23, 6-9. Ver: Marcos 12, 38-40; Lucas 22, 24-27; Juan 13, 2-17.
- (60) Ver más arriba, el capítulo 6a, y:
 "En Jesucristo hemos descubierto la imagen del "hombre nuevo" (Colosenses 3, 10), con la que fuimos configurados por el bautismo y sellados por la confirmación, imagen también de lo que todo hombre está llamado a ser, fundamento último de su dignidad. Al presentar a la Iglesia, hemos mostrado cómo en ella ha de expresarse y realizarse comunitariamente la dignidad humana. En María hemos encontrado la figura concreta en

La comunidad eclesial es lugar de encuentro con Dios y espacio de fraternidad humana, pero no como una isla o un refugio en medio del mundo. Por el contrario, "el misterio de la Iglesia como comunidad fraterna de caridad teologal... tiende a desarrollar su dinamismo transformador de la vida humana, tanto personal como social". Del modo más urgente, hoy en América Latina, como comunidad local y como conjunto articulado de comunidades, *la Iglesia debe ser signo e instrumento para la transformación de la sociedad* (54).

Signo e instrumento son las dos dimensiones inseparables de la vocación de la Iglesia como "Sacramento" del Reino de Dios en la historia; como Sacramento del encuentro y la comunión de Dios con los hombres y de los hombres entre sí por el Espíritu de Cristo (55). Para la Iglesia y para cada comunidad cristiana, ser *signo* equivale a realizar concreta y visiblemente, en su propia convivencia y delante de los hombres, esa libertad y esa comunión del Reino que ella anuncia con el Evangelio. Por eso, hoy más que nunca entre nosotros, "en la Iglesia ha de expresarse y realizarse comunitariamente la dignidad humana". Esa dignidad que constituye la vocación y el derecho inalienables de todo hombre y de todo pueblo, como hijos de Dios y familia de hermanos (56). Lo cual implica que en la convivencia y en las estructuras institucionales de la Iglesia se cumplan —con mayor razón y en forma llamativa— todos esos valores de igualdad fundamental y libertad, de corresponsabilidad y participación, que la misma Iglesia, en su doctrina social, reconoce como exigencias de la naturaleza y vocación del hombre, y que ella exige para su cumplimiento en la sociedad humana. La Iglesia es signo histórico del Reino, es modelo atrayente y "utopía" esperanzadora para la transformación de la sociedad, en la medida en que ella misma —en sus grupos representativos, sus hábitos de convivencia y sus estructuras institucionales— puede

mostrar concretamente esos valores (57). En la medida en que ella no se deja "secularizar", asimilándose a la ideología, las actitudes y los mecanismos del mundo de pecado en que vivimos: "el poder concentrado en manos de pocos", el autoritarismo, la primacía de la administración sobre el servicio de las personas y los grupos, el servilismo y la mentalidad de carrera, la información unilateral o secreta, la negación de la participación con el pretexto de la unidad y la disciplina, la represión del pensamiento crítico y de la solidaridad liberadora con el pretexto de la seguridad institucional y para mantener el orden establecido (58). "Ustedes saben que los jefes de las naciones se portan como dueños de ellas y que los poderosos hacen sentir su autoridad...". "(A) los escribas y los fariseos... les gusta ocupar los primeros puestos, ... que los saluden en las plazas y que la gente les diga 'Maestro'...". "Entre ustedes no será así; al contrario... el que quiera ser el primero, que se haga esclavo de los demás...". "No se dejen llamar 'Maestro', porque un solo Maestro tienen ustedes, y todos ustedes son hermanos. A nadie en la tierra llamen 'Padre', porque uno solo es el Padre de ustedes: el del cielo" (59).

Para la misma Iglesia, en sus diferentes niveles institucionales y en sus comunidades concretas, ser *instrumento* de salvación implica estar efectivamente al servicio de esa libertad y esa vida nueva del Reino en la historia de los pueblos. Implica servir —mediante gestos comprometidos y programas concretos— esa lucha de nuestros pueblos pobres por la vida y la dignidad, por la justicia y la sociedad nueva. Lucha en la que reconocemos activo al Espíritu de Cristo, el que la orienta hacia la plenitud de justicia y de vida compartida que esperamos para el Reino definitivo: ciudad de Dios con los hombres, banquete del Padre con todos sus hijos (60). Ya hemos visto que tal servicio integra, como elemento fundamental, la misma misión evangelizadora de la

que culmina toda liberación y santificación en la Iglesia. Estas figuras tienen que robustecer, hoy, los esfuerzos de los creyentes latinoamericanos en su lucha por la dignidad humana" (333).

"Para lograr la coherencia del testimonio de la comunidad cristiana en el empeño de liberación y de promoción humana, cada país y cada Iglesia particular organizará su pastoral social con medios permanentes y adecuados que sostengan y estimulen el compromiso comunitario, asegurando la necesaria coordinación de iniciativas, en diálogo constante con todos los miembros de la Iglesia..." (478).
 "La Iglesia en América Latina quiere seguir dando un testimonio de servicio desinteresado y abnegado, frente a un mundo dominado por el afán de lucro, por el ansia de poder y por la explotación" (624).

(Ver también: 227-228, 233, 240, 270, 274, 476, 618, 640, 644, 754, 849).

- (61) Ver más arriba, el capítulo 8 con la nota 24, y:

"Una Iglesia misionera que anuncia gozosamente al hombre de hoy que es hijo de Dios en Cristo; se compromete en la liberación de todo el hombre y de todos los hombres (porque) el servicio de la paz y de la justicia es un ministerio esencial de la Iglesia..." (1304).

- (62) Mateo 5, 13-15. Ver más arriba, la nota 56 de este mismo capítulo, y:

"Los cristianos unidos en comunidad eclesial de base, fomentando su adhesión a Cristo, procuran una vida más evangélica en el seno del pueblo, colaboran para interpelar las raíces egoístas y consumistas de la sociedad y explicitan la vocación de comunión con Dios y con sus hermanos, ofreciendo un valioso punto de partida en la construcción de una nueva sociedad, "la civilización del amor" (642).

"... que la Diócesis crezca hacia su madurez, como comunidad evangelizada y evangelizadora, de tal manera que sea luz y fermento de la sociedad, sacramento de unidad y de liberación integral" (647).

"En un mundo en que el amor está siendo vaciado de su plenitud, donde la desunión acrecienta distancias por doquier y el placer se erige como ídolo, los que pertenecen a Dios en Cristo por la castidad consagrada serán testimonio de la alianza liberadora de Dios con el hombre... serán para todos un signo luminoso de la liberación escatológica vivida en la entrega a

Dios y en la nueva y universal solidaridad con los hombres" (749).

(Ver también: 657, 663, 721, 753, 971-973, 976, 1301-1302).

- (63) Medellín, Pastoral de Conjunto, 10; Puebla, Doc., 239. Ver:

"La visión de la Iglesia como Pueblo de Dios aparece, además, necesaria para completar el proceso de tránsito acentuado en Medellín, de un estilo individualista de vivir la fe a la gran conciencia comunitaria a que los abrió el Concilio" (235).

"En general, en nuestra Iglesia de América Latina hay grande anhelo de relaciones más profundas y estables en la fe, sostenidas y animadas por la Palabra de Dios..." (619).

(Ver también: 274, 565, 618, 620-621).

- (64) Medellín, Pastoral de Conjunto, 10; Puebla, Doc., 96. Ver:

"Como pastores, queremos decididamente promover, orientar y acompañar las Comunidades Eclesiales de Base, según el espíritu de Medellín (ver Pastoral de Conjunto, 10) y los criterios de la "Evangelii Nuntiandi" 58; favorecer el descubrimiento y la formación gradual de líderes para ellas. Hay que buscar en especial, cómo las pequeñas comunidades, que se multiplican sobre todo en la periferia y las zonas rurales, puedan adecuarse también a la pastoral de las grandes ciudades" (648).
 (Ver también: 97-98, 156, 239, 629, 1309).

- (65) Doc., 643 y 640. Ver:

"Se comprueba que las pequeñas comunidades, sobre todo las Comunidades Eclesiales de Base crean mayor interrelación personal, aceptación de la Palabra de Dios, revisión de vida y reflexión sobre la realidad, a la luz del Evangelio; se acentúa el compromiso con la familia, con el trabajo, el barrio y la comunidad local. Señalamos con alegría, como importante hecho eclesial particularmente nuestro y como "esperanza de la Iglesia" (EN 58), la multiplicación de pequeñas comunidades. Esta expresión eclesial se advierte más en la periferia de las grandes ciudades y en el campo. Son ambiente propicio para el surgimiento de los nuevos servicios laicales. En ellas se ha difundido mucho la catequesis familiar y la educación de la fe de los adultos, en la forma más adecuada al pueblo sencillo" (629).

(Ver también: 96-97, 111, 125, 274, 474, 639, 641, 648, 1158).

Iglesia (61). Misión que la Iglesia ha de cumplir mediante hechos y palabras, y constituyéndose ella misma —en su propia vida y su convivencia abierta— como el hecho significativo por excelencia: “Ustedes son la sal de la tierra; pero, si la sal se pone insípida, ¿con qué se le devolverá el sabor? . . . Ustedes son la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad edificada sobre un monte; ni se enciende una lámpara para esconderla en un tiesto, sino. . . para que alumbré a todos los de la casa” (62).

Para vivir humanamente esa realidad profunda y servir efectivamente como sacramento de comunión en la sociedad humana, *la Iglesia debe realizarse socialmente en comunidades*. “La vivencia de la comunión a que ha sido llamado, debe encontrarla el cristiano en su comunidad de base”, y el pueblo, en un tejido de comunidades cristianas articuladas institucionalmente en una Iglesia auténticamente comunitaria. Si es cierto que “Pueblo de Dios” y “Familia de Dios” constituyen “una visión de la Iglesia que toca hondamente al hombre latinoamericano”, es precisamente “en la multiplicación de las Comunidades Eclesiales de Base, donde se hace posible —a nivel de experiencia humana— una intensa vivencia de la realidad de la Iglesia como Familia de Dios” (63).

Los Obispos en Medellín declararon que *las comunidades cristianas en las bases* de la convivencia humana son en realidad “el primero y fundamental núcleo eclesial”. Diez años más tarde, en Puebla, los Obispos comprueban que “las Comuni-

dades Eclesiales de Base que en 1968 eran apenas una experiencia incipiente, han madurado y se han multiplicado, sobre todo en algunos países, de modo que ahora constituyen motivo de alegría y de esperanza para la Iglesia” (64). Es en esas comunidades, con sus diversas variantes, donde semana a semana las personas y las familias celebran y alimentan su fe y su amor de Jesucristo, constituyendo focos de evangelización y de liberación humana en medio del pueblo. “Las Comunidades Eclesiales de Base son expresión del amor preferente de la Iglesia por el pueblo sencillo; en ellas se expresa, valora y purifica su religiosidad y se le da posibilidad concreta de participación en la tarea eclesial y en el compromiso de transformar el mundo”. Porque efectivamente, “en las pequeñas comunidades, sobre todo en las mejor constituidas, crece la experiencia de nuevas relaciones interpersonales en la fe, la profundización de la Palabra de Dios, la participación en la Eucaristía, la comunión con los Pastores de la Iglesia Particular y un compromiso mayor con la justicia en la realidad social de sus ambientes” (65).

Pero la dimensión comunitaria de la Iglesia no se agota en sus comunidades de base. “La Iglesia es el Pueblo de Dios que expresa su vida de comunión y servicio evangelizador en diversos niveles y bajo diversas formas históricas”. Desde luego, en la misma base se hallan también otras formas de agrupación comunitaria y colaboración apostólica: movimientos de laicos, equipos pastorales, comunidades religiosas. Grupos y equipos que se van

- (66) Doc., 618. Ver:
 "En muchos lugares los sacerdotes, para ayudarse y sostenerse mutuamente en su vida espiritual y en su labor pastoral, se han organizado en equipos. A veces colaboran pastoralmente en estos equipos religiosos, religiosos y seculares" (102).
 "Los religiosos, en general, se han renovado; se han acrecentado las relaciones personales a nivel de comunidades y también entre las distintas familias religiosas. La presencia de los religiosos en las zonas pobres y difíciles se ha intensificado. . ." (121).
 "Expresamos nuestra confianza y estímulo decidido a las formas organizadas del apostolado de los laicos porque:
 - La organización es signo de comunión y participación en la vida de la Iglesia; permite la transmisión y crecimiento de las experiencias y la permanente formación y capacitación de sus miembros.
 - El apostolado exige muchas veces una acción común, tanto en las comunidades de la Iglesia como en los diversos ambientes" (800-802).
 (Ver también: 99, 122, 635, 650, 663, 730-731, 764, 806, 807-809, 828, 1011).
- (67) "Esta visión de la Iglesia, como Pueblo histórico y socialmente estructurado, es un marco al cual necesariamente debe referirse también la reflexión teológica sobre las Comunidades Eclesiales de Base en nuestro continente, pues introduce elementos que permiten complementar el acento de dichas comunidades en el dinamismo vital de las bases y en la fe compartida más espontáneamente en comunidades pequeñas. La Iglesia, como Pueblo histórico e institucional, representa la estructura más amplia, universal y definida dentro de la cual deben inscribirse vitalmente las Comunidades Eclesiales de Base para no correr el riesgo de degenerar hacia la anarquía organizativa por un lado y hacia el elitismo cerrado o sectario por otro (ver EN 58)" (261).
 "La Comunidad Eclesial de Base. . . realiza la Palabra de Dios en la vida, a través de la solidaridad y compromiso con el mandamiento nuevo del Señor, y hace presente y actuante la misión eclesial y la comunión visible con los legítimos pastores, a través del servicio de coordinadores aprobados. Es de base, por estar constituida por pocos miembros, en forma permanente y a manera de célula de la gran comunidad. "Cuando merecen su título de eclesialidad, ellas pueden conducir, en fraterna solidaridad, su propia existencia espiritual y humana" (EN 58)" (641).
 (Ver también: 98, 156, 262, 474, 565, 618, 630, 983, 1189).
- (68) Doc., 644. Ver:
 "La parroquia rural se encuentra identificada generalmente en sus estructuras y servicios con la comunidad existente. Ella ha tratado de crear y coordinar comunidades eclesiales de base que correspondan a los grupos humanos dispersos por el área parroquial. Las parroquias urbanas, en cambio, desbordadas por el número de personas a las que deben atender, se han visto en la necesidad de poner mayor énfasis en el servicio cultural litúrgico y sacramental. Cada día se hace más necesaria la multiplicación de pequeñas comunidades territoriales o ambientales para responder a una evangelización más personalizante" (111).
 "La parroquia realiza una función en cierto modo integral de Iglesia, ya que acompaña a las personas y familias a lo largo de su existencia, en la educación y crecimiento de su fe. Es centro de coordinación y de animación de comunidades, de grupos y de movimientos. Aquí se abre más el horizonte de comunión y participación. La celebración de la Eucaristía y demás sacramentos hace presente de modo más claro, la globalidad de la Iglesia. Su vínculo con la comunidad diocesana está asegurado por la unión con el Obispo que confía a su representante (normalmente el Párroco), la atención pastoral de la comunidad. La parroquia viene a ser para el cristiano el lugar de encuentro, de fraterna comunicación de personas y de bienes, superando las limitaciones propias de las pequeñas comunidades. En la parroquia se asumen, de hecho, una serie de servicios que no están al alcance de las comunidades menores, sobre todo en la dimensión misionera y en la promoción de la dignidad de la persona humana. . ." (644).
 (Ver también: 110, 631-633, 649-650, 653, 983).
- (69) Doc., 645, 655, 703 y 635.
 (Ver también: 113, 151, 249, 257, 259, 363, 404, 634, 640, 647, 662, 686-689, 736, 741, 765, 807-809, 825, 919, 1226).
- (70) "En la línea de la Evangelización, la parroquia presenta una doble relación de comunicación y comunión pastoral: a nivel diocesano se integran las parroquias en zonas, vicarías, decanatos; al interior

articulando cada vez mejor con las comunidades de base, al mismo tiempo arraigándose en ellas y proporcionándoles apoyo (66). Así se va verificando, en su etapa de crecimiento, lo que ha sido claro desde el nacimiento mismo de las comunidades de base en América Latina: que para la vida de cada una y para su articulación en unidades eclesiales más extensas y más completas, requieren el apoyo y la coordinación de *la institución eclesial más amplia*, con los ministerios misioneros y pastorales correspondientes (67). Como institución más cercana, con su valor de signo y su variedad de servicios, está la parroquia, con el ministerio del Párroco; allí se van dando pasos en una mayor participación de los laicos y en orden a constituirse en "centro de coordinación y de animación de comunidades, de grupos y de movimientos" (68). Pero más amplia, y verdaderamente completa como Iglesia de Jesucristo, está la diócesis o Iglesia particular, imagen y presencia de la Iglesia universal. La Iglesia particular "es una porción del Pueblo de Dios, definida por un contexto socio-cultural más amplio, en el cual se encarna. Su primacía en el conjunto de las comunidades eclesiales se debe al hecho de estar presidida por un Obispo, dotado, en forma

plena y sacramental, del triple ministerio de Cristo, cabeza del cuerpo místico, profeta, sacerdote y pastor. El Obispo es, en cada Iglesia particular, principio y fundamento de su unidad". Los Obispos en Puebla expresan su conciencia de que, hoy en América Latina, "la Iglesia particular ha de poner de relieve su carácter misionero y la comunión eclesial, compartiendo valores y experiencias, así como favoreciendo el intercambio de personas y de bienes". Los mismos Obispos se comprometen a "promover a toda costa la unidad de la Iglesia particular, con discernimiento del Espíritu para no extinguir ni uniformar la riqueza de carismas y dar especial importancia a la promoción de la pastoral orgánica y a la animación de las comunidades". Constatan también que "por parte de las comunidades religiosas y de los movimientos laicales, (hay) una mayor conciencia de la necesidad de insertarse, con espíritu eclesial, en la misión de la Iglesia particular" (69). Es claro, pues, que las comunidades y demás grupos cristianos de base, para su vida y misión eclesiales, necesitan del apoyo y la coordinación de la parroquia o de otras instancias institucionales que los ligan a la Iglesia particular (70). Y al mismo tiempo, esas instancias institucionales y los ministros que

de sí mismas, se diversifica la pastoral según los distintos sectores y se abre a la creación de comunidades menores" (632). (Ver también: 634-635).

(71) Ver en las páginas siguientes lo que se dice de los ministerios pastorales.

(72) "En la Iglesia de América Latina se está viviendo la comunión, no sin vacíos y deficiencias, a diversos niveles:

Se vive la comunión en núcleos menores, la comunión en las familias cristianas, en las comunidades eclesiales de base y en las parroquias. Se realizan esfuerzos para una intercomunicación de parroquias.

Se vive la comunión intermedia, la de la Iglesia particular o diócesis, que sirve de enlace entre las bases más pequeñas y lo universal. De igual manera, se vive la comunión entre diócesis a nivel nacional y regional, expresada en las Conferencias Episcopales y, a nivel latinoamericano, en el CELAM.

Existe la comunión universal que nace de la vinculación con la Sede Apostólica y con el conjunto de las Iglesias de otros continentes. La Iglesia de América Latina posee conciencia de su vocación específica, del papel y aporte al conjunto de la Iglesia universal, en esta comunión eclesial que tiene su expresión culminante en nuestra adhesión al Santo Padre, Vicario de Cristo y Pastor Supremo" (104-107).

"Por ser sucesores de los Apóstoles, los Obispos, a través de su comunión con el Colegio Episcopal y de manera especial con el Romano Pontífice, hacen presente la apostolicidad de toda la Iglesia; garantizan la fidelidad al Evangelio; realizan la comunión con la Iglesia universal y promueven la colaboración de su Presbiterio y el desarrollo del Pueblo de Dios, encomendado a sus cuidados" (646).

"Nos empeñamos para que esta colegialidad, de la que Puebla, como las dos Conferencias Generales que la precedieron constituye un momento privilegiado, sea el signo más fuerte de credibilidad del anuncio y servicio del Evangelio, en favor de la comunión fraterna en toda América Latina" (657).

(Ver también: 151, 243, 273, 368, 444-446, 478, 567, 647, 667, 709, 1269, 1304).

(73) "En la Iglesia particular, se registra un notable esfuerzo por adecuar el territorio para una mayor atención al Pueblo de Dios, por la creación de nuevas Diócesis. Hay empeño de dotar a las Iglesias de

aquellos organismos que promueven la corresponsabilidad, mediante canales adecuados para el diálogo, como Consejos Presbiterales, Consejos de Pastoral, Comisiones Diocesanas, que animan una pastoral más orgánica y adaptada a la realidad peculiar de cada diócesis. . . A nivel nacional, es notable el esfuerzo en pro de un mejor ejercicio de la colegialidad en el seno de las conferencias Episcopales, cada día mejor organizadas y dotadas de organismos subsidiarios. Mención especial merece el desarrollo y la eficacia del servicio que el CELAM ofrece a la comunión eclesial en todo el ámbito de América Latina. A nivel universal, se destacan las relaciones de fraterno intercambio por el envío de personal apostólico y la ayuda económica, establecidas con los episcopados de Europa y de América del Norte, con apoyo de la CAL, cuya continuación y profundización ofrecen oportunidades más amplias de participación inter-eclesial, signo notable de comunión universal" (634, y 636-637).

"Hoy. . . vemos otro aspecto de la crisis (del laicado) en sus consecuencias positivas: la progresiva ganancia en serenidad, madurez y realismo que se manifiesta en confesadas aspiraciones por promover en la Iglesia estructuras de diálogo, de participación y de acción pastoral de conjunto, expresiones de una mayor conciencia de pertenencia a la Iglesia" (781).

"La Iglesia en América Latina ha hecho en los últimos años muchos esfuerzos en favor de una mayor comunicación en su interior. Sin embargo. . . el flujo de experiencias y opiniones legítimas, como expresión pública de pareceres en el interior de la Iglesia se reduce a manifestaciones esporádicas y por tanto insuficientes, que tienen poca influencia en la totalidad de la comunidad eclesial" (1079).

(Ver también: 273, 649, 654-656, 704, 807-808, 845, 976, 1187, 1199, 1307).

(74) "Para el cumplimiento de su misión, la Iglesia cuenta con diversidad de ministerios (ver AA 21). Al lado de los ministerios jerárquicos, la Iglesia reconoce un puesto a ministerios sin orden sagrado. Por tanto, también los laicos pueden sentirse llamados o ser llamados a colaborar con sus pastores en el servicio a la comunidad eclesial, para el crecimiento y vida de ésta, ejerciendo ministerios diversos según la gracia y los carismas que el Señor quiere concederlos (ver EN 73)" (804).

(Ver también: Mensaje, 7; Doc., 9, 375, 562, 853, 1303).

las sirven, van arraigándose en las comunidades de base y aprendiendo de su camino en medio del pueblo (71). Por su parte, el pueblo, como unidad colectiva más universal —con su tierra y su cultura, su historia y sus anhelos— requiere el signo visible y la palabra autorizada de una institución eclesial y un ministerio profético a su medida. Lo propio ocurre también más universalmente, en el conjunto de pueblos de una región, del continente latinoamericano o del mundo: para su realidad socio-cultural y sus problemas comunes, frente a la creciente injusticia en el plano internacional, y al servicio de la vocación de todos los pueblos a constituir una sola gran familia de Dios. Por eso, en todos los niveles de la Iglesia católica, encarnada en esos distintos círculos de solidaridad humana, debe expresarse la comunión por un estilo fraterno y participativo, en el trato mutuo y en la colaboración colegial (72). Lo cual implica, en todos esos niveles, y hasta el de la comunión universal, la existencia de instancias y canales efectivos de deliberación comunitaria y de corresponsabilidad; el ejercicio de un ministerio colegiado de la comunión y participa-

ción, en y entre las Iglesias particulares, apoyado en última instancia por el ministerio pastoral de Pedro: "Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos" (Lucas 22, 32) (73).

Así queda situada, en todos los niveles de la comunidad eclesial, la importancia de *los ministerios pastorales*: en la vida interna de cada comunidad y en el ámbito más amplio; al servicio de la fe y la caridad comprometida de esas mismas comunidades locales, y al mismo tiempo aprendiendo de ellas; y sabiendo que "dentro del Pueblo de Dios, todos —jerarquía, laicos, religiosos— son servidores del Evangelio, cada uno según su papel y carisma propios" (74). Puebla destaca, en este contexto, la imagen de la Iglesia en el Nuevo Testamento como comunidad de carismas y ministerios. Es el mismo Espíritu de Cristo el que suscita en la comunidad fraterna de los cristianos esa variedad de aptitudes, llamados y funciones, las que han de apoyarse y complementarse entre sí para la vitalidad del cuerpo eclesial y su dinamismo misionero. A la misma comunidad y, en último término, a los hermanos que la presiden como pastores, corresponde discernir

- (75) Ver: Hechos 6, 1-6; 13, 1-4; 20, 17-35; 1 Tesalonicenses 5, 19-22; 1 Corintios 12 - 14; Romanos 12, 3-9; Efesios 4, 1-16.
- (76) "Todos participamos de la misión profética de la Iglesia. Sabemos que el Espíritu nos distribuye sus dones y carismas para bien de todo el Cuerpo. Debemos recibirlos con gratitud. Pero su discernimiento, es decir, el juicio de su autenticidad y la regulación de su ejercicio, corresponde a la autoridad en la Iglesia, a la cual compete, ante todo, no sofocar el Espíritu, sino probarlo todo y retener lo bueno (ver LG 12)" (377).
 "Desde el principio hubo en la Iglesia diversidad de ministerios, en orden a la evangelización. Los escritos del Nuevo Testamento muestran la vitalidad de la Iglesia que se expresó en múltiples servicios. Así San Pablo menciona, entre otros, los siguientes: la profecía, la diaconía, la enseñanza, la exhortación, el dar limosna, el presidir, el ejercer la misericordia (ver Romanos 12, 6-8); y en otros contextos habla de ministerios como las palabras de la sabiduría, el discernimiento de espíritus y algunos otros (ver: 1 Corintios 12, 8-11; Efesios 4, 11-12; 1 Tesalonicenses 5, 12-22; Filipenses 1,1). Igualmente en otros escritos del Nuevo Testamento se describen varios ministerios" (680).
 (Ver también: 206, 249, 638, 647, 687, 688, 812-814).
- (77) "La imagen y la situación del obispo ha cambiado quizás en estos años. Se nota un mayor espíritu de colegialidad entre ellos, y de mayor corresponsabilidad con el clero, los religiosos, las religiosas y los laicos, especialmente a nivel de Iglesia particular..." (113).
 "En la línea de una mayor participación, surgen ministerios ordenados, como el diaconado permanente, no ordenados y otros servicios como celebradores de la Palabra, animadores de comunidades. Se advierte también mejor colaboración entre sacerdotes, religiosos y laicos" (625).
 "(Los Obispos nos comprometemos a:...) Promover a toda costa la unidad de la Iglesia particular, con discernimiento del Espíritu para no extinguir ni uniformar la riqueza de carismas y dar especial importancia a la promoción de la pastoral orgánica y a la animación de las comunidades" (703).
 (Ver también: 115, 120, 126, 647, 648, 651, 664, 672, 682, 714, 755).
- (78) Doc., 973. Ver:
 "Responsabilidad del Obispo será discernir los carismas y fomentar los ministerios indispensables para que la Diócesis crezca hacia su madurez, como comunidad evangelizada y evangelizadora, de tal manera que sea luz y fermento de la sociedad, sacramento de unidad y de liberación integral..." (647).
 "'Ir delante de las ovejas' significa estar atentos a los caminos por los que los fieles transitan, a fin de que, unidos por el Espíritu, den testimonio de la vida, los sufrimientos, la muerte y la resurrección de Jesucristo, quien, pobre entre los pobres, anunció que todos somos hijos de un mismo Padre y por consiguiente hermanos..." (682).
 "Nos comprometemos a: Cumplir siempre con gozo, intrepidez y humildad el ministerio evangelizador como tarea prioritaria del oficio episcopal en el camino abierto e iluminado por los insignes pastores y misioneros del continente" (701).
 "Den los presbíteros prioridad en su ministerio al anuncio del Evangelio a todos pero muy especialmente a los más necesitados (obreros, campesinos, indígenas, marginados, grupos afroamericanos), integrando la promoción y defensa de su dignidad humana" (711).
 "(Nos comprometemos a colaborar para...) Despertar la disponibilidad de los consagrados para asumir, dentro de la Iglesia particular, los puestos de vanguardia evangelizadora (ver EN 69) en comunión fiel con sus Pastores y con su comunidad y en fidelidad al carisma de su fundación" (771).
 (Ver también: 271, 462, 655, 665, 687, 697, 722, 773, 806a, 853, 855-858, 993).
- (79) "Hoy de manera especial, se pide al obispo un testimonio evangélico personal, más acercamiento a los sacerdotes y al pueblo. Sin duda, actualmente hay más sencillez y pobreza en su forma de vida" (114).
 "La parroquia va logrando diversas formas de renovación... Hay cambio de mentalidad entre los pastores;... presencia mayor del presbítero en el seno del pueblo, principalmente por medio de una red de grupos y comunidades" (631).
 "La apertura pastoral de las obras y la opción preferencial por los pobres es la tendencia más notable de la vida religiosa latinoamericana. De hecho cada vez más, los religiosos se encuentran en zonas marginales y difíciles en misiones entre indígenas, en labor callada y humilde. Esta

esos diversos dones y cuidar que aprovechen al conjunto (75). A la luz de aquel modelo eclesial, los Obispos en Puebla ejercen ese discernimiento, en líneas generales, para nuestras Iglesias de América Latina (76). Se comprometen ellos mismos y llaman a todos los ministros y agentes pastorales a una mayor docilidad al Espíritu de Cristo, reconociendo su aliento en las tendencias que se aprecian entre nosotros hacia un ejercicio más sencillo y evangélico del ministerio de la Comunidad (77):

En primer lugar, a todos los ministerios y estados de vida en el Pueblo de Dios se les urge a una mayor *consagración misionera*, por el testimonio vivo y el anuncio renovado del Evangelio liberador de Jesucristo. Testimonio no aislado, sino contribuyendo cada uno a su modo a que la misma comunidad eclesial actúe realmente como "fermento en la masa". Los Obispos declaran: "Esta es nuestra primera / opción / pastoral: / la / misma comunidad cristiana; sus laicos, sus pastores, sus ministros y sus religiosos deben

convertirse cada vez más al Evangelio para poder evangelizar a los demás" (78).

En segundo lugar, a todos se les urge a un mayor *compromiso con el pueblo* de los pobres y oprimidos. Para los que vienen de fuera, se trata de optar realmente por los pobres, comprometiéndose con su causa y, cada vez más, encarnándose en su realidad social y cultural. Y dentro de los mismos pueblos pobres, se trata de reconocer y promover ministerios verdaderamente autóctonos, que asimilen el Evangelio en su propia cultura y asuman más conscientemente la causa de su propia clase o etnia oprimida (79).

En tercer lugar, a todos los que tienen alguna responsabilidad de conducción pastoral se les pide que, cada uno en su nivel, ejerzan el *liderazgo comunitario* con espíritu más evangélico: confiando en la fuerza del mismo Evangelio y no en el poder y el tener mundanos; en fraternidad de relación humana y reciprocidad de aportes y críticas; como servicio humilde a la unidad interna, la lucidez y la coherencia práctica de la comunidad, en

opción no supone exclusión de nadie, pero sí una preferencia y un acercamiento al pobre" (733).

"Hay que promover con particular empeño las vocaciones entre el campesinado, el mundo obrero y los grupos étnicos marginados y planificar su formación posterior para que sea adecuada" (886).

"Signos de esperanza y alegría: . . . La acción pastoral comunitaria intensa de los sacerdotes, los religiosos y las religiosas en las zonas más pobres. La presencia de los Obispos cada vez mayor y más sencilla entre el pueblo (1309).

(Ver también: 121, 439, 458, 529, 629, 666, 689, 697, 1136, 1140, 1157-1158).

- (80) "Este carácter paternal (de su papel) no hace olvidar que los pastores están dentro de la Familia de Dios a su servicio. Son hermanos, llamados a servir la vida que el Espíritu libremente suscita en los demás hermanos. Vida que es deber de los pastores respetar, acoger, orientar y promover, aunque haya nacido independientemente de sus propias iniciativas. . . La tarea de unidad no significa ejercicio de un poder arbitrario. Autoridad es servicio a la vida. Ese servicio de los pastores incluye el derecho y el deber de corregir y decidir, con la claridad y firmeza que sean necesarias" (249).

"Se manifiesta más claramente en nuestras comunidades como fruto del Espíritu Santo, un nuevo estilo de relaciones entre Obispos y Presbíteros y de ellos con su pueblo, caracterizados por mayor sencillez, comprensión y amistad en el Señor. . . Se necesita todavía mayor apertura del clero a la acción de los laicos, superación del individualismo pastoral y de la autosuficiencia. . ." (626-627).

"La forma de vida de muchos pastores ha crecido en sencillez y pobreza, en mutuo afecto y comprensión, en acercamiento al pueblo, en apertura al diálogo y en corresponsabilidad" (666).

"Por otra parte, el laico debe aportar al conjunto de la Iglesia su experiencia de participación en los problemas, desafíos y urgencias de su "mundo secular" —de personas, familias, grupos sociales y pueblos— para que la Evangelización eclesial arraigue con vigor. . ." (795).

(Ver también: 113, 115, 257, 260, 271, 473, 478, 631, 633, 649, 668, 682, 684, 686, 688, 696, 703, 704, 714, 715, 748, 765, 1022, 1158, 1199).

- (81) Ver más arriba, en este mismo capítulo, especialmente las notas 69 a 73, y:

"Ha llegado para América Latina la hora de intensificar los servicios mutuos entre Iglesias particulares y de proyectarse más allá de sus propias fronteras, "ad gentes". Es verdad que nosotros mismos necesitamos misioneros. Pero, debemos dar desde nuestra pobreza. Por otra parte, nuestras Iglesias pueden ofrecer algo original e importante: su sentido de la salvación y de la liberación, la riqueza de su religiosidad popular, la experiencia de las Comunidades Eclesiales de Base, la floración de sus ministerios, su esperanza y la alegría de su fe" (368).

"Por ser sucesores de los Apóstoles, los Obispos, a través de su comunión con el Colegio Episcopal y de manera especial con el Romano Pontífice, hacen presente la apostolicidad de toda la Iglesia; garantizan la fidelidad al Evangelio; realizan la comunión con la Iglesia Universal y promueven la colaboración de su Presbiterio y el desarrollo del Pueblo de Dios, encomendado a sus cuidados" (646).

"Especial reconocimiento merecen las Iglesias particulares de diversos países que, no sólo incrementan nuestra labor evangelizadora con el envío de presbíteros, religiosos y demás agentes de evangelización, sino que también contribuyen generosamente con su comunicación cristiana de bienes" (667).

"Con nuestros hermanos que profesan una misma fe en Cristo, aunque no pertenezcan a la Iglesia Católica, esperamos unir los esfuerzos, preparando constantes y progresivas convergencias que apresuren la llegada del Reino de Dios" (1252).
(Ver también: 104-108, 633, 635, 647, 655-656, 687, 702, 1107, 1121).

- (82) Doc., 1309 C. Ver más arriba, la nota 74 de este mismo capítulo, y:

"Su sentido de pertenencia (de los laicos) a la Iglesia se ha acrecentado en todas partes, no sólo por el compromiso eclesial más permanente sino por su participación más activa en las asambleas litúrgicas y en las tareas apostólicas. En muchos países las Comunidades Eclesiales de Base son prueba de esta incorporación y deseo de participación. El compromiso del laicado en lo temporal, tan necesario para el cambio de estructuras ha sido insuficiente. En general, se podría decir que hay una mayor valorización de la necesaria participación del laicado en la Iglesia" (125).
(Ver también: 786-787).

- (83) Doc., 858. Ver:
"La vitalidad de las Comunidades Eclesiales de Base empieza a dar sus frutos; es

su camino de obediencia al único Señor de la Iglesia y de la historia (80).

Por último, a todos los ministros y agentes pastorales se les pide que, según su lugar y carisma, contribuyan a mantener abierta la comunidad y a estrechar sus lazos con las comunidades hermanas, alimentando la comunión eclesial y la corresponsabilidad misionera en el ámbito más universal, geográfico y ecuménico. Este *servicio de la comunión universal* debe contribuir a la efectiva catolicidad de la Iglesia, en el espacio y en el tiempo, reconstruida desde los pobres de la tierra. Catolicidad en el espacio, por la comunión con todas las Iglesias del mundo, y por la participación en todos los niveles de la Iglesia universal. Catolicidad en el tiempo, por la comunión con la fe y la santidad de todas las generaciones cristianas, en una tradición viviente que se remonta por el testimonio apostólico a la manifestación realizada una vez —en la carne y la historia de los pobres— por el Verbo de la Vida (81).

Creo que en estas cuatro líneas se pueden resumir las principales tendencias de los ministerios pastorales en nuestras Iglesias que Puebla reconoce como im-

pulso y llamado del Espíritu. Pero, al hablar de la Iglesia como comunidad de carismas y ministerios, no podemos dejar de poner de relieve —para terminar— la importancia que reconoce Puebla a *la misión de los laicos*. En primer lugar, como miembros plenos del Pueblo de Dios ("laicos"), ellos comparten la misión común del servicio ("ministerio") del Evangelio; han sido consagrados como colaboradores del Reino, testigos de Jesucristo y anunciadores de su Buena Nueva. Puebla celebra "la conciencia más aguda de los seglares respecto de su identidad y misión eclesial" (82). De hecho, cada vez más en América Latina, hombres y mujeres, adultos y jóvenes, van asumiendo tareas y servicios específicos en las comunidades eclesiales, principalmente en las bases populares. Son los "ministerios laicales": catequistas, delegados de la Palabra, animadores de comunidades, etc. Estos no sólo vienen a suplir la escasez de ministros consagrados, sino a enriquecer notablemente la vida comunitaria y a "rejuvenecer y reforzar el dinamismo evangelizador de la Iglesia", encarnándola más auténticamente en el pueblo de los pobres (83). Pero, "el ejercicio de ministerios por parte de unos lai-

una de las fuentes de los ministerios confiados a los laicos: animadores de comunidades, catequistas, misioneros" (97).

"Los ministerios que pueden conferirse a laicos son aquellos servicios referentes a aspectos realmente importantes de la vida eclesial (por ejemplo, en el plano de la Palabra, de la Liturgia o de la conducción de la comunidad), ejercidos por laicos con estabilidad y que han sido reconocidos públicamente y confiados por quien tiene la responsabilidad en la Iglesia" (805).

"La mujer con sus aptitudes propias debe contribuir eficazmente a la misión de la Iglesia, participando en organismos de planificación y coordinación pastoral, catequesis (ver MR 49-50), etc. La posibilidad de confiar a las mujeres ministerios no ordenados le abrirá nuevos caminos de participación en la vida y misión de la Iglesia" (845).

(Ver también: Mensaje, 7; Doc., 119, 625, 629, 671, 715, 804, 811-814, 831, 833, 1233, 1309).

(84) Doc., 817.

(85) Doc., 786-787 y 154. Ver:

"En profunda comunicación con sus hermanos laicos y con los Pastores, en los cuales ve a sus maestros en la fe, el laico contribuye a construir la Iglesia como comunidad de fe, de oración, de caridad fraterna, y lo hace por la catequesis, por la vida sacramental, por la ayuda a los hermanos. . . Pero es en el mundo donde el laico encuentra su campo específico de acción (ver EN 73). Por el testimonio de su vida, por su palabra oportuna y por su acción concreta, el laico tiene la responsabilidad de ordenar las realidades temporales para ponerlas al servicio de la instauración del Reino de Dios" (788-789).

(Ver también: Mensaje, 7; Doc., 629, 649, 671, 849, 857-858, 1000, 1020, 1042).

(86) Doc., 274.

(Ver: 789, 791, 811, 815, 857).

(87) Doc., 125, 785 y 815.

(88) Ver más arriba, el capítulo 7.

(89) "En la medida en que crece la participación de los laicos en la vida de la Iglesia y en la misión de ésta en el mundo, se hace también más urgente la necesidad de su sólida formación humana en general, formación doctrinal, social, apostólica. Los laicos tienen el derecho de recibirla primordialmente en sus mismos movimientos y asociaciones pero también en institutos adecuados y en el contacto con sus Pastores. Por otra parte, el laico debe aportar al conjunto de la Iglesia su experiencia de participación en los problemas, desafíos y urgencias de su "mundo secular" —de personas, familias, grupos sociales y pueblos— para que la Evangelización eclesial arraigue con vigor. En ese sentido, será aporte precioso del laico por su experiencia de vida, su competencia profesional, científica y laboral, su inteligencia cristiana, cuanto pueda contribuir para el desarrollo, estudio e investigación de la Enseñanza Social de la Iglesia. Un aspecto importante de esta formación es el que concierne a la profundización en una espiritualidad más apropiada a su condición de laico. . ." (794-796).

"(Como líneas de acción pastoral, vemos necesario:)

- Formar en los distintos sectores pastorales, personas capaces de ejercer en ellos un liderazgo como fermento evangelizador.
- Elaborar, con personas de cada sector, normas de conducta cristiana que constituyan objeto de reflexión y aplicación y que sean sometidas a una permanente revisión.
- Promover encuentros que reúnan personas de sectores pastorales diversos para confrontar sus experiencias y para la convergencia de su acción. . .
- Desarrollar movimientos especializados que reúnan los elementos disponibles para la evangelización del propio ambiente. . ." (1229-1231 y 1234).

(Ver también: 154, 274, 473, 649, 785, 791, 1227, 1253).

cos no puede disminuir la participación activa de los demás" en la vida de la comunidad (84). Y, sobre todo, no puede hacernos olvidar que la identidad propia y la responsabilidad cristiana del laico tiene dos vertientes: él es "hombre del mundo ("seglar") en el corazón de la Iglesia", pero también "hombre de Iglesia en el corazón del mundo". "En efecto, el laico se ubica, por su vocación, en la Iglesia y en el mundo. Miembro de la Iglesia, fiel a Cristo, está comprometido en la construcción del Reino en su dimensión temporal". Por eso espera Puebla que la pastoral en América Latina, cada vez más, "pondrá de relieve la importancia de los laicos, tanto cuando desempeñan ministerios en la Iglesia y para la Iglesia, como cuando, cumpliendo la misión que les es propia, son enviados como su vanguardia, en medio de la vida del mundo, para rehacer las estructuras sociales, económicas y políticas, de acuerdo con el plan de Dios" (85). Aquí pone Puebla su mayor énfasis en cuanto a la misión de los laicos. En la actual situación del continente, declara que la misma Iglesia "del modo más urgente, debería ser la escuela donde se eduquen hombres capaces de hacer historia, para impulsar eficazmente con Cristo la historia de nuestros pueblos hacia el Reino" (86). Y sin embargo,

debe constatar que "el compromiso del laicado en lo temporal, tan necesario para el cambio de estructuras, ha sido insuficiente". Reconoce que el contexto social y eclesial "ha dificultado la participación activa y responsable de los laicos en campos tan importantes como el político, el social y el cultural, particularmente en los sectores obreros y campesinos". Y debe prevenir contra "la tendencia a la clericalización de los laicos o la de reducir el compromiso laical a aquellos que reciben ministerios, dejando de lado la misión fundamental del laico, que es su inserción en las realidades temporales y en sus responsabilidades familiares" (87). Más concretamente —como vimos más arriba— Puebla apoya y estimula a los laicos que, siguiendo su vocación propia, se comprometen con creyentes y no creyentes en instancias y organizaciones que, en distintos niveles, trabajan sistemáticamente por el cambio social. En especial, a los laicos obreros o campesinos que se comprometen en organizaciones y movimientos populares de liberación (88). Se pide a la comunidad eclesial que impulse y alimente ese compromiso, y que a su vez se deje interpelar y se alimente por la experiencia de los laicos comprometidos (89). Para las mismas comunidades eclesiales, su necesaria relación con "los constructores de la so-

(90) "La comunidad cristiana conducida por el Obispo ha de establecer el puente de contacto y diálogo con los constructores de la sociedad temporal, a fin de iluminarlos con la visión cristiana, estimularlos con gestos significativos y acompañarlos con actuaciones eficaces (ver OA 4). En este contacto y diálogo debe circular, en actitud de escuchar en forma sincera y acogedora, la problemática traída por ellos desde su propio ambiente temporal. Así podremos encontrar los criterios, las normas y los caminos por los cuales profundizar y actualizar la enseñanza social de la Iglesia, en el sentido de la elaboración de

una ética social capaz de formular las respuestas cristianas a los grandes problemas de la cultura contemporánea (ver OA 4)... Este diálogo requiere iniciativas que permitan el encuentro y la relación estrecha con todos los que colaboran en la construcción de la sociedad, de tal manera que descubran su complementariedad y convergencia... Esto no excluye el reconocimiento del valor constructivo de tensiones sociales que, dentro de las exigencias de la justicia, contribuyen a garantizar la libertad y los derechos, especialmente de los más débiles" (1228).

ciudad pluralista" y especialmente con los movimientos populares (90), plantea desafíos diversos, según las condiciones históricas que esté viviendo cada pueblo. En sus diferentes formas, dicha colaboración está significando en muchas partes de América Latina un avance importante en la solidaridad liberadora del pueblo y en el testimonio evangélico de la Iglesia. Pero en todo caso, más allá de las suplencias y los apoyos a menudo necesarios, aparece siempre indispensable cuidar

atentamente la propia identidad y la autonomía de cada instancia: tanto de las comunidades eclesiales, como de las organizaciones reivindicativas y políticas del mismo pueblo. Sólo así la comunidad eclesial podrá estar realmente al servicio del pueblo y de la dinámica del Reino en su historia, y los cristianos podrán hacer presente en esa misma historia la fuerza del amor solidario y la esperanza cierta de liberación que son propias de su fe.

Conclusión

A modo de breve conclusión, quisiera simplemente subrayar lo que sugería al final de la Introducción y que espero haya quedado más claro con la lectura de este trabajo.

Que a través de todos los capítulos de Puebla, la preocupación y el compromiso se centran en estas cuatro realidades fundamentales:

EL HOMBRE latinoamericano: estos hombres y estos pueblos, con su historia y su situación concretas, y especialmente las grandes mayorías, pobres y oprimidas, con sus derechos fundamentales conculcados, con los valores de su cultura y religiosidad amenazados.

EL EVANGELIO de Jesucristo: como fe vivida en el continente, especialmente por esas mayorías populares; como fuerza nueva de liberación y de vida, que ha de ser anunciada a ese hombre y ese pueblo, en esa situación concreta; como semilla y horizonte de vida y convivencia plenas, con el Padre y los hermanos, en comunión y participación.

LA LIBERACION de las mayorías oprimidas del continente: mayorías que han

de liberarse de la miseria, de la situación de injusticia social y alienación cultural, para acceder a una vida y una convivencia verdaderamente humanas; liberación que supone toma de conciencia, organización, lucha perseverante con el compromiso de todos.

LA IGLESIA de Jesucristo en América Latina: solidaria del hombre del continente y especialmente de los pobres; que ha de anunciarles con nueva vitalidad el Evangelio, con toda su fuerza liberadora y todas sus exigencias de conversión, personal y social; y que ha de hacerlo no sólo mediante sus palabras, sino mediante el signo de su propia vida y de sus hechos, lo que supone su propia conversión y compromiso con la causa de los pobres, en la que reconoce la causa misma de Cristo.

Esta es la preocupación y éste el compromiso que Puebla recoge del camino de nuestras Iglesias en América Latina. Preocupación y compromiso que a todos nosotros se nos invita a hacer verdad, con la fuerza del Espíritu, en nuestra propia conversión y entrega generosa, en nuestra acción vigilante y comprometida con nuestro pueblo.

Indice

	Pág.
Presentación	7
Introducción	9
Primera parte	
Humanismo Evangélico	13
1. La realidad humana y social: interpelación de Dios	15
2. Dios y el Hombre: Identificados en Jesucristo	19
3. La perspectiva de los pobres: Perspectiva de Jesús	25
4. La causa de los pobres	35
Segunda parte	
Evangelio y Liberación	39
5. La fuerza liberadora integral de Jesucristo y el compromiso humano de liberación so- lidario	43
6. Liberación del pecado para comunión y participación	47
7. Denunciar el pecado social y construir una sociedad nueva	65
Tercera parte	
Iglesia Evangelizadora	89
8. Iglesia para la evangelización liberadora	91
9. Iglesia de Jesucristo encarnada entre los pobres	101
10. Iglesia comunión de Dios vivida en comunidades de hermanos	111
Conclusión	129

Esta publicación cuesta editarla,
envíe su aporte a la Vicaría de la Solidaridad



ARZOBISPADO DE SANTIAGO
VICARIA DE LA SOLIDARIDAD
Producción: Vicaría de la Solidaridad
Plaza de Armas 444 - Casilla 30-D
Santiago - Chile.

CERGNAR
TARAPACA 757 - SANTIAGO
QUIEN SOLO ACTUA COMO IMPRESOR